

Los SUEÑOS de ASERRÍN

El Alpiste y su vida en-cerrada



José Antonio Rosique

José Antonio Rosique Cañas. Sociólogo, maestro en Administración Pública, doctor en Ciencias Políticas y Sociales (UNAM), master en Public Affairs por el Institute for Policy Studies, en Washington, diplomado en Reforma del Estado por la Universidad Complutense de Madrid y posdoctorado en Government & Public Policy por la Universidad de Nuevo México.

En la UAM Xochimilco ha sido jefe del Departamento de Relaciones Sociales, director de *Veredas. Revista del Pensamiento Sociológico* y coordinador de Posgrados en la DCSH. Asimismo, es miembro del SNI-Conacyt Nivel II y del Cuerpo Académico Promep, lo cual le ha permitido tener estancias académicas en diversas universidades.

Entre sus obras destacan: *La política de inmigración norteamericana: el caso de los indocumentados mexicanos* (1983), *Tierra y movimientos sociales en la historia de México* (1984), *Centralismo y desconcentración en el desarrollo urbano de México* (1999), *Ciudad de México: la megalópolis ingobernable* (2006), *Las megalópolis ingobernables. Más allá de las revoluciones urbanas* (2015), *Campo, ciudad y nuevas ruralidades en México* (2017), *Los sueños de aserrín* (2018), *La Cuarta Transformación de la República. Sus impactos sobre el gobierno fallido de la megalopolis* (2019), y más de 60 artículos y capítulos en revistas y libros sobre políticas públicas, temas educativos e historia del desarrollo urbano y metropolitano [arosique@correo.xoc.uam.mx].

LOS SUEÑOS DE ASERRÍN

Primera edición: agosto de 2020

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana
UAM-Xochimilco
Calzada del Hueso 1100
Col. Villa Quietud, Coyoacán
04960 Ciudad de México

Sección de Publicaciones
División de Ciencias Sociales y Humanidades
Edificio A, tercer piso
Teléfono: 55 5483 7060
<pubcsh@correo.xoc.uam.mx>
<http://dcshpublicaciones.xoc.uam.mx>
<http://casadelibrosabiertos.uam.mx>
<http://dcsh.xoc.uam.mx>

ISBN: 978-607-28-1981-8

Agradecemos a la Rectoría de Unidad el apoyo recibido para la publicación.

Impreso en México / Printed in México

Los sueños de aserrín

El Alpiste y su vida en-cerrada

JOSÉ ANTONIO ROSIQUE



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general, Eduardo Abel Peñalosa Castro

Secretario general, José Antonio de los Reyes Heredia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

Rector de Unidad, Fernando de León González

Secretario de Unidad, Mario Alejandro Carrillo Luvianos

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Directora, María Dolly Espínola Frausto

Secretaria académica, Silvia Pomar Fernández

Jefa del Departamento de Relaciones Sociales, Carolina Terán Castillo

Jefe de la sección de publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

CONSEJO EDITORIAL

José Alberto Sánchez Martínez (presidente)

Aleida Azamar Alonso / Alejandro Cerda García

Gabriela Dutrénit Bielous / Álvaro Fernando López Lara

Jerónimo Luis Repoll / Gerardo G. Zamora Fernández de Lara

Asesores del Consejo Editorial:

Rafael Reygadas Robles Gil / Miguel Ángel Hinojosa Carranza

COMITÉ EDITORIAL

Isis Saavedra Luna (presidenta)

Arturo Anguiano Orozco / Gerardo Ávalos Tenorio

David Benítez Rivera / Miriam Calvillo Velasco

Guadalupe Pacheco Méndez

Asistente editorial: Varinia Cortés Rodríguez

A Gloria Verónica, Antonio Verónico,
Gloria Josefina y Leyre

AGRADEZCO A LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA QUE, después de 45 años, siga siendo el espacio académico de excelencia al que me pude incorporar desde 1981 y del que he recibido apoyos para desenvolverme en los campos de la docencia, la investigación y la difusión de la ciencia y las artes, de tal manera que hoy puedo presentar la segunda parte de *Los sueños de aserrín*, novela inspirada en la vida de un niño que vivió y creció en la Ciudad de México entre las décadas de 1950 y 1960.

También le agradezco a la Universidad Nacional Autónoma de México, magna institución a la que le debo mi formación académica, ya que fue mi casa de estudios desde mi adolescencia hasta concluir mi doctorado. Adicionalmente, las becas del Conacyt me permitieron realizar posgrados en Estados Unidos y España; siendo miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel II pude concluir estudios de post-doc en government and public policies en The University of New Mexico, además de estancias de investigación en La Sorbonne de París III y en The University of Florida.

Son muchas las personas que me han brindado su apoyo para escribir esta novela y que han alimentado mi imaginación para contar las aventuras del Alpiste desde la libertad que permite la literatura; en particular le agradezco a mi primo Alejandro Reyes quien me acompañó calle por calle y casa por casa de la colonia Observatorio, para conseguir información y tomar las fotografías necesarias para ilustrar algunos de los pasajes; igualmente a Javier de la Peza, gran amigo del Real Club España, quien me orientó y revisó incansablemente el capítulo sobre la “Tarde de toros”, ya que en su momento el Alpiste fue llevado de niño a ver una histórica corrida a la Monumental Plaza México. A Carlos Lorenzo, que ha sido juez de plaza, también le agradezco su apoyo por ayudarme a nombrar de manera correcta, muchas de las cosas que el Alpiste vio durante la corrida, así como al Real Club España Insurgentes, por la reproducción de sus monumentos escultóricos.

Le doy gracias sentidas al rector de la Unidad Xochimilco, doctor Fernando León González, a la maestra María Dolly Espínola Frausto, directora de la División de Ciencias Sociales y Humanidades y a Miguel Ángel Hinojosa, jefe de Publicaciones, por apoyar con el financiamiento, la edición y la difusión de este libro.

ÍNDICE

Prólogo	13
El Alpiste y su vida en-cerrada	19
Fundación de la colonia Observatorio	43
Cuando el Alpiste dejó de ser el <i>xocoyote</i>	65
Al Alpiste le ganó en la escuela	89
Las fiestas de bodas en la casa del Alpiste	99
Cuando el Cacahuete y Fito se fueron sin pagar en la feria	109
Tarde de toros	117
El cumpleaños de Xavi	139
El Club España y el vapor de baja	149
Tlapala, Agua Hedionda y Oaxtepec	171
Adiós a la Luis Vives	181
El Alpiste llega a la Cerrada de Plata	193
El Alpiste se vuelve Caifán	211
Las aventuras del Alpiste en su Ford 200	229
Vida en-cerrada: la novia de mi mejor amigo	239
Apéndice. Breve historia de Tacubaya	265
Epílogo	283
Personajes	303

Prólogo

TOÑO DICE QUE CON ESTA NOVELA busca desprenderse del ámbito académico al que ha pertenecido desde hace 50 años; pero no lo logra y qué bueno, pues la combinación que obtiene entre lo sociológico y lo literario le dan un notable enriquecimiento a su trabajo.

En el campo literario, su libro está inmerso en la crónica urbana que revisó ampliamente al haber tenido como profesores a notables representantes como José Agustín, Gustavo Sainz, Elena Poniatowska o Hugo Gutiérrez Vega; de ahí que no se circunscriba estrictamente a la descripción de la añeja Tacubaya. Por eso nuestra imaginación vuela para transportarnos a la Defensa Nacional, al Centro Histórico, sede de las tiendas surtidoras de casimires y arcos para la artesanal sastrería, a las calles de Bucareli para asistir a sus clases de inglés al Instituto Michigan, o enterarnos del accidente ocurrido en la vieja estación del tren, donde hoy está el Metro en Tacubaya, para finalmente llegar hasta Zacatepec, pasando por los almuerzos tradicionales en Tres Marías; todo ello ocurrido en los inicios de los años cincuenta.

Esta novela permitió recordar autores como Melchor Ocampo con sus *Memorias de mis tiempos*, o Ángel del Campo, *Micró*, cronista de esa extrañable Ciudad de México erigida con

las miserias del siglo XIX en contradicción a los esplendores coloniales. De manera análoga con este trabajo, Toño –utilizando al Alpiste como personaje central– nos transporta a tiempos de esa contrastante Ciudad de México, a la que por fortuna y a través de la magia del cine, recientemente vemos rescatada a través de *Roma*, la famosa película de Alfonso Cuarón.

No quiero dejar pasar un detalle menor, pero significativo: desde el título, *Los sueños de aserrín*, me transporté a un viejo México que hoy ya no existe, en donde las panaderías, las pulquerías y las cantinas tenían en sus pisos de mosaico un ingrediente: el aserrín.

Ubicados en la vida del Alpiste, apuntaré que es un entorno más conocido para mí, pues durante muchos años he sido amigo entrañable del autor y dada esa cercanía, las andanzas con amigos comunes y por circunstancias profesionales y familiares, me permitió conocer parte de los hechos que él narra. Les relato que al Alpiste lo conocí por medio de su hermano menor, compañero de la preparatoria; también conocí al padre del Alpiste, don Luis, con quien trabajé en esa sastrería donde sucedieron muchas de las cosas que nos platica. Durante esos años no faltaron las fiestas familiares: 15 años, bodas y aniversarios del abuelo Juan y su esposa Juanita. Ahí conocí a las tías, tíos, primas y primos; de hecho, una de ellas fue mi novia. Al ser el Alpiste un viejo personaje de esos rumbos, cuando lo conocí no sabía la historia de sus amoríos juveniles, una de sus exnovias terminó por ser mi compañera de vida.

Es importante separar al Alpiste del autor, ya que no necesariamente son la misma persona. El Alpiste, el que de grande termina platicando todas sus historias al autor del libro, es un

PRÓLOGO

personaje que puede encarnar a varios niños que vivieron historias comunes en ese barrio; además los hechos están fantaseados, más allá de lo que pudo haber ocurrido en la historia real; eso es lo mágico que permite la literatura y creo que Toño lo ha logrado en esta novela.

Mi reconocimiento y de manera cálida es para Toño, pues representa para mí una figura central a la cual seguir e intentar imitar en las postrimerías de nuestras vidas.

Jesús Ávila Esquivel
(sociólogo, UNAM)
Ciudad de México, 2020



La Prepa 4 llega a la colonia Observatorio.

La niña del vestido de bolitas. Quién no recuerda ese octubre de 1968; llegó nuestra carta de aceptación para la Prepa; pero por lo ocurrido en Tlatelolco, la UNAM reabrió sus aulas hasta abril de 1969. Lo primero fueron las inscripciones; entonces la vi por primera vez, venía subiendo por las escalinatas; se veía que no había bailado su vals, pues apenas abría sus pétalos en flor, pero algo había en ella que cautivaba; su caminar, su forma esquiva de mirar.

En el gimnasio era veloz, ágil, precisa; dribles inesperados, brincos y tiros de enceste, que provocaban gritos y alaridos en la tribuna; ese fue el flechazo de Cupido, del que ya no pude recuperarme. Con su vestido de bolitas verde y blanco, la veía pasear por los jardines y oh sorpresa, entre azares y destino, apareció conmigo en el mismo grupo.

En horas libres la veía en la nevería y entre malteadas con sabor a gloria, un día nuestras miradas se cruzaron; ese fue el pretexto para acercármele. Platiqué de cualquier cosa; lo importante era arribarla y ella inocentemente, aceptó mi compañía. Llevarla a su casa fue aventura inesperada: Melchor Ocampo, Nueva Santa María, cameliones, palmeras, glorieta con nevería y una iglesia muy paciente, que esperó a bendecir nuestras nupcias.

El Alpiste y su vida en-cerrada

En un lugar de la Mancha, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo. Los ratos que estaba ocioso, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo. Él se enfrascó tanto en la lectura, que se le pasaban las noches leyendo; y así del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (1605)

UNA SEMANA ANTES DE REGRESAR a la cerrada, le llamé al Alpiste para confirmar nuestra cita y él me la ratificó, diciéndome que ya había hablado con algunos de los viejos amigos y que incluso hasta algunas de las muchachas de aquella época iban a estar ahí; entonces se me ocurrió decirle que con todo lo que me había platicado la otra tarde, estaba escribiendo un cuento y que en la Universidad me lo querían publicar, porque su historia les había parecido fabulosa.

De entrada se quedó medio pasmado, porque él se imaginó que me quería convertir en algo así como Octavio Paz, Carlos Fuentes o Carlos Monsiváis; pero al cabo de unos segundos reaccionó y me dijo:

No mames güey, yo sabía que habías llegado a la Universidad, pero no que fueras escritor y menos de la Máxima Casa de Estudios; ahora me sales con que vas a publicar un libro sobre mi vida, pero si yo apenas terminé la primaria. Mira cabrón, antes de que sigas adelante, jálate para acá, para ver qué pendejadas estás diciendo, acuérdate que ese día estuvimos chupando, y yo ni me acuerdo qué tanto te conté; qué tal si al rato mis primos se encabronan conmigo por andar diciendo cómo vivíamos en la casa del abuelo. No, no, hasta haces que me acuerde de cuando un disque promotor de artistas que le sacó unas fotos a mis primas en traje de baño allá en Caleta y luego aparecieron en la portada de una mugrosa revista de encueratrices. Ese día el pobre tío Martín anduvo por toda la colonia de puesto en puesto, comprando todos los ejemplares que pudo, pero el mal ya estaba hecho, nada de artistas, pero sí, reinas del porno.

Yo no sabía esa historia de sus primas; pero para no ir hasta la Observatorio, lo que se me ocurrió fue pedirle su correo electrónico, pero me la armó de jamón:

Oye, oye, el que trabaja en la universidad eres tú, ya parece que yo voy a tener internet; ni sé cómo funciona eso, pero ya que no quieres venir, déjame preguntarle a mi vieja, porque ella se sabe el correo de mi hijo y él hasta me lo puede imprimir; además, si quieres se lo envió también a mi hija, pues allá en España es maestra de una universidad.

Una vez que su esposa me deletreó el correo de su hijo con todo y su @, me regresó la bocina con él y no me quedó de otra más que enviarle el borrador. De momento pensé que mi proyecto literario iba a abortar, porque él no estaría de acuerdo en la manera

en que yo contaba su vida y por los problemas que le podría acarrear si se publicaba algo que no le perjudicara a su familia.

La verdad no me fue tan mal; un día antes de nuestra reunión con los cuates, me llamó para decirme que no se imaginaba que su vida se pudiera contar tan chingonamente y que aparecieran las cosas que me había platicado tan bien escritas y capítulo por capítulo, donde él y su familia se convertían en personajes como de una película. Seguramente de vacilada y como estaba de moda *Roma*, me dijo que ahora que yo tenía tantas influencias, por qué no de una vez le hablaba a Alfonso Cuarón, para que empezara a grabar su siguiente película.

Después de reírnos un leve, también me comentó que la “Introducción” estaba medio mamona; que no sabía para qué tenía que decir lo de los libros que había leído y quiénes habían sido mis profesores y menos había entendido sobre lo que habíamos hecho los universitarios en la década de 1960; además:

En lo que yo voy a platicar mañana, cuando lo escribas, evita inventar de esas pendejadas, porque eso no tiene nada que ver con mi vida; y ya que estás pensando en escribir un segundo libro, pues de plano, no te la jales con tantas mamadas académicas, porque ni se te entiende; ahí sí, mejor envíaselo primero a mi hija, para que te quede más chingón.

Lo único que le dije fue que además de mandárselo a su hija, cuando ya lo tuviera listo, iba a hablar con el editor para eliminar esa parte que no le gustaba, pero le pedí que lo de la publicación del siguiente libro no lo comentara en la reunión con los cuates, porque empezarían a pitorrearse de mí, ya que ellos pensarían que me lo estaba cotorreando, pues ellos se quedaron



El Alpiste en la secundaria Lázaro Cárdenas.

en que yo era profesor de secundaria, cuando mi esposa y yo abrimos una escuela en El Chorrito.

Así las cosas, al día siguiente, llegando en punto de las seis, ya estaba ahí César, el hermano de Chela, por la que el Alpiste anduvo cacheteando el pavimento allá en Las Estacas; había llegado con él Manolito, el que desde muy jovencito entró a trabajar a Aurrerá y echándole ganas llegó a gerente con reconocimientos y premios que le otorgó la empresa. También estaban sus hermanas Lulú y Magos con sus esposos; su hermana Eugenia ya no vino, pues murió de cáncer hace algunos años. Después de mí llegaron Carlos con Mireya y mi cuate Memo con Alejandra, quienes después de trabajar en la sastrería del papá del Alpiste, entraron a la COVE y de ahí se fueron al gobierno, hasta que se jubilaron.

Un poco más tarde llegó Pepito, el que desde chico tocaba de poca madre el piano de su abuelita Delfina; la mamá de Fito, el que estudió medicina en la UNAM. A propósito, me acuerdo que César y Manolito consiguieron que Max, el papá de Pepito, les financiara sus guitarras eléctricas y una batería para armar su grupo, pero no pasó nada con ellos, pues la calentura del rock se les pasó muy pronto; sin embargo, Pepito —ya de grande— sí formó un conjunto profesional y vivió de eso, hasta que hace un par de años le dio un ataque fulminante al corazón; eso dolió, porque fue un músico muy talentoso.

Yo veía al Alpiste muy entusiasmado; apenas después de saludarme, me pasó por un ladito al fondo de su casa, rodeando su coche que estaba estacionado inmediatamente atrás del zaguán. A esa hora la sastrería ya estaba cerrada. Luego me condujo a través de un pasillo angostito y medio oscuro, hasta que llega-



A las seis en punto de la tarde, ya estábamos ahí...

mos al patio trasero. Ahí tenía varias sillas blancas de plástico alrededor de una tina redonda de peltre llena de hielo y cervezas, que estaba sobre tres huacales de madera; a un lado, una mesita redonda de madera, cubierta con un mantel de fieltro verde que cubría el pedestal que la sostenía, sólo dejando entrever por abajo las tres patas que descendían hasta el suelo de cemento. Sobre ella estaban un par de charolas con chicharrones, papas, cacahuates, trocitos de queso manchego, cubitos de jamón y queso de puerco pinchados por un palillo; en un *tupperware* había salchichas en jugo de limón con salsa Maggi; además, no faltó un plato con limones partidos en cuatro partes y salsa Tabasco.

A un lado de todo eso, sobre otra mesita rectangular, había una “pata de elefante”, que seguramente le había sobrado de otra reunión; también estaban las respectivas cocas, los *squirts* y un plato con sal y chile piquín, por si alguien quería prepararse una cubanita. Los vasos de unícel se podían tomar de unas pilas que estaban sobre la misma mesa; además, un plumón para que cada uno le pusiera su nombre.

Todo se veía resplandeciente, gracias al foco ahorrador de 200 watts, que improvisadamente pendía de una de las frondosas ramas del fresno que aún estaba ahí no se sabe desde cuándo, porque cuando él llegó a vivir a esa casa, ese árbol ya era longevo. Así que, después de sentarnos, empezamos a cotorrear, a chupar y a botanear. Cada uno fue tomando la cerveza de su preferencia; había Coronita, Carta Blanca, Dos XX, Tecate y hasta unas de “cero alcohol”, por si alguien estuviera retirado involuntariamente por prescripción médica.

Todos estábamos muy contentos en ese patio lleno de macetas pegadas a las paredes, con helechos, geranios, palmas, mal-



Casa del Alpiste en el callejón General Plata.

vones y una jardinera en el suelo pegada al muro trasero, con una enredadera de moneda que alcanzaba los altos de la barda de piedra colindante con el Molino de Santo Domingo, ahora Patrimonio Cultural de la Humanidad, lugar al que, en nuestros mejores tiempos, nos metíamos por la noche con el Ford 200 del papá del Alpiste, para “echar novio” con algunas de las niñas del callejón o de la vecindad; ahora sólo pueden entrar los dueños de las lujosas casas y los trabajadores del museo.

El Alpiste dijo que estaba feliz porque nuestro encuentro casual hubiera sido el pretexto para juntar a los viejos amigos y amigas que conoció cuando llegó a la cerrada, justo cuando apenas estaba cumpliendo 15 años:

Ahora, después de tanto tiempo, el destino nos llevó por rumbos muy diferentes, ya sea porque nuestra familia se fue a vivir a otro lado, porque otros nos fuimos casando o porque el trabajo nos jaló para otros lugares; pero lo importante es que hoy estamos aquí para recordar aquellos tiempos, que para mí fueron los mejores, porque éramos adolescentes, algunos casi niños y nuestra única preocupación era salir a jugar o simplemente platicar un rato, mientras que en el mundo de los años sesenta pasaba de todo.

En ese momento interrumpió la Veros, para poner en otra mesita que traía su hermana la Yadis, una charola con ricas rebanadas de embutidos españoles, un par de quesos con sabor penetrante —que no pude saber de qué tipo era— y un par de botellas de vino de La Rioja, que les había enviado recientemente su hija. Dijo que sólo eran para esta ocasión tan especial; de inmediato se hizo a un lado, echándole una mirada al Alpiste para que prosiguiera con su plática; entonces recordó que:

Por esos años estaba la guerra de Vietnam; también me acuerdo que en el 68, una madrugada vinieron los halcones y se llevaron al Chaparro, al Galán, al Guajolote, al Fachoso y al Cabezas —que esa noche les había tocado hacer guardia en la Prepa— al Campo Militar Número 1, donde los fusilaban de a mentiritas; yo, que ni estudiaba, de puro coraje lloré; incluso el Chaparro, alguna vez había venido a la sastrería a pedir prestado el teléfono para reportarse con los del Comité de Huelga, por eso a él sí lo entamaron tres años, pero allí, en Lecumberri, inició su carrera de psicólogo, con los maestros que también estaban encarcelados. Un día amaneció el ejército en General Plata, Cepeda y Calderón con sus tanques y soldados, incluyendo la cerrada; eso se calmó hasta después de las Olimpiadas.

Él siguió platicando de eso y otras cosas más, y ya entrados en tragos, dijo:

No crean que es lo único que les voy a ofrecer; la Veros también preparó para más al rato, unos taquitos de cochinita pibil que le salen bien ricos, como los que nos comíamos cuando íbamos a los partidos de beisbol al estadio del Seguro Social, pero además se discutió con unas tostadas de pata con crema, queso, lechuguita y salsa verde bien picosita.

Para no pasárnosla sólo echando relajo, le pedí al Alpiste que empezara a platicar de su vida y de cómo le fue en la cerrada cuando vino con su hermana y su prima Lupita y las cotorrearon saludándolas y preguntándoles si querían que las acompañaran a ver su nueva casa, diciéndoles que allá en el fondo de la cerrada era muy peligroso.

Esa vez el Alpiste, a pesar de ir solo y no estar acostumbrado a andar en la calle armando broncas, se armó de valor y

doblando su brazo derecho hacia su espalda con los dedos retorcidos les puso sus caracoles sin que ellas se dieran cuenta, como respuesta silenciosa a aquel agravio.

Ese acto de valentía lo tomaron como relajó los cabrones que estaban recargados en la pared del edificio; entre ellos estaba Carlos, el Perry y el Chacho, quienes viéndose a los ojos se rieron en silencio. En ese momento el Flaco dijo: “Miren este pobre güey, no sabe en la que se mete con nosotros”. Pero el Pipiolo, que era de los que se daban sus “toques”, replicó: “déjenlo, aliviá-nense, no pasa nada *masters*, ‘ese’, al rato va a ser nuestro carnal”.

Así que, a valores entendidos, todo quedó ahí, ya que el interés real de los muchachos era esperar a que se cambiaran al callejón y ver si más adelante las podían hacer sus “cuatitas”, para invitarlas a las fiestas que se organizaban en la cerrada y de paso bailar con ellas, algo que era una de las movidas preferidas en aquellos años de los inicios del rock and roll, aunque a la mera hora, siempre terminaban bailando, *El mar*, con Ray Coniff, o *Amor de cabaret*, con la Sonora Santanera. Eso era así, porque poco a poquito, ya tomadas de una mano y de la cintura, se las iban repegando para ver si aceptaban bailar “de cachetito”; pero independientemente de que eso sucediera, la pregunta obligada para iniciar la plática era: “¿estudias o trabajas?”.

Efectivamente, al paso de unas semanas de haberse cambiado, el Alpiste se hizo cuate de Memo, uno de los Estañol, y ese chico fue quien poco a poco lo introdujo a la pandilla; mientras Olga y Lupita también se hicieron amigas de Blanca, Chela, Julieta, la Rorra y Lulú, todas vecinas del callejón, que eran amigas entre sí o noviecitas de alguno de los muchachos.

La prima del Alpiste, quien por esos años vivía con ellos, pronto cayó en los brazos del Esteban —quien trabajaba en la imprenta del señor Linares— y luego en los de Carlos, hermano de Memo, que según las muchachas era el guapo del callejón. Por cierto, en algún momento el Alpiste se puso medio compungido, cuando nos comentó que esa prima acababa de morir de cáncer.

Eso también produjo rostros de tristeza entre algunos de nosotros porque la conocimos, pero particularmente Carlos, ya que su noviazgo con ella duró algunos meses, y eso como que no le gustó a Mireya, que en su momento las dos se lo anduvieron disputando. Lo que pasó con el tiempo, es que Lupita terminó sus estudios de secretaria ejecutiva en la ETIC y entró a trabajar al Banco Nacional de México, donde la escogieron para el equipo de voleibol, y fue tan buena que de ahí se fue al Centro Deportivo Olímpico Mexicano, donde formó parte de la selección mexicana que jugó en las Olimpiadas de 1968.

Así, recordando el momento de la llegada del Alpiste a la cerrada, después de decir salud, casi seis décadas después de haberse conocido, y ya cuando iba a empezar a platicar, se apareció el Beso, junto con Mario, que estudió ingeniería en la ESIME, y su hermano el Negro, uno de los líderes del Movimiento del 68.

Mario se veía avejentado y medio enfermo. El Negro, por el contrario, se veía igualito que la última vez que lo fui a buscar a la Facultad de Psicología, donde fue uno de los fundadores del STUNAM, junto con el Chaparro y con su primo Jorge del Valle. Pero al Beso sólo lo reconocí porque desde donde yo estaba, alcancé a oír que habían tocado la puerta y cuando la Veros fue a abrir, él le dijo muy formalmente que era Jorge Rodríguez Tovar

y que había sido invitado por su amigo el Alpiste; ella lo pasó y le dijo que ya lo estaban esperando allá en el fondo.

Hacía como 50 años que no nos veíamos y, la verdad, el Beso sí había cambiado bastante, pues ni Lulú, la ex novia del Alpiste, lo reconoció a pesar de haber sido tan amigos desde que fueron vecinos en el callejón. Además de cargar con sus más de 70 años, también arrastraba algunos malestares por los que ahora prácticamente ya no puede tomar, por eso, cuando se sentó cerca de mí, me confesó que tenía que estar yendo al baño, porque traía un problema de riñón.

Él sí me reconoció de inmediato y aunque fue muy serio y discreto al tomar asiento y saludar con mucha corrección a todos, su llegada sí que hizo la diferencia, como para posponer la plática del Alpiste, pues cuando éramos jóvenes, él se ganó el liderazgo y respeto de todos nosotros, ya que cuando se armaban los chingadazos en los bailes o por andar de calientes tras las chavas de otras calles de la colonia, pues él era quien sacaba la cara por nosotros; normalmente soltaba el primer “descontón”, y a partir de ahí se desataban los madrazos y a ver “de a cómo nos tocaba”, hasta que alguien de un lado u otro, según viera cómo estaba la cosa, “patas pa’ qué quiero”, se echaba a correr o decía, “hasta aquí llegamos cabrones, ahí la dejamos, ahí muere, ya nos la partimos, así que ahí queda; nos vemos para la próxima, pinches culeros”.

Aunque pareciera increíble, con una advertencia de ese tipo, cada grupo se apartaba y los que eran de otras partes de la colonia, se iban haciendo para atrás o por un ladito, con cierta precaución, no fuera a ser que algún cabrón picado, todavía soltara un madrazo de pilón.



El desaparecido Cine Ermita en avenida Revolución.

Algunos rumbos de Tacubaya tenían su historia negra, pero aun así, entre las pandillas había reglas de honor, y en aquel entonces la pura palabra valía. En las broncas nadie tiraba patadas, aunque te hubieras caído, el otro se esperaba a que te levataras y todo seguía a mano limpia; los hebillazos fue cosa más adelante de Los Panchitos, que hasta les hicieron su película con El Tri y Alex Lora. Nosotros nunca sacábamos fierro; eso era cosa de los tepiteños y de los bondojos.

Bueno, hay que reconocer que había raterillos en Bella Vista y Barranquilla desde la década de 1940 y esos chavos sí se las gastaban gacho; pero en la Observatorio, la Cove y la América, una vez pactada la tregua, al día siguiente, podíamos andar tranquilamente por sus calles sin que alguien echara bronca, aunque se dieran cuenta de que éramos de General Plata.

Eso fue así hasta los años sesenta, porque después todo se fue descomponiendo, sobre todo cuando las drogas empezaron a cobrar fuerza entre los chavos y el narcomenudeo tendió sus redes con el hampa organizada, para manejar el negocio con los chicos de la Prepa y las nuevas pandillas.

Sentados en los arriates de los pinos de la casa de Corona, nos pasábamos las horas platicando de cualquier pendejada; me acuerdo que una noche llegó el Kiko bien emocionado para enseñarnos el disco recién salido de Bill Haley, que le había llevado su papá, que no vivía con él porque era hijo fuera de matrimonio. Él siempre andaba bien campante, con su mismo chalequito de sweater negro y vivos blancos en las orillas de los hombros; vivía del otro lado de la avenida, en el edificio de departamentos que estaba en la mera esquina, donde también vivía el Perry y su her-

mana Natalia; luego, en 1963, lo tiraron para construir la Prepa 4, que inauguró el presidente López Mateos en febrero de 1964.

En ese mismo edificio vivía el Ruso Estrada, quien fuera delantero del Toluca, y su hermanita Gloria, que fue novia del Alpiste por un domingo, pues se la “amarquetó” en la matiné del Ermita, la primera vez que lo llevó su cuate Memo.

“¡No, si el pinche Alpiste llegó pegando con tubo entre las chicas de la cerrada!”. Al ratito ya andaba volado por la Rorra, sólo que ella lo cortó a los ocho días porque por verla tan bonita, nunca se animó a darle un beso. Ella mejor se hizo novia del Paletas, quien era simpático, medio intelectual y nunca tuvo temor alguno por cumplir con sus obligaciones.

Volviendo con las historias del Beso, un día doña Delfina nos invitó a partir un pastel para festejar que Fito se había titulado de médico. También le había comprado una mesa de ping-pong que puso en la primera pieza de la entrada, un cuarto con el techo muy alto sostenido con vigas. Ahí mismo, doña Delfina tenía un piano muy antiguo con el que daba clases, pero además los sábados organizaba unas tocadas bien animadas con puras canciones de la época de don Porfirio y de la Revolución, que ya al calor de las copas, sus hermanos el Charolas, el Chango y el Pilo, tarareaban hasta la madrugada.

Todos ellos vivían en las casas aledañas, pues eran herederos sobrevivientes de lo que les había dejado su abuelo don Carlos Estañol, uno de los hacendados catalanes que llegó a Tacubaya en tiempos de Juárez; pero después, por las leyes expropiatorias, perdió la mayoría de sus propiedades. De hecho, el papá del Alpiste compró una de esas casas para demolerla y hacer una nueva.

La verdad es que a la pandilla no le interesaba la música de doña Delfina; el mismo Fito mejor se salía los sábados de su casa, para juntarse con nosotros o irse al fondo a ver a su novia Geña, la hermana del Beso, con quien se casó.

Bueno, pues el canijo Beso, en ese nuevo lugar de ocio que inocentemente nos habilitó doña Delfina, también se convirtió en el más vago para la raqueta “pinponera”, después del Kiko. “¡Pero vaya que él, de ahí sacaba ventaja, apostando de a refrescos o de a hot dogs, que consumíamos en la lonchería de a la vuelta!”. Para seguir en el ocio de los fines de semana, Mario, que vivía en la vecindad, conseguía las llaves del Club Alpino, que no era otra cosa que un cuarto rentado por los familiares de las personas que murieron en aquel horrible accidente que hubo en el volcán de Toluca en enero de 1957, cuando el camión se desbarrancó y se fue hasta el fondo del precipicio quedando todo despedazado.

En aquel lugar emblemático para esas familias, ya en la tardecita de los viernes, organizábamos juegos de dominó, ajedrez y cartas, donde el Beso también era el que siempre nos ganaba; lo grueso era que además de pasárnosla fumando, también hacíamos la coperacha para la botella de ron, cocas, hielo, cervezas, cacahuates y bolsas de papas fritas.

En buen plan, la mamá de Laura, en una de sus ollas de peltre medio abollada, nos preparaba una revoltura que tomábamos a lo largo de la noche; así que nuestros fines de semana siempre se convertían en borrachera segura para la mayoría, pues no parábamos de tomar hasta verle el fin, obviamente escuchando y tarareando las canciones más famosas de Jorgito y Pedrito, que apenas llevaban unos cuantos años de muertos; además nos



Domicilio del Club de Alpinismo.

echábamos *Las rejas no matan* de Javier Solís, que andaba pegando fuerte.

Con todo y que éramos bien desmadrosos, en la vecindad y en el callejón siempre nos recibían con gusto en la casa de Paulita, doña Delfina, doña Nico, doña Chelo o doña Alicia; eso era así, porque sus hijas eran nuestras amigas o porque andaban de novias con alguno de nosotros y porque con excepción del Alpiste, seguíamos los pasos de Fito y de Juan Culin, quienes acababan de terminar sus carreras.

A pesar de la modestia de nuestras economías familiares, para “sabadear” cada uno se ponía sus mejores garras, se abultaba el copete con limón o con vaselina sólida que comprábamos en la botica, para parecerse a Elvis Presley o Lalo Carrión; además, el que podía, se compraba sus zapatos puntiagudos estilo italiano o sus suéteres de César Costa, que doña Cristina nos fiaba a pagos semanales.

Siempre fue al Beso a quien las chicas le hacían la roncha o le echaban más el ojo; no sé porqué, tal vez porque nunca andaba de ofrecido, más bien en forma natural le salía bien eso de darse su taco; además, como iba en la prepa y estaba próximo para irse a la UNAM, pues las chicas le veían futuro.

Alguna vez el Alpiste, sabiendo que su gran cuate llevaba materias tan sofisticadas para él, se le ocurrió preguntarle que qué se veía en filosofía y él le respondió sin más complicación: “La filosofía puede analizar qué es la caca”; en eso quedó su respuesta y al Alpiste le pareció fascinante.

Aun así, no se me olvida cuando Alex, el vecino que recientemente había llegado a vivir a la casa del fondo, un día llegó con unos cuates en un Chevrolet Bel Air, dos puertas sin



El Chevrolet Bel Air 1958 del Nopalón.

poste, modelo 1958 y bajaron con unas guitarras eléctricas y unos bafles, y sin más ni más, sin saludar, se metieron y a puerta cerrada se pusieron a tocar, mientras que las muchachas del callejón y hasta las de la vecindad que se dejan venir y estuvieron afuera recargadas en aquel coche oyéndolos, hasta que al fin salieron y éstas sin mayor recato le fueron a pedir su autógrafo a uno que le decían Johnny. La verdad es que apenas le rascaban al bajo y al requinto, pero aquello había sido fenomenal para las chavas, cuando escuchaban a estos cuates tararear alguna de Los Teen Tops o de Los Hooligans.

Nosotros nos mantuvimos todo el tiempo en los pinitos de enfrente, así como que nos era indiferente lo que estaba pasando, pero en realidad, sí que nos dio envidia al ver cómo las muchachas se habían alborotado tanto, nada más de oír lo impresionante de aquel sonido, que se magnificaba con los bafles que también habían sacado de la cajuela de aquel auto grande y medio lujoso.

Al rato Alex salió tomando del hombro del tal Johnny y tras de él, un rubio de ojos azules, al que le decían Luigi, y otro castañito medio descolorido y con un poco de melena, el del coche, al que le decían el Nopalón; ellos se las dieron de muy rockeros con las muchachas, se subieron al coche y les aseguraron que regresarían la siguiente semana para seguir ensayando. Poco más adelante nos enteramos de que ese muchacho se convirtió en el famoso Johnny Dynamo, el que cantaba *Eloísa* con Los Leos.

Al día siguiente Luigi y el Nopalón regresaron disque a ver a Alejandro, pero lo que les interesaba era ver a las muchachas, éstas se pusieron listas y los rockeros cayeron redonditos. El rubio de ojos azules, que efectivamente era descendiente de italianos, se hizo novio de Blanca, y el Nopalón (Juan Veles) de Julieta, que

era güera, alta, bonita y muy simpática. Esto se lo agradecieron a Alejandro toda su vida, porque terminaron casándose con ellos. Hace poco supe que Luigi murió ahí mismo en la cerrada, donde se quedó a vivir en la casa de sus suegros, doña Alicia Estañol y el profesor Ciro. Julieta y el Nopalón, después de algún tiempo, se fueron a vivir a Guadalajara y una de sus hijas terminó siendo Miss Jalisco.

Bueno, pues ya sentados otra vez después de saludarnos, empezamos a hablar de las hazañas del Beso, de cuando a punta de chingadazos contra los de “La Cueva” o los de Blanquet, hacía que respetaran a los del callejón, aunque también aquellos tenían su fama de cabrones.

Pero poniéndose muy serio y medio avergonzado, nos dijo:

Hoy me da pena recordar aquellas épocas y particularmente esos hechos en los que me ponía violento porque a veces se nos pasaban las copas, pues ahora que tengo hijos y nietos, no me gusta que sepan todo lo que yo hacía en mis borracheras juveniles. Hoy, lo que menos quiero es que vean eso como un ejemplo a seguir y menos que traten de imitarme, sobre todo ahora que hay tanta droga y problemas de seguridad por todos lados; de lo que sí les platico es que fui líder sindical en la SEP y que eso me había convertido en una persona de respeto para los directivos y mis compañeros de trabajo.

Ante lo dicho por el Beso en tono muy sobrio, lo que hicimos fue dejar de comentar las aventuras de su pasado, que para nosotros fueron muy emocionantes y, sin decir más, decidimos respetar su punto de vista, pues obviamente, aunque para nosotros seguía siendo nuestro querido y admirado amigo, él ya no era aquel jovencito con el que nos llevábamos de a mentadas de

madre y nos la pasábamos echando cascarita o compitiendo por las novias; ahora era abuelo entrado en años.

Entonces, regresando al objetivo de la reunión, mejor le pedí al Alpiste que siguiera platicando y recordó:

Cuando Carlos y yo fuimos a ver *Amor sin barreras*, me tuve que disfrazar de más grande, porque según Gobernación, esa película era para adultos, ya que trataba de unos rebeldes sin causa que se la pasaban bailando música muy provocativa y peleando contra pandillas de puertorriqueños en las azoteas y calles de los barrios de Nueva York; luego, fuimos a ver *Let's get together* y nos enamoramos de Haley Mills, así que la fuimos a ver 14 veces a diferentes cines. Fue cuando en el cine Insurgentes duró un año *El último cuplé*, con Sarita Montiel.

Al terminar la reunión, cuando me estaba despidiendo de su esposa, me dijo que como casi nadie sabe nada de Tacubaya y menos de la colonia Observatorio, que investigara un poco sobre los antiguos edificios y lugares cercanos y que eso lo pusiera en alguna parte del libro, porque alrededor de esos lugares crecimos y tuvimos nuestras aventuras.

Fundación de la colonia Observatorio

Mi familia es numerosa
Muchos son sus integrantes
Hay personas cariñosas
Otros un poco más distantes
Pero todos en conjunto
Una familia muy radiante

JOSEFERCHO ZAMPER (2017)

EL ALPISTE SIEMPRE SE SUPO PARTE de una familia extensa pero muy unida. Desde que tuvo uso de razón, recuerda la imagen de su abuelo como la autoridad para todos los que vivían en esa casa, pero además de las otras dos casas cercanas, que con el tiempo se incorporaron como parte del patrimonio familiar. Como niño, nunca se cuestionó sobre la forma en que estaba integrada, más bien siempre disfrutó haber crecido en ese ambiente, porque convivía en lo cercano con sus padres, hermanos, tías, tíos, abuelos, tías abuelas e infinidad de primos y primas que eran su mejor compañía.

Los niños entendían que dentro de esa casa había fronteras y barreras invisibles que implicaban una forma de uso, control territorial y de propiedad de los espacios, todos sujetos a reglas

impuestas por quién sabe quién, pero desde muy chicos aprendían cuáles eran los lugares en los que podían jugar, hacer algo de ruido, correr, andar en sus triciclos o juntarse con los demás para lo que se les ocurriera, dentro de ciertas horas.

A veces, cuando mi mamá iba por su mandado al otro lado de la colonia, me dejaba pasar a jugar un rato a esa casa y cuando llegaba, me encontraba al Alpiste jugando bien divertido con los tubos con los que enrollaban las telas, como si fueran Blue Demon y Black Shadow, los luchadores limpios, y con los cartones planos que usaban para enrollar la manta tiesa y la loneta, que eran el Santo y el Cavernario Galindo, porque esos eran los sucios.

Todo eso lo sabíamos porque don Pepe, el dueño de la pannería, los viernes nos dejaba pasar a su casa a ver las caricaturas en uno de los primeros televisores que hubo en la colonia. Él nos conocía porque diario le íbamos a comprar el pan; por eso nos pasaba a su sala, la cual veíamos bien grandota y bonita; ya sentaditos en su alfombra, doña Luchita nos la prendía a las cinco de la tarde para ver *Club Quintito* y más tarde *Los Ángeles de la Calle*; luego, para los más grandes, de las siete a las nueve les ponía las luchas, que era lo más emocionante y como el Alpiste y yo íbamos a cumplir siete años, nos dejaba quedarnos un rato más, hasta que por la ventana su papá nos echaba un grito por ahí de las ocho y era hora de irnos.

La casa del abuelo del Alpiste era más sencilla, con terminados rústicos; su distribución constaba de cuartos uno tras otro, que empezaban en el frente de la casa, al lado de un zaguán por donde después cupieron hasta cinco coches; esos cuartos iban formando una herradura, que terminaba en el fondo del terreno; en total eran diez de diferentes tamaños en la planta baja, en los

que se incluían dos baños; una escalera que estaba atrás, conducía al segundo piso donde vivían en el primer nivel el Alpiste con sus papás y hermanos; y en la segunda parte, tres escalones más arriba, las tres hermanas del abuelo Juan con su sobrina Beta; en total eran otros seis cuartos y un baño.

En la parte baja de atrás de la casa vivía la tía Eliza, prima del abuelo, con sus hijos Sergio, Régulo, Silvia y su nieto Jorgito. En los cuartos de adelante vivían los abuelos con ocho de sus hijos e hijas; otras dos, ya se habían casado. Esa casa tiene su propia historia y evolución, que inició a mediados de los años veinte, cuando Juan compró el terreno en aquella nueva colonia, que era vecina inmediata del Observatorio Meteorológico, enorme propiedad donde había estado el Arzobispado de México desde tiempos de la Colonia.

Los abuelos primero habían vivido en la casa de la bisabuela Pachita, ubicada abajo de la estación del tren que iba a Cuernavaca, en el barrio de El Chorrito. En aquella casa nacieron sus primeros cuatro hijos: Elena, Enrique, Irene y Mirta. En 1927, cuando el abuelo terminó su casa, en la parte del frente sólo había un piso de adobe con techos altos de estilo catalán y ventanas chiquitas, porque en ese entonces el nuevo gobierno mantuvo el impuesto que cobraba don Porfirio, por la cantidad de luz del sol que entraba a través de las ventanas; de hecho, con reformas y arreglos mínimos, los cuartos de atrás y el segundo piso, hoy siguen en pie y ahí viven nietos, bisnietos y hasta tataranietos de los abuelos.

Antes de la Revolución, el abuelo, siendo muy joven, entró a trabajar a la Fábrica de Pólvora, que la habían cambiado a Santa Fe, por la explosión que hubo en los talleres de Chapultepec.



Los tíos y primos del Alpiste.

Cuando en 1910 supo que iba a ser inaugurada por el mismo presidente, salió temprano de su casa que estaba por la San Rafael, para llegar como a eso de las ocho a tomar el tren rumbo a Santa Fe, a ver si le daban trabajo en la fábrica.

Al día siguiente, con escasos 15 años, Juan fue contratado, justo cuando el joven Francisco I. Madero andaba de revoltoso por el norte, alebrestando a campesinos, rancheros e incluso a algunos terratenientes, porque don Porfirio, a sus 80 años, se quería volver a reelegir; así que la cosa se estaba poniendo muy complicada para México, país en donde unas cuantas familias eran dueñas de la mayoría de haciendas y de las nuevas fábricas que había; además, la iglesia otra vez tenía mucho poder y las empresas contaban con garantías para fundar bancos y saquear los recursos naturales del campo, llevándose enormes ganancias al extranjero.

Aun en esas circunstancias tan complicadas para la Fábrica de Pólvora, al paso de cinco años Juan ya era jefe de tornos, taller donde se hacían balas y granadas. Ese ascenso le permitió tener un sueldo envidiable entre los obreros a los cuales dirigía, pero a la vez le abrió la posibilidad para que Pachita aceptara que fuera novio de Juanita, a la que pretendía desde hacía algunos meses.

Aquellos eran tiempos en que la Revolución pasaba por un momento muy violento e inestable para todos, pues con la publicación de un libro de Madero, don Porfirio se había tenido que ir para Francia el 31 de mayo de 1911, diciendo: “Madero ha soltado al tigre, a ver si puede domarlo”.

Apenas Madero llegó a la presidencia, poco más adelante, en 1913, el general Victoriano Huerta le dio golpe de Estado, asesinándolo a él y a José María Pino Suárez. La reacción fue



Una Adelita en tiempos de la Revolución.

tal, que para 1914, Carranza, Obregón, Pancho Villa y Zapata lo obligaron a dejar el poder, pero como hubo muchos problemas entre ellos, en 1915 Villa y Zapata, apoyando a la Convención de Aguascalientes, tomaron la Ciudad de México, obligando a Carranza a irse a Veracruz.

En esas circunstancias, trabajar en la Fábrica de Pólvora, estando el gobierno que fuera, era un gran riesgo y eso preocupaba mucho a Pachita, porque en ese entonces, los distintos ejércitos obligaban a los jóvenes a seguirlos en sus revueltas y ya enrolados en la tropa, se robaban a las muchachas y luego no se sabía nada de ellas.

El temor de Pachita era que, en cualquier momento, los zapatistas o villistas tomaran la fábrica y mandaran a fusilar a Juan o lo enrolaran a la fuerza; y si ese fuera el caso, Juan podría querer-se robar a Juanita, para convertirla en una Adelita con carrilleras y que anduviera como tantas otras por ahí, cantando debajo de su caballo: “Yo soy rielera y quiero a mi Juan”.

Pero nada de eso pasó, porque pronto se fueron los revolucionarios de la ciudad y porque Juan era un joven muy devoto y de buenos principios; sin embargo, la condición para aceptar que este muchacho siguiera siendo novio de Juanita, fue comprometerlo a casarse cuanto antes; así que lo que hizo Juan para no perder al amor de su vida, fue ahorrar los siguientes años y casarse el 27 de noviembre de 1920, tres días antes de que el general Álvaro Obregón se convirtiera en el nuevo presidente de México.

Entonces, a sus 25 años Juan se organizó para llevar a cabo la boda, con mole, arroz y toda la cosa. Nachita y Linda, hermanas de Juanita, fueron quienes le levantaron la cola; Chofis, la más chica, llevaba las arras en una cajita plateada; y su hermano



Boda de Juan y Juanita en 1920.

Gonzalo, que era fotógrafo en Chapultepec, fue quien echando sus humaredas a la hora de darle click, sacó las del recuerdo, que todavía hace poco andaban por ahí en la casa de su hija la Pelona, la que de jovencita se fue a vivir con su prima Olga y allá en la cerrada le pusieron la Popotitos; ella, más que prima, en realidad era tía del Alpiste.

Juanita, que ya tenía sus 20 años y vio tan decidido a Juan, dijo: “pa’luego es tarde; aprovecho, porque si no éste se me va con otra”. Entonces los hermanos de Juan, que eran muy serios, llegaron de traje oscuro, pero la tía Aurora, que era testigo de Jehová, sacó un tocadiscos de esos de bocina de bronce y puso unas de charlestón; Longinos, el más chico, pero el más alto de los tres, sacó a bailar a Eva, una amiguita de la escuela de Juanita; bailaron toda la tarde. Ese mismo día se hicieron novios y años más adelante se casaron.

Felipe, que trabajaba en la nueva Secretaría de Comunicaciones, allá por el centro, después de un rato, cuando pusieron música más calmadita, se animó a bailar y fue a pedirle la pieza a otra jovencita chaparrita que Chofis había conocido en el catecismo: Esperancita. Después de bailar un rato, Felipe le pidió su dirección y luego no dejó de ir a verla, hasta que sus papás lo aceptaron como novio, aunque sabían que él ya tenía un hijo fuera del matrimonio.

Carmen, siendo la hermana más grande, en ausencia de su madre, que era finada, fue la que acompañó a su hermano Juan hasta el altar; detrás de ellos venían sus hermanas Li y Teresa repartiendo manojitos de flor de nube y bolsitas con arroz para todos los invitados. Así de formal fue la boda de Juan y Juanita, que aun sin luna de miel, pronto tuvieron como resultado su pri-



La bisabuela Pachita y su esposo, con Juanita y sus hermanas.

mera hija, la que fue mamá del Alpiste; aunque quién sabe qué habrá pasado con las cuentas, el hecho es que Elena fue ochome-sina, pues nació el 18 de agosto de 1921, con todo y que Pachita siempre anduvo muy al pendiente de que Juan no se fuera a comer el mandado.

Como Juan siempre fue muy trabajador, ordenado, responsable y ahorrativo, aun teniendo ya cuatro hijos, logró comprar en abonos su terreno allá arribita, del otro lado de la vía del tren. Un día sus cuñadas Nachita y Chofis, como todos los sábados, fueron a recolectar epazote, chiles y algo de huitlacoche, y se dieron cuenta que unos tractores estaban removiendo los surcos de los maizales; en seguida se fueron a decirle a su mamá que ya no pudieron recolectar nada.

Cuando en la tarde Juan se enteró de lo que estaba pasando allá en los maizales, inmediatamente fue a ver y se dio cuenta de que aquellas máquinas le estaban dando forma a lo que iban a ser las calles de una nueva colonia; al preguntar a uno de los operadores sobre quién le podría informar sobre los terrenos, lo mandaron a la estación del tren por donde acababa de pasar; así que ni tardo ni perezoso fue a ver qué le decían y esa misma tarde tomó la decisión de engancharse con 100 pesos para que le permitieran escoger su terreno de 300 metros, en lo que iba a ser la calle Gobernador Manuel González Calderón, justo donde hacía T con General José M. Cueto.

Al siguiente año, cuando le entregaron su terreno, fue a México, a las oficinas del Departamento Central, a realizar los trámites para que le dieran su número oficial y el permiso para conectarse a la toma de agua y al drenaje; a él le tocó el número 57. En la misma fila de la ventanilla se encontró con varios mu-



Al fondo, la casa del Alpiste en Calderón 57.

chachos jóvenes que también estaban haciendo sus trámites y, por su plática, se enteró de que iban a ser sus nuevos vecinos; uno era Arturo Márquez, a quien le tocó el número 55; otro era Pepe Vargas, a quien le dieron los números de sus dos terrenos; otro más era Alejandrino Reyes, a quien le tocó el número 43 de Cueto; a Luis Díaz, quien llegó antes que ellos, ya le habían dado el número 26; bueno, pues a partir de ese momento se selló un pacto de amistad entre ellos para toda la vida. Lamentablemente Arturo Márquez murió a los pocos años, dejando viuda a Margarita con siete hijos.

Pepe compró dos terrenos: uno donde construyó su panadería “La Primera Lucha” —porque su esposa se llamaba María de la Luz—, con vitrinas de cristal hacia la calle y con charolas y pinzas en la entrada para que los clientes escogieran su pan; y otro donde construyó su casa de dos pisos, con estacionamiento para dos coches y fachada forrada de mosaico veneciano.

A esa panadería mandaban diariamente al Alpiste a comprar bolillos para el desayuno, las teleras para las tortas que les preparaba su mamá para el recreo y el pan dulce para la merienda. Al paso de algunos años, a la pobre doña Lucha le dio cáncer; el Alpiste se acuerda que veía a la señora platicando con las clientas y llorando, seguramente porque sabía que se iba a morir, por lo que don Pepe se tuvo que hacer cargo del negocio y de sus hijos Pepe, Pedro y Luchita.

Por su parte, Alejandrino Reyes, el otro vecino que ayudaba a su esposa a cuidar una taquería que su suegra Beatriz tenía en el centro; al poco tiempo murió la señora y él y Beatricita se hicieron cargo del negocio, multiplicándolo hasta tener tres, una en Bolívar que cuidaba su hija la Chata, otra en Uruguay que cuidaba



La COVE en Tacubaya.

su hija Mina y la primera que estuvo ahí desde 1910, en Isabel la Católica, esa la cuidaba Miguel. Esas taquerías se hicieron muy famosas allá por los años cincuenta; hasta la fecha, los primos del Alpiste tienen una en la Zona Rosa; esto es así, porque Miguel se casó con Cristina, una de las tías más chicas y bonitas de las Cañas; cuando murieron sus padres cada uno de los hijos heredó su taquería; la de Bolívar sigue funcionando bajo el cuidado del hijo de la Chata.

Como a Juan ya le urgía cambiarse de casa, todos los sábados y domingos iba con sus cuatro chamacos, para ayudarle al maestro Rafa a acarrear la mezcla con la que se pegaban los adobes; también movían la tierra de las cepas donde iban los cimientos. Elena y Enrique, los más grandes, cargaban los botes a medio llenar, para llevarlos a la parte delantera del terreno, mientras Irene removía la tierra con una palita que le había hecho su papá.

A Mirta, que todavía era muy chiquita, la ponían debajo de una higuera, en un huacal de madera sobre una piedra grande, para que no se le subieran las hormigas; al medio día llegaba su mamá con un guisado y tortillas calientes para que se echaran un taco; a Mirta le tocaba su leche, así que volteándose en sentido contrario donde estaba el albañil Rafael, se desabrochaba la blusa y a lo hecho, pecho; al terminar, les daba un poco de agua a los niños, en una jarra de barro que llevaba cargando desde la casa de El Chorrito. Enrique, quien desde chico fue muy cariñoso con sus hermanas, les hacía un vasito de cucurucho con unas hojitas que le daban en su escuela.

Al cabo de un año, la primera parte de la casa estaba lista, así que fueron de los primeros vecinos que se fueron a vivir a la colonia Observatorio; al poco tiempo llegó el joven Zárate, que

era mecánico, y en su misma casa montó su pequeño taller, formando una cerradita exactamente enfrente de donde Pepe puso su panadería. El Alpiste se acuerda que alguna vez en ese taller le soldaron su triciclo.

En otra casa muy bonita con jardín al frente, justo al lado contrario de la familia Márquez, llegó Esmeralda, una cantante famosa de la época, que trabajaba en cabarets, obras de revista y hasta llegó a salir en algunas películas. Dice el Alpiste que todavía en los años ochenta, en una noche de parranda con algunos de los cuates del callejón, fue a verla al Corrientes Tres, Cuatro, Ocho, que estaba en Miguel Ángel de Quevedo.

La casa del abuelo Juan quedó exactamente enfrente de donde terminaba la calle de General Manuel Cueto. En una de las esquinas, alguien de dinero construyó un edificio de cuatro pisos que parece castillo, pero apenas lo terminó, murió intestado, así que por 30 años el inmueble estuvo desocupado; sólo había una señora medio rara que tenía muchos gatos, pero a nadie le hablaba.

En la otra esquina, el zapatero Montes puso una pequeña reparadora de calzado donde trabajaban como ayudantes niños de la colonia, entre otros, los hijos de Arturo Márquez, para ayudarle a su mamá con el gasto. En ese entonces, Ernestito, el menor de ellos, y el Cacahuate, salían a jugar canicas de apuestas y se hicieron amigos; sus hermanos más grandes, Raúl, Rubén y Arturo, fueron quienes le pusieron el Cacahuate, por alto, ancho de espaldas y delgadito de cintura.

Otra familia que llegó en la primera etapa de la colonia, fue la de los Muñoz; el señor era contador en la COVE, así que apenas la fábrica tocaba el silbato al veinte para las ocho para que sus



trabajadores se apresuraran a llegar a la fábrica, él salía para irse a la oficina, mientras que acompañaba a sus hijitas que se iban caminando con él a la Oaxaca, que era la misma primaria a donde iban todas las niñas de la colonia; los niños, por su parte, iban a la 7 de Enero; las dos escuelas estaban al lado de los Almacenes del Ejército Nacional.

Aunque las calles de la colonia no estaban pavimentadas ni había banquetas, el hecho de tener luz, agua y drenaje, hacía la diferencia con otras colonias que se formaban más arriba y carecían de esos servicios. En aquel momento Elena tenía siete años, su hermano Enrique cinco e Irene tres; de ahí seguía Mirta con uno.


Al poco tiempo de haber llegado a su nueva casa, Juanita les trajo otra hermanita a la que le puso Carmen; luego siguió Carlos y al rato Lucía, la más güerita de todas; más adelante nació otra muy bonita, a la que le pusieron Cristi, a la que le siguió Licha, que fue la más alta y de barba partida; por último Marilú, que nació en 1939, la que de jovencita tenía un cuerpo como de Señorita México.

Por esa tía se volaban todos los muchachos de la colonia, por eso el Alpiste, muy en contra de su voluntad, la tenía que hacer de chaperón, acompañándola a la nevería a donde la invitaba el Pibe, uno de los más caritas de Marina y pues ni modo, él se tenía que sacrificar con unas Tres Marías, acompañadas de galletas rellenas de crema pastelera, pero acompañado de Baltazar, que era un niño más grande que él; su hermano lo llevaba con un suéter deportivo y un baloncito de futbol americano con el que se echaban pases de un lado a otro de la nevería con los otros niños; como ya lo conocía el dueño, lo dejaba hacer lo que quisiera, porque además el Pibe siempre llevaba ahí a toda la palomilla


**SALÓN DE LA FAMA DEL DEPORTE POLITÉCNICO
FUTBOL AMERICANO LIGA MAYOR**

**JUGADOR Y HEAD COACH DISTINGUIDO
VÍCTOR B. MARTÍNEZ GÓMEZ
POLI GUINDA 1960-1964
"HALF BACK"
HEAD COACH POLI BLANCO
1983-1984**



En honor a Víctor B. Martínez Gómez, jugador y head coach distinguido de la Liga Mayor de Fútbol Americano del Politécnico, se le dedica este espacio en el Salón de la Fama del Deporte Politécnico.



Victor, distinguido jugador y *head coach*.

de la colonia. Pues resulta que ese niño se convirtió en Víctor Baltazar Martínez, el jugador ídolo de los años sesenta del Poli Guinda, cuando con sus anotaciones le ganaban al Poli Blanco, a los Pumas de la UNAM y otros equipos de la época.

Hace unos días el Alpiste bajó del callejón a Marina 23, acompañado de su primo Alex, para saludarlo y encontró a aquel jovencito que veía desde la ventana de la sastrería, jugando con la palomilla de los más grandes, driblando ágilmente y apoyándose con sus tenis en las bardas laterales, dejando a todos perplejos; ahora, a sus 80 años, Víctor Martínez vive de esos recuerdos de gloria que le permitieron hacer una carrera muy exitosa en el Instituto Politécnico Nacional como director general de Desarrollo Cultural y miembro del Salón de la Fama.

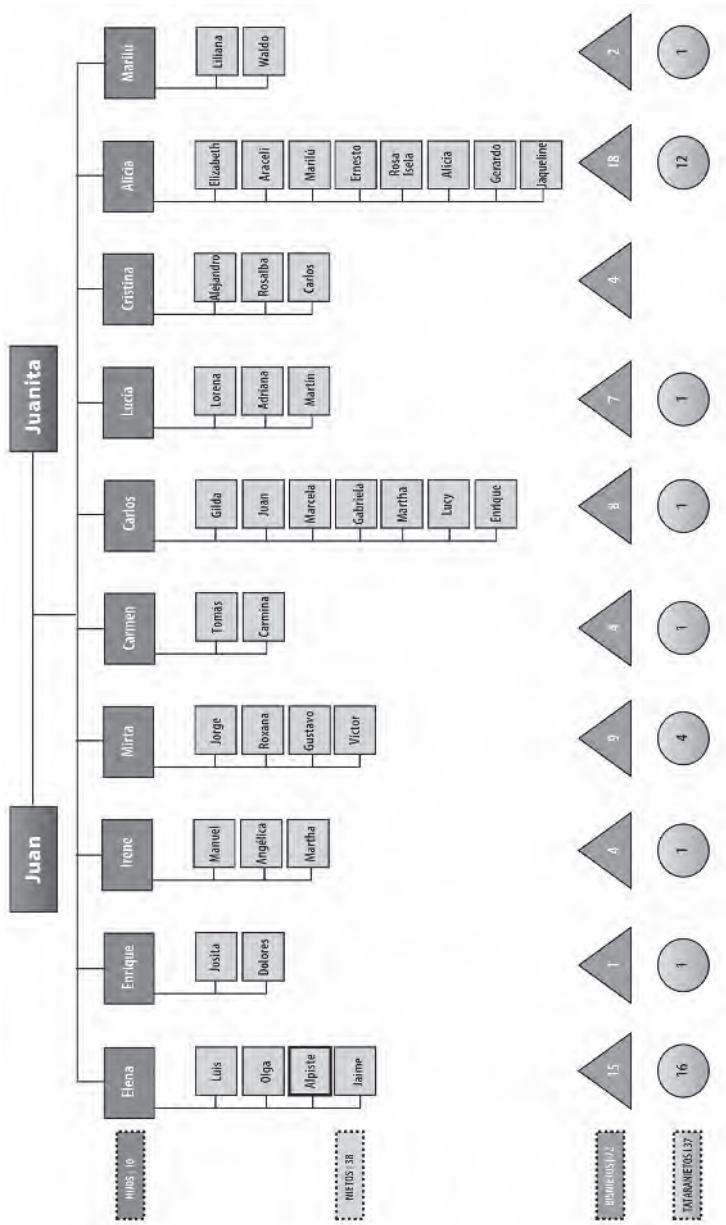
Eso le dio mucha tristeza al Alpiste, porque vaya que a él siempre le hubiera gustado llegar a tener un poquito de la gloria que él alcanzó, incluso ya como profesionalista, habiendo llegado a ser director general de Actividades Deportivas del Instituto Politécnico Nacional; bueno, pues lo saludó con mucho respeto y se fue un rato a la casa de su primo, en Calderón, para superar la emoción de haberlo saludado en persona.

En total fueron diez criaturas las que trajeron al mundo Juan y Juanita, que para aquella época era lo normal; cuando Juanita estaba embarazada de Marilú, Luis, el papá del Alpiste, fue a pedir la mano de Elena; al siguiente año, Lay fue por Irene y luego, en 1953, Miguel Reyes fue por Cristi, aunque todavía era muy chica. Al siguiente año Alicia se casó con su primo Ernesto; más adelante siguieron Lucía con Martín, el que se dedicó al ballet, y el mismo día Jorge con su prima Mirta; Tomás también se casó con su prima Carmen, siendo medios hermanos de Ernesto.

El padrino Carlos, que siempre fue bien enamorado, se ligó a Marthita, una de las chicas más bonitas de la colonia, hijita de Luis Díaz. La última que se casó, rompiéndole el corazón a muchos, fue Marilú con Osvaldo, un joven sinaloense que había venido a ver a una tía que vivía en Bucareli, pero de pasadita visitó a su amigo Martín en Balderas, cerca de Televisión; ahí conoció a Marilú, que ese día estaba de visita con su hermana Lucía y éste se quedó prendido de ella.

El Alpiste ahora está obsesionado con la historia de su familia desde que vio escrito el primer libro; por eso, el día que estuve en su casa, se metió a su recámara y de un cajón de su viejo ropero sacó algunas fotos de casamientos, bautizos y una lista con los nombres y fechas de nacimiento de sus tíos y tías, y me dijo que si no incluía esa lista, ya no me contaría nada, porque ahora todos estaban muy emocionados y querían aparecer en la siguiente novela. Así que mejor procedí y armé el árbol genealógico de la familia Cañas, con 157 descendientes.

Árbol genealógico de la familia Cañas



Cuando el Alpiste dejó de ser el *xocoyote*

Te tendieron la mano en el precipicio
pero nunca la tomaste,
pendiendo de un hilo te quedaste,
anhelando ese suplicio.

La soga siempre estuvo en el pozo,
y la usaste para ahorcarte
en un vaso de agua te ahogaste,
Y te condenaste, en tu propio calabozo.

DON NADIE,
“Suplicio”, *Poematrix*,
22 de febrero de 2018

ERA EL PRINCIPIO DE 1954. El Alpiste tenía apenas siete años; desde que se acuerda, él y su prima Angélica habían sido, según su abuelo, los *xocoyotes* de la familia, pues apenas eran cinco nietos y ellos eran los dos más chicos; eso les había gustado porque les aportaba ciertos beneficios con la familia.

A su hermana Olga le gustaba jugar con ellos a que ella era la reina, y esa fantasía fue algo que le perduró toda su vida. Las tías le decían “la comadre” y aunque era mucho más chica que ellas, desde muy jovencita generó un entorno social de liderazgo sobre ellas, que las mantuvo juntas hasta su precoz muerte en la navidad de 2001. De grande, siempre organizaba los desayunos



Olga y Manuel en su Primera Comunción.

del día de las madres, la tradicional posada familiar de diciembre, el halloween para los niños en turno, la fiesta patria de septiembre. Cuando sus hijos crecieron los mandó a tomar clases de piano y cada vez que su maestra montaba un concierto para sus alumnos, se alquilaba la Sala Chopin de la colonia Condesa, y toda la familia Cañas era invitada para escucharlos; *La polonesa* de Chopin, *El lago de Como* de C. Galos o la Quinta sinfonía de Beethoven, eran las piezas que se escuchaban con cierta maestría de Marco, Laura y José Luis; al terminar todos iban a cenar a la casa de Olga, con vino, pasta italiana, camarones al mojo de ajo y pasteles de mil hojas rellenos de cangrejo que ella misma preparaba.

El cuñado José Luis, que era piloto de Mexicana, se pavoneaba por su casa de Prados de Coyoacán, allá por el sur de la ciudad donde tenía una sala estilo Luis XV, ofreciéndole vino francés al Cacahuete, quien para ese entonces ya era el potentado de los moteles; Mario Sevilla y la prima Popotitos, que eran ex olímpicos de 1968; los tíos Martín y Lucía, que formaban parte de la historia del ballet ruso en México y habían sido maestros de los bailarines más famosos; el tío Carlos, que había expandido las taquerías “Beatriz” por toda la ciudad, y la tía Cristi, que era la socia número uno con sucursales en la Zona Rosa e Isabel la Católica; así que el resto de tíos y tías se la pasaban felices, mientras que el Alpiste, junto con su hermano Jaimito, se chupaban unos brandys con sus primos Alex, Jorgito, Gus, Carlitos, Tomy, Vic y otros más que apenas eran adolescentes. Eso ocurría alrededor de la cantina del cuñado, que estaba abarrotada de vinos, cervezas y licores de todas marcas y calidades que traía de Estados Unidos cada vez que salía de vuelo, pasándolas sin revisión porque la aduana no acostumbraba abrir las maletas de los pilotos.

Esas fueron las cualidades de la personalidad de la hermana del Alpiste, dadivosa, desprendida y sociable, todo lo contrario del Cacahuate, que no disparaba ni en defensa propia; a ella siempre le gustó rodearse de la familia extensa, cerca de la cual creció. Sin ser rica, siempre encontraba la forma para organizar todas las fiestas posibles; hasta la fecha, el Alpiste, que fue su adoración y toda la familia, la extrañan y recuerdan con mucho cariño y nostalgia.

Él se acuerda que de chicos entre semana empezaban a juntar cosas para montar un escenario improvisado de teatro con sábanas, palos de escoba, macetas, un lebrillo con agua y papel aluminio para hacer cascadas de a mentiritas y, de un momento a otro, ella se convertía en la directora artística de una obra que salía de su imaginación; entonces una vez que iban llegando los primos y primas a los ensayos, cada uno tenía definidos sus papeles, sus diálogos, su vestimenta y maquillaje; las tías más chicas siempre les prestaban todo lo que se les ocurría, para que su obra se realizara conforme a sus deseos.

Una vez concluidos los ensayos, después de dos semanas de estar todas las tardes adaptando el escenario y el guion, el sábado por la tarde estaban citados tíos y tías, y hasta los abuelos bajaban para presenciar aquel espectáculo, donde el Alpiste aparecía vestido de juglar para hacer reír al público asistente. Al concluir la obra, los aplausos se concentraban en la Comadre.

Con su hermano el Cacahuate, los juegos fueron diferentes; como era cinco años más grande que él, le enseñaba a tirar, lo más lejos posible, pequeños trozos de cáscara de naranja con una liga, para ver si luego cazaban alguna de las lagartijas que pasaban por el borde de la barda que daba a la casa de Esmeralda, la cantante famosa de aquellos años. Otro juego consistía en ponerse a lavar

los coches de los tíos; él aprendió a lavar las caras blancas anchas de las llantas con piedra pómez y un poco de detergente, ya que por esos tiempos estaba de moda presumirlas con los vecinos; para eso tenían que cuidar de no darse llantazos con las banquetas. La verdad es que él les cobraba dos pesos por lavada y el Alpiste ni enterado.

De más grande le enseñó a sobrehilar pantalones en una máquina Paff que se compró con sus ahorros, y el Alpiste a sus diez años lo hacía con gran maestría, pero además lo consideraba como un juego, mientras que el Cacahuete les cobraba un peso a los pantaloneros, para que se ahorraran el trabajo tardado de hacerlo a mano.

Aquellos primeros siete años del Alpiste fueron buenos para él, porque a las tías les gustaba que les cantara cualquier canción de la época, que se aprendía nada más de escucharlas en la radio: “Los marcianos llegaron ya, y llegaron bailando ricachá; ricachá, ricachá, los marcianos llegaron ya”. De premio le daban un Tófico o un trocito de piloncillo que se devoraba de un jalón.

Él se acuerda que entre sus cuatro y siete años su mamá le hacía un pastel de sabor a naranja con mermelada de fresa entre los pisos del panqué, que le sabía a gloria, porque quedaba envidado; además, le pedían a la tía Eliza —que en ese entonces vivía en la parte trasera de la casa con sus tres hijos y su nieto Jorgito (el que de grande suscribió los Acuerdos de San Andrés Larráinzar con el Subcomandante Marcos)— que adornara el pastel con turrón que ella misma preparaba con claras de huevo batidas y algo de azúcar glas, y que aplicaba con un embudito metálico y un pedazo de manta adherido en forma de cono, que para ellos parecía mágico.



Boda de Lucía y Mirta.

Luego venía lo mejor. En la noche llegaban sus primos Manuel, Angélica, Kokío, la Pelona, a la que en la cerrada le pusieron la Popotitos, también ese día, la tía Eliza dejaba salir a Jorgito y uno que otro niño invitado de la colonia. Después de jugar un rato a las escondidillas o a policías y ladrones, su mamá los llamaba para cantarle las mañanitas y a partir el pastel con un cuchillo que siempre lo tenían guardado fuera del alcance del Alpiste; una vez que cada uno tenía su rebanada, lo acompañaban con un tarrito de champurrado de chocolate, que para todos los niños era una delicia.

Al final, ya como sorpresa, de repente aparecía la mamá del Alpiste con los regalos que le habían llevado sus primos y ahí sobre la mesa los iba desenvolviendo delante de todos para ver qué le habían traído: un cochecito de lámina con cuerda, una pelota de goma para jugar frontón en la única pared alta que estaba a la entrada de la casa, una bolsita de canicas para jugarocol o tiritos de chiras pelás; en fin, ese era el remate de sus días de cumpleaños que nunca ha olvidado, pero que a partir de 1954 se terminaron.

¿Qué fue lo que sucedió? Pues ese año de repente el Alpiste empezó a ver que varias de las tías empezaron a ponerse panzonas y al poco tiempo nacieron los nuevos primos y primas; la tía Beta y la tía Silvia, que eran primas hermanas de las Cañas, desde 1950 habían tenido, respectivamente, a Josefina y a Carmelita; ellas ya le habían hecho algo de sombra. Sin embargo, él se entretenía mucho porque cuando las bañaban lo invitaban a echarles agüita tibia, a la que previamente se le habían agregado unas gotitas de alcohol para que no se resfriaran; eso le encantaba porque fue la manera de darse cuenta que ellas no tenían pajarito.

Así la historia, cuatro años más adelante, en enero de 1954, nació José Luis, hermano de Carmelita, al que le pusieron el Texas, porque de adolescente le encantaba oír *El ojo de vidrio*, donde aparecía ese fabuloso personaje. Al poco tiempo nació Patricia, hermana de Josefina; luego, ya del grupo de las primas directas del Alpiste, en marzo la tía Lucía tuvo a Lorena. Según decían las chismosas de sus hermanas menores, que se habían comido la torta antes del recreo y para disimular inventaron que esa niña iba a ser seismesina, pues tendría que haber nacido hasta junio, igual que su primo Jorgito, porque sus papás se habían casado el mismo día y hasta se habían ido juntos de luna de miel a Acapulco en el coche del tío Jorge; por ahí andan las fotos de esas bodas.

Bueno, pues a las tías se les prohibió andar diciendo esas cosas, para seguir conservando el honor del “Castillo de la Pureza”, que esa casa tenía entre los vecinos de la colonia. La verdad es que el Cacahuate, que ya tenía sus trece años, les cobraba cuando lo mandaban de chaperón, para dejarlos solos allá por la Alameda Central, mientras él se metía al Palacio Chino que estaba por ahí cerca, a ver alguna película para niños. Por eso, ya cuando supo lo del embarazo tan prematuro, les decía a sus tías: “No, si esas clasecitas de baile andaluz que el tío Martín le daba a la tía Lucía, en su estudio de Puente de Alvarado, fueron muy bien aprovechadas”. Lo que es cierto, es que ya casada y con Lorena retirada del pecho, cuando se fueron a vivir a Balderas, ella se incorporó al estudio para convertirse en una excelente profesora de baile español, profesión que mantuvo por muchos años.

Entre los rumores de la casa, se decía que el abuelo Juan le había reclamado a Luis por andar recomendando a ese muchacho como muy serio y de principios. Lo que sucedió fue que, siendo michoacano, Martín fue invitado por unos amigos para ser chambelán en una fiesta de quince años justamente en la colonia Observatorio; y resulta que Lucía, por ser tan bonita y güerita, era una de las damas. Martín, a la hora de los repartos, ni tarde ni perezoso se propone como su pareja, y aunque al terminar los ensayos cada noche un tal Sandoval iba a recogerla a escondidas del abuelo Juan, Martín que se arma de valor y delante de Lucía le dijo con mucha firmeza: “esta chica es mi novia, así que deja de venir a molestarla”.

El pobre Sandoval, con todo y que era jugador de un equipo de futbol, vio tan decidido a Martín y a la güerita tan calladita, que mejor se hizo a un lado diciendo: “Ya vas cabrón, ahí muere; luego nos arreglamos”. Lo que siguió fue que Martín la acompañó hasta su casa y al despedirse le dio un beso en la mejilla y ella ya ni dijo nada; se puso colorada como un tomate, y Martín le dijo, mañana seguimos con el ensayo.

Lucía se metió por un zaguán dejando la puerta abierta, eso le dio curiosidad a Martín, quien sin más se metió y vio que en la primera puerta del lado derecho había un taller de sastrería, donde estaba un joven trabajando sobre una mesa, que al parecer era el maestro cortador, y como no tenía un trabajo fijo y con ganas de estar cerca de donde vio que vivía Lucía, se le ocurrió preguntarle si no necesitaba un ayudante; ese joven cortador era Luis, quien le preguntó qué edad tenía y de dónde venía; le dijo soy de Zitácuaro y tengo 21 años, pero me gustaría aprender su oficio.

Mira, te voy a dar trabajo porque eres mi paisano, pero aquí lo primero que tienes que hacer es llevarte bien con los demás trabajadores, pero lo más importante, es respetar a las muchachas que viven aquí, porque son las hijas de mi suegro y a él no le gusta que las anden molestando los de la sastrería.

En eso, por una puerta que estaba entre el despacho y el taller donde se encontraban las máquinas de coser, de repente que aparece Sandoval con su cinta de medir en el cuello; en ese momento a Martín que se le tuercen las corvas. Pero Sandoval, con todo y que andaba bien entrado con Lucía, le dijo con la mirada y levantando la palma de su mano derecha con los dedos abiertos como diciendo “no traigo piedra, conmigo no hay problema”; eso fue así porque Luis siempre fue muy respetado y querido por sus ayudantes.

En unas cuantas semanas más, Martín aprendió a sobrehilar, a dar vapor y de paso le tocó, como a todo principiante, barrer la sastrería, pero pronto le dio las gracias a Luis, quien más adelante se convirtió en su querido compadre; él se fue pronto porque una tarde acompañó a unos amigos a tomar unas clases de balet clásico a un estudio que estaba enfrente de la Alameda Central y ahí conoció a un maestro ruso que, al verlo, sin saber nada de él, lo invitó a incorporarse a la coreografía que montaba para presentarla en el Palacio de Bellas Artes; como alguna vez se lo comentó al Alpiste que terminó siendo su sobrino: “eso era lo mío; era donde yo debía de pertenecer”. Así es como terminó la etapa para Martín, uno de los tíos más querido y respetado por toda la familia Cañas, quien vivió felizmente al lado de Lucía y tuvo una vida longeva llena de aventuras, viajes, buenos restau-

rantes y ligado a su maestro Sergio Unger,¹ amigo ucraniano inseparable que de hecho fue considerado como de la familia, pues fue el gran de Lorena, Adriana y Junior.

Después de Lucía, le siguió la tía Cristi, que a fines de marzo tuvo a Alex, el niño más consentido de todos los de esa generación. El Alpiste dice que cuando tenía como cuatro años, se la pasaba comprando Gansitos en la tienda de Teresita, para sacarles unas estampitas que traían adentro y el pastelito se lo daba a sus primos o a los perros de su abuelito don Alejandrino. En junio, la tía Mirta tuvo a Jorgito, al que su papá le hizo un triciclo bien chingón, con el que el Alpiste podía pasear a todos los nuevos primos, corriendo por el patio —que el abuelo acababa de aplanar con cemento pulido, para poder meter los coches de sus yernos— con un pie arriba de la salpicadera trasera y el otro empujando a toda velocidad. Elena, la mamá del Alpiste, a pesar de estar ya entrada en añitos, también se había animado a traerle un hermanito, al que le pusieron Jaime; ese niño siempre fue muy berrinchudo y pegalón; cada vez que echaba un berrido en el patio, su papá salía de la sastrería para darle unos cintarazos al Alpiste, creyendo que él era el que lo hacía chillar.

La última embarazada de ese año fue Irene; sus hermanas no supieron cómo le hizo para poner firmes al capitán Rafael Díaz Alvarado, quien siempre fue muy serio y mandón, de tal

¹ Con el Encuentro Regional de Danza Clásica y Neoclásica se alcanzó madurez y consolidación para la danza clásica y neoclásica en México. El evento suscitó el reencuentro entre las prestigiadas maestras Débora Velázquez y Lilia Peña, quienes fueron compañeras de preparación en la Ciudad de México bajo la dirección del maestro ruso Sergio Unger, así que el evento estuvo marcado por la experiencia y la decisión de hacer de la danza un estilo de vida que alcanzó a Martín y Lucía.



La tía Irene con sus hermanos Carlos, Elena y Carmen.

manera que en octubre nació Marthita. Ese fue el preámbulo para que, de acuerdo con la lista que me entregó el Alpiste, siguió engrandando el número de nietos hasta que, en 1973, llegaron a 38.

Pero traslapada en el tiempo, en enero de 1962 había empezado a trabajar la maquinaria humana de hacer bisnietos, así que el primero fue Luisito, hijo del Cacahuate quien, por cierto, vivió en la casa del abuelo sus primeros tres años de matrimonio. Esa maquinaria siguió trabajando por 47 años, hasta que en 2020 nació el último bisnieto de quien tenemos conocimiento, hijo de Junior, el que estudió en el Colegio Columbia.

Luego, gracias a Mary, la cuarta hija del Cacahuate, la maquinaria de fabricar tataranietos se puso en marcha en noviembre de 1988 con el nacimiento de María Fernanda, hasta que en octubre de 2019 nace la nieta de Carmina, completando 35; empero, hace poco, le informaron al Alpiste que Miriam, la hija de su prima Liliana, ya encargó el tataranieto número 36, pero nacerá en el 2020. Hay que hacer notar que, entre los tataranietos, hay varios que en cualquier momento podrían poner en marcha la maquinaria para iniciar los nacimientos de la sexta generación y esos, de acuerdo con la Real Academia de la Lengua Española, serían choznos.

Así es como paró la etapa de *xocoyote* del Alpiste, y el mito de que a los niños los traía la cigüeña de París; mito que contaba el tío Martín, porque en esa época y particularmente en esa casa, los niños no sabían nada de sexo; sin embargo, un día escucharon a sus tías decir que su cuñado Luis había tenido que llevar en su coche a la tía Lucía de urgencia al hospital para que naciera Lorena; entonces, ante su incompreensión, al Cacahuate se le hizo fácil decirle que a los niños no los traía la cigüeña, sino que nacían

por las caricias que sus tíos le hacían a sus tías en la noche, cuando se iban a dormir.

Con esa información tan precisa, a partir de ese día, Olga, Manuel, Angélica y el Alpiste se la pasaban espionando en la noche cuando sus tíos apagaban las luces de sus recámaras, hasta que un día los cachó el tío Enrique, que era bien espantado y que los acusa con su mamá. El castigo, según dice el Alpiste, fue que nunca más les volvieron a festejar su santo, menos hacerles pastel. Las siguientes docenas de pasteles que se festejaron fueron para los siguientes 28 nuevos primos que fueron naciendo a partir del histórico 1954.

Tras la indiscreción del Cacahuete y luego la del primo Fito —cuando les dijo que los Reyes Magos eran los papás—, a fuerza de esos desengaños, las fantasías del infeliz Alpiste se vinieron abajo para siempre; pero aun así, por varios años, junto con su hermana Olga, cada 5 de enero siguieron dejando su carta en su zapato y se iban a la cama con la ilusión de que llegaran en la madrugada, sabiendo que su abuelita ponía a cada uno los regalos sobre su elefante, su camello y su caballo, con regalos también para el niño Jesús, que yacía en el esplendoroso nacimiento, colocado por los tíos Enrique y Carlos debajo de la escalera, cubriéndolo de musgo, heno, foquitos de colores y cascadas con papel aluminio por donde deambulaban borreguitos, puercos, gallinas y uno que otro campesino de Belén.

El Alpiste dice que aun con todo y que su mundo fantástico se fue desmoronando poco a poco, lo que siguió funcionando fue la organización de las posadas; por lo menos de las ocho, en la casa del abuelo se celebraban dos, con ponche, piñatas y colación para todos; una le tocaba a su papá y otra a las tías.

Luego por ahí se sabía de alguna otra posada que hacían en la casa de los Reyes, que eran los riquillos de la familia o la de los Sotomayor, a la que eran invitados por su madrina Josita. Cada posada era diferente; en unas se daba ponche con piquete para los adultos, en otras, colación para los niños, y en otras, las piñatas venían cargadas, además de fruta, cacahuates y serpentinas, con pesetas recubiertas de plata. En la de los Sotomayor, a la que me invitaba el Alpiste, la Chata organizaba una orquesta con sus cuatro hijos y nos ponía a cantar unos salmos que nadie se sabía, pero le hacíamos como que movíamos la boca.

Pero lo importante para los niños era la hora de las piñatas, porque lo del *ora pro nobis*, era algo aburrido, mientras no llegaba el momento de pedir posada y cuando el anfitrión la daba empezaba el cántico de: “¡Entren santos peregrinos, peregrinos, reciban este rincón!”. A partir de ese momento le daban su colación a su mamá para que se las guardara, mientras se formaban por edades para darle a la piñata; no faltaba el niño atrabancado como Jaime, Gustavo o Tomás, que aunque estuviera vendado de los ojos, soltaban palos a lo loco, con el riesgo de que se le rompiera el palo de la escoba que iba a dar por allá y a veces de paso le pegaba a alguien en la cara o en la cabeza; entonces eso se convertía en un caso para la tía Silvia, que era la enfermera en activo de la familia; al rato regresaba el niño con su pedazo de gasa, sulfatiazol y una cruz de cinta adhesiva pegada en el cachete o en la frente, para incorporarse al “dale, dale, dale, no pierdas el tino, mide la distancia, que hay en el camino...”.

Al papá del Alpiste lo que más le gustaba de esas fiestas era preparar su ponche con frutas que iba a comprar a La Meced; un costal de naranjas por gruesa, dos cañas jugosas que se las corta-

ban en trozos de 20 centímetros, jícamas de las jugosas; siempre, antes de pagarlas, pedía una prueba, para que no le fueran a salir secas; luego a buscar tejocotes, guayabas, ciruelas pasas, almendras y piloncillo. Lo importante de su incursión a ese enorme mercado, que sigue ahí al oriente del Zócalo, era la clase de negociación que recibía con mucha atención el Cacahuate, pues en cada puesto su papá iniciaba su estrategia de repelar los precios; primero pedía pruebas, que mordisqueaba, olía, chupaba y saboreaba; a veces hasta les daba una probadita al Alpiste y al Cacahuate; hacía su contra propuesta de rebaje sin importarle que en cada puesto los comerciantes tenían sus letreros con los precios a la vista; si no se la aceptaban, les decía que estaba muy caro, el marchante le insistía en la calidad de sus productos, él daba tres o cuatro pasos en dirección hacia los otros puestos, entonces el marchante terminaba diciéndole, “lléveselos pues, marchante”.

Al final de todas las compras, llegaba la última negociación con un diablero para que le llevara todo a su coche, pasando por los puestos donde había dejado encargada su mercancía; si no se ponía de acuerdo por dos o dos cincuenta, máximo, entonces el Alpiste, el Cacahuate y su papá se echaban al lomo sus bultos y “patas pa’qué te quiero”. Ya que pasaba por Tacubaya, se bajaban en el mercado de Cartagena para comprar las ollas de barro y toda la indumentaria para forrarlas hasta convertirlas en piñatas, además de los cacahuates, las velitas y el confeti para armar la fiesta a todo lo que daba.

Ya encarrilado, de una vez les echaba el ojo a los arbolitos de navidad y alguna que otra caja de esferitas, para reponer las que se hubieran roto el año anterior; ese lo amarraban en el techo de su Chevrolet Bel Air 1950, y en dos por tres llegaban a la casa

bien cargados. Para ese momento, Elena los esperaba para ayudarles a acomodar las cosas a un lado de los lavaderos y darles de comer, porque ya se estaba haciendo tarde.

Después de las posadas, lo que seguía era la noche de navidad; aunque en ese entonces no se creía para nada en Santa Claus, pues los Reyes Magos eran los aprobados por la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana, por eso estaban en el nacimiento que había puesto su abuelita Juanita desde antes de que empezaran las Posadas; lo que se ponía a partir del 16 de diciembre, eran los regalos que cada quien le iba a dar a alguno de sus familiares.

En esa casa llegó a haber hasta cinco árboles de navidad y en cada uno iban apareciendo regalos envueltos con los nombres de quien los daba y el de quien los recibía. El Alpiste se la había pasado todo el año haciéndoles mandados a sus tías las casadas y a su abuelo, para que en ese día le pusieran un regalito; la verdad es que era más la ilusión que lo que al final le llegaron a poner, y cuando hubo algo para él, era algo sencillo pero valorado por el niño; dos toficos envueltos en papel de china con un moñito, un AlmonRis, una paleta Mimí, pues ellas tenían que ponerle algo a sus hijitos que eran mucho más chicos que el Alpiste; de cualquier manera, él se la pasaba todo el tiempo preguntándole a sus tías si ya le habían puesto algo en su árbol. Además, no estaba permitido a los niños andarse metiendo por abajo del árbol para ver si había algo para ellos, con el pretexto de que se iban a electrocutar con las extensiones.

Al final, el mero día 24 por la tarde iban llegando los hermanos del abuelo y las hermanas y primas de la abuela con sus hijos, de los cuales algunos eran casi de la edad de Olga y el Alpiste; Héctor, que vivía en los condominios de Coyoacán, a

los que en el temblor de 1957 se le cayeron las escaleras; Eva y Carmelita que vivían en la Nueva Santa María con sus papás, el tío Longinos y la tía Eva; Kokío, hijo de la tía Chofis y hermano del Prieto, que vivía en la calle de Generales; Gloria y Magos, las hijas de la tía Linda, que vivían en el pueblo de Tacuba, y Joselito, el hijo del Tigre de Tacubaya, hermano del papá del Alpiste; así que ese día era como una gran fiesta con niños que se sabían muchos juegos y uno que otro hasta traía algún juguetito nuevo.

Por ahí de las ocho de la noche todos esos parientes se iban a sus casas, porque cada familia festejaba la navidad con su propia cena; ellos acostumbraban pasar a saludar a su hermano Juan y a la hermana Carmen, porque eran los más grandes y porque cada vez que tenían algún problema durante el año, Juan los apoyaba para resolverlo, incluso a las hermanas y primas de Juanita les llegó a rentar viviendas muy baratas, mientras resolvían a dónde irse a vivir. Al hermano Felipe lo tuvo varios días cuando los bajaron los bomberos de su condominio, allá en Coyoacán cuando tembló.

Ya como a las nueve de la noche, las hijas e hijos casados iban a darle el abrazo y su beso en la mano a los abuelos, pero también a persignarse a la capilla de la Virgen de la Concepción, que por muchos años estuvo en la casa de la bisabuela Pachita y cada 8 de diciembre organizaban un rosario y les daban arroz con leche a los niños. Después de eso cada quien se iba a su casa a cenar con sus hijos y, como a eso de las once, venía lo bueno, se empezaban a dar el abrazo, a desearse lo mejor y a intercambiar los regalos que habían estado al pie del árbol durante dos o tres semanas; para el Alpiste era el momento más importante, porque además de algunos paquetes que ya sabía que eran para él, pero que no le interesaban tanto porque era ropa, había por ahí una o

dos cajas con juguetes; una vez le trajeron una pistola marciana que en realidad era una linterna, pues le encantó porque ahora sí se iba a los cuartos del fondo y ya no le daba miedo, porque disparaba la luz a los rincones más oscuros, donde sus tías le decían que había espantos.

Luego había que esperar el siguiente fin de semana porque también se festejaba la noche del año nuevo, y en la casa del Alpiste, su mamá siempre preparaba una cena especial con pavo, que en realidad era un pobre guajolote que habían tenido engordando debajo de la escalera del fondo y con el que el Alpiste ya se había encariñado, porque hasta nombre le había puesto; el día de la matanza, las tías más chicas, junto con el Cacahuate, se llevaban a los niños a Chapultepec y luego los engañaban diciéndoles que el guajolote se había escapado.

Esas dos últimas semanas del año le gustaban mucho al Alpiste, porque su papá les preparaba a sus cerca de 20 empleados que hacían sacos, pantalones y gorras dentro y fuera de su sastrería, un paquete grande de cartón que compraba en la calle de Mesones, allá en el centro, para ponerles cajas de galletas, bolsas de ciruelas pasa, orejones, pasitas, nueces, una botella de rompopo del Convento y una de sidra Pelayo; eran cosas que nunca había en su casa, sin embargo, se las obsequiaba a los trabajadores como parte de su aguinaldo, además de un sobre cerrado con dinero que, a su discreción, le correspondía a cada uno. Lo emocionante para el Alpiste era que cada vez que llegaba alguno de los operarios por su aguinaldo, su papá le echaba un grito y le decía que le trajera el paquete del Sordito, de Alma Grande, del Chino, de Maxtla, del Chivero, de Vegigo, según se tratara de la persona



El Alpiste en fiesta con sus primos y tías.

que llegara. Así se cerró cada fin año entre 1947 y 1977, años en los que don Luis estuvo al frente de su sastrería.

Él se acuerda que una vez pasaron todos los días de fin de año y el Marranito no había ido a recoger su paquete navideño; luego vinieron los Reyes Magos y tampoco. El Alpiste escuchó a uno de los trabajadores decir que ahora sí se habían comido al Marranito allá en su pueblo y que por eso ya no iba a regresar; la preocupación del Alpiste es que allá en la bodeguita donde seguía su paquete, pues estaban aquellas bolsa de ciruelas pasa, orejones y pistaches que a él se le antojaban mucho, así que, para mediados de enero, empezó a destripar una de las bolsas, luego se fue sobre la segunda y así, ya para fines de enero, aquel paquete estaba muy desnutrido... y de repente que se aparece el Marranito para decirle al maestro Luis que ya había regresado de su pueblo para seguirle como siempre, y como era muy buen saquero, pues que le encarga dos sacos de un cliente muy exigente y le pide al Alpiste que se los habilite, pero además que le traiga su paquete de aguinaldo.

No se imaginan la que armó su papá cuando vio que las bolsas de pasas, pistaches y orejones estaban abiertas y prácticamente vacías, pero que además a la caja de galletas le faltaban los cacahuatitos rellenos de crema y las de triple piso. Ufff, de inmediato volteó a ver al Vegigo, porque sabía que siendo el más gordito, siempre andaba de antojo, pero él levantó las palmas de sus manos, como diciendo “a mí que me esculquen”; luego se fue sobre el Chivero, sabiendo que tenía niños chiquillos, pero el sí le dijo, maestro seré pobre pero no ratero; volteó a ver al Chino, que siempre andaba echando competencias de eructos y ese sí que voltea a ver al Alpiste y éste que suelta el chillido. “Mi propio

hijo, mi propio hijo”, fue la expresión del maestro Luis. Bueno pues en eso quedó la anécdota del aguinaldo del Marranito.

Con todo y la indiscreción del Cacahuate sobre quiénes era los Santo Reyes, ni el Alpiste ni su hermana Olga hicieron ningún comentario con sus papás, más bien se mantuvieron calladitos y cuando llegaban los días cercanos al 5 de enero, salían por la noche al patio, para ver por dónde andaban esas tres estrellas que siempre se ven juntas, porque les decían que eran los Reyes Magos.

Ante tal situación, al papá del Alpiste no le quedaba otra, que ver de qué manera resolvía el problema; el mismo Cacahuate, que ya tenía 12 años, seguía poniendo su zapato, hasta que el tío Carlos aventó su zapato a la azotea y ahí anduvo el chamaco buscándolo por toda la casa hasta que su abuelito, que ya sabía dónde estaba, le dijo: “A veces los Reyes Magos se llevan los zapatos de los niños que ya son grandes, y anoche escuche al camello del Rey Baltazar por acá arriba de mi azotea, a la mejor se le cayó, cuando brincó hacia la casa de los Márquez”; entonces el Cacahuate se subió por una ventanita del segundo piso y efectivamente ahí estaba su zapato, pero sin la carta.

Una de las mejores cosas que le ocurrió al Alpiste, fue aquel 6 de enero, cuando se llevó la sorpresa al pararse como a las cinco de la mañana, y en uno de los vestidores de la sastrería había una bicicleta Hércules, rodada 14, sin poste entre el asiento y el manubrio, como las que usan las mujeres, pero tenía en los pedales un zapato de él y en el otro el de su hermana; adicionalmente había unos zapatos nuevos, camisas de manga corta y una muñeca Lilí para su hermana; así que ese fue el mejor día de

Reyes que el Alpiste recuerda, pues la bicicleta se convirtió en su juguete favorito.

Y aunque su hermana aprendió a usar la bicicleta, el que realmente la disfrutó casi 10 años fue el Alpiste, hasta una vez que se salió sin permiso y en la bajada de la avenida Observatorio, al frenar metiendo el pie entre la llanta y la salpicadera porque no le servían los frenos, se atoró con los rayos y salió volando como ocho metros, quedando raspado de las rodillas y adolorido de la mano que casi se luxó; eso lo hizo de repente porque vio el coche de su papá parado en el semáforo de Parque Lira; entonces quedó ahí tirado enfrente de la Militarizada México, y del santo madrazo que se puso no se pudo levantar, hasta que una señora que venía subiendo con su mandado se apiadó, y entre ella y dos cadetes de la academia que lo levantan y lo sientan un rato sobre la banqueta; cuando vieron que se repuso un poco, uno de los chicos tomó la bicicleta y otro le dijo a la señora que lo llevarían hasta su casa para que lo atendieran de sus raspaduras.

Al enterarse su papá, agarró la bicicleta y se la regaló a uno de sus trabajadores que tenía niños más chicos. El Alpiste tuvo que esperar un año para que su padre lo perdonara, y con 50 pesos que él había ahorrado de sus domingos y chambitas que hacía con su hermano el Cacahuatate y otros 450 que puso su papá, finalmente volvió a estrenar una bicicleta, pero ahora rodada 26, como la de su primo Jorge del Valle, que acababa de entrar a la Prepa, allá en el edificio de Justo Sierra en el centro; en ese entonces todavía lo frecuentaba en una casa muy grande que tenía muchos departamentitos, justo al lado de las Catacumbias, sobre avenida Observatorio. Dice el Alpiste que siempre que lo visitaba, lo encontraba leyendo unos libretos como de 800 páginas, que

nada más de verlo tan clavado le daba flojera pensar en regresar a la escuela; si eso tenía que leer nada más para pasar de la Prepa a la universidad, “pues ahí muere”, decía. Como su primo se había estirado bastante y medía casi un metro ochenta, enseguida formó parte del equipo de fútbol americano en el intermedia y eso sí que le llamaba mucho la atención, pero en eso quedó todo; él se la pasó toda su vida admirando lo que lograban otros, pero a la hora de la hora, siempre pensó como decía su abuelito: “Con el oficio de su padre y el negocio de uniformes para pilotos aviadores, para qué quieres más”.

Al Alpiste le ganó en la escuela

Usted jamás va a saberlo y es apenas una frase:
¿cómo escribirle que la quiero en el cuaderno de clase?

Usted nunca va a enterarse.

Es ancha esta pena mía...

¿Cómo contarle mi amor con faltas de ortografía?

Usted pondrá “insuficiente” a su alumno enamorado,
pues por volverla a tener voy a repetir el grado.

ELSA BORNEMANN (2004)

EL ALPISTE NOS DIJO QUE en la escuela Defensores de la República todo empezó bien, porque el esposo de la maestra Rosaura era cliente de su papá, y como apenas iba a entrar a primero, pues en ese momento no había indicios de que él fuera a ser burro. En la informalidad del trato que su papá tenía con el maestro Jonguitud, líder de un grupo de maestros que formaban el sindicato de profesores de la Secretaría de Educación Pública, y con la maestra Rosaura que lo acompañaba a tomarse medidas, el niño de escasos seis años todavía se tomaba la libertad de jugar por ahí sin más preocupación, y cuando su papá le dijo que la maestra Rosaura iba a ser su profesora en primer año, él se acercó a ella como si fuera una de sus tías, y en respuesta la maestra le sacudió

su copetito con cierta ternura, pues a esa edad, el Alpiste era un niño muy sociable y cariñoso.

Pero ya cuando empezaron las exigencias de llenar planas de palitos y ovalitos, el Alpiste empezó a presentar las resistencias propias de un niño distraído y juguetón; así que su mamá se tenía que pasar todas las tardes tratando de que aflojara la muñeca para que se le diera eso de los palitos y los ovalitos. Como quiera, el primer año pasó reconociendo al menos los números y las letras, aunque la lectura básica ya se le empezaba a complicar; su problema fue pasar a segundo, donde la maestra Amalia tenía fama de ser una de las más exigentes y gritonas; pero además, ahí tenía que aprender a sumar y restar con decenas y centenas, y ya no digamos a multiplicar y dividir, operaciones de tal nivel de abstracción, que para el Alpiste era como hablar en chino. La verdad es que desde ese mismo año su mamá empezó a sufrir porque cada fin de grado tenía que ir a hablar con la maestra en turno para que no lo reprobara.

En ese segundo año, la maestra Amalia lo pasó con la advertencia de que seguramente el Alpiste iba a reprobar en tercero, porque además de lectura de comprensión en español y quebrados en matemáticas, tenía que aprender las lecciones de geografía, historia y biología, y la verdad es que lo veía totalmente desatendido de sus estudios. Aun con esas advertencias, el Alpiste pasó a tercero y le tocó con la maestra Anita, la más jovencita y bonita de la escuela, pero el problema fue que cuando inició el siguiente año, estando en la fila antes de avanzar hacia su salón, la maestra Amalia, con su especial forma de tratar los asuntos pedagógicos de sus grupos, al presentarle cada niño, cuando llegó con el Alpiste el calificativo fue tajante: “Éste es un burro”; la maestra

Anita, sin hacer ninguna expresión despectiva, sólo le puso su mano sobre el hombro y le dijo: “Vamos a tener que trabajar muy duro contigo”.

Ante la presentación tan pedagógicamente adecuada de la maestra Amalia, el Alpiste no hizo otra cosa más que asentir con un movimiento afirmativo de cabeza a la motivante propuesta de la maestra Anita; la pena que le dio pronto se le pasó, porque atrás de él seguían una docena más de sus compañeros, que eran todavía más burros y latosos que él. En particular se acuerda que el que siguió fue Maldonado, al que la maestra Amalia siempre que estaba dando lata le decía: “Vaya que por eso eres mal-donado”. En estos tiempos eso le hubiera costado la plaza a la maestra, pero en aquella época, en que las mamás les decían a las maestras: “Aquí le dejo a este chamaco maestra; aunque me lo entregue en pedacitos, pero métalo en cintura”.

Ya como a la mitad del año siguiente, el Alpiste no olvida que la única vez que pidió permiso a la maestra Anita para ir al baño, le dijo que cuando regresara Sánchez, él podría ir. La verdad es que cuando él pidió permiso fue porque ya le andaba mucho, sin embargo, tuvo que esperar un tiempo que para él fue como una eternidad; cuando al fin regresó Sánchez, él se paró de su banca y con la aprobación de la maestra salió del salón hecho la mocha hacia los baños que estaban hasta la planta baja; dice que por más que se apuró para llegar lo más pronto posible, al abrir la puerta del excusado ya no pudo aguantar y en ese momento se le aflojó el esfínter, derramando una primera porción de su procesado desayuno sobre sus calzoncillos, lo suficiente como para que traspasara la tela del pantalón; el problema es que en esos baños a esa hora ya no había papel, entonces el pobre Alpiste se



El Alpiste y su prima Angélica listos para bailar tango.

las tuvo que ingeniar para limpiar todo aquel desastre con pedazos de papel de estraza, del que los niños tiraban en el basurero del baño, después de desenvolver sus tortas que compraban en la cooperativa de la escuela.

El problema que siguió fue hacer como que se tardaba lo suficiente para que se acercara la hora de la salida de su grupo, como para entrar nada más a recoger sus cosas, sin que sus compañeritos se dieran cuenta de que algo andaba mal por ahí y empezaran a tratar de detectar de dónde provenía aquel olor.

De hecho, así sucedió durante los pocos minutos que él tuvo que esperar para salirse de inmediato en cuanto tocaran la campana. Astorga fue el primero en decir en voz baja: “Aquí alguien se anda cagando”. Y los compañeritos de las bancas aledañas empezaron a husmear moviendo el cuello hacia sus entornos para descubrir al criminal capaz de hacer eso; a esa hora el ambiente del salón ya de por sí estaba bastante cargadito de humores, propio de los sudores arrastrados por todo el grupo, después de haber corrido a todo lo que daban durante el recreo.

Obviamente, el traidor del amigo que compartía banca después del acomodo mensual que la maestra hacía después de saber qué lugar les tocaba de acuerdo con sus últimas calificaciones, dijo: “Se me hace que es el Alpiste que no se limpió bien ahorita que fue al baño”. Entonces otro menos comprometido levantó la mano y le dijo a la maestra Anita: “Aquí hay un niño que está haciendo sus cochinas”. Desde luego que eso propició las carcajadas de la mayoría, interrumpiendo inesperadamente la exposición que con todo orden estaba concluyendo la maestra.

Para el pobre Alpiste, la vergüenza mayor sería que la maestra se acercara y verificara que efectivamente algo raro estaba su-



La generación de primos de 1954.

cediendo con esos olores nauseabundos tan penetrantes, sin embargo, prefirió pedirle al grupo que para el día siguiente trajeran en su cuaderno las capitales de los 29 estados de la República y que se las aprendieran de memoria porque iba a preguntarles a 10 de ellos, escogiéndolos al azar de la lista.

Hasta ahí, más allá del *bullying* que se traían los escuincles contra el Alpiste por estar tan apestoso, pues en cuanto salió la maestra después de que se escuchó el timbre de salida, él se revolvió entre los chamacos que ya iban de prisa hacia el pasillo y como no lo dejaban salir a la calle, porque siempre iba alguien de su casa a recogerlo, así como a su hermana y los primos que vivían en las dos casas del abuelo, pues lo que hizo fue ponerse a prudente distancia de los demás niños y de la maestra que cuidaba que no estuvieran echando relajo para que no lo fueran a oler. Al fin, como a los cinco minutos apareció su mamá y su tía Carmen para llevárselos.

Todo ese tiempo el Alpiste se había estado cubriendo con su mochila, la parte trasera del pantalón beige del uniforme, pero además de que estaba húmedo, el derrame había sido lo suficientemente poderoso y expansivo, como para que la parte central de la mancha en el pantalón se viera verdosa, así que en cuanto vio a su mamá, en voz muy baja y a distancia de su tía, le dijo lo que le había pasado y le pedía que le hablara a su papá para que viniera en el coche a recogerlo nada más a él; como era día de quincena, su papá andaba por el aeropuerto cobrando los abonos de los trajes que les vendía a los pilotos, así que no hubo más remedio que esperar a que se juntaran sus otros tres primos y como siempre tomaran un taxi, que les cobró dos pesos por subirlos a la

colonia Observatorio, pues se tuvo que esperar y a ver qué pasaba con su problema.

Una vez que estuvieron todos listos, salieron de la escuela, se atravesaron la avenida Revolución y allá enfrente, por donde aún está la panadería Ermita, tomaron un taxi libre. Lo que hizo su mamá fue sentar al Alpiste atrás del chofer, luego de bajar un poco los vidrios traseros con el pretexto del calor del medio día, se sentó a su lado, después su hermana Olga y en el otro extremo sentó a Manuel, que era un niño muy serio y calladito; a la tía Carmen le pidió que se fuera adelante con Jorge y Angélica.

El viaje duraba como 10 minutos, de tal manera que los olores empezaron a circular por la gran cabina de aquel Ford 1948, pero el taxista, sin querer, salvó de culpas al Alpiste, pues él solito dijo, sin que nadie hubiera hecho algún comentario, que en la avenida Jalisco estaban haciendo reparaciones en los drenajes y que por eso había olores tan desagradables por todas partes; lo único malo fue que sugirió que subieran los vidrios, pero la mamá del Alpiste reviró inmediatamente diciendo que ella tenía mucho calor y como a esa hora no había tanto tránsito, pues en cosa de ocho minutos estaban llegando a la casa.

En cuanto el Alpiste vio su zaguán al alcance, fue el primero que abrió la portezuela sin permiso de su mamá y pegó el brinco para meterse corriendo hasta el baño donde se quitó de inmediato los pantalones, la ropa interior, los zapatos y los calcetines y sin importar que el agua de la regadera estuviera fría, se empezó a lavar de la cintura para abajo, de tal manera que en cosa de dos minutos se había liberado de sus propias inmundicias; cuando su mamá entró a la casa, él prácticamente sólo esperaba que le diera ropa limpia para reincorporarse a la vida normal.

Ahí quedó la historia de aquel día fatídico para nuestro protagonista; lo que siguió fue la regañada del papá en la tarde cuando regresó de sus negocios en el aeropuerto, aunque en realidad fue más el relajo que se armó entre él y sus hijos que lo tomaron como un caso de risa, que le hubiera podido ocurrir esa situación.

Aunque su hermana Olga y su prima Angélica dejaron una muy buena imagen en la Defensores de la República, él echó a perder todo lo ganado por sus antecesores, al grado que para la siguiente generación de los primos que deberían entrar un año después de que él terminó la primaria, la directora Imelda les puso muchas trabas y exigencias a sus mamás para recibir a los seis primos que habían nacido en 1954, pues esa escuela, apenas después de la Benito Juárez, era la segunda más prestigiada del Distrito Federal, por los niveles de exigencia y resultados que los niños obtenían en los concursos de matemáticas y español.

Bueno, pues ante las trabas puestas por la directora para la inscripción de sus hijos en 1960, la mamá del Alpiste y sus hermanas se comprometieron a estar al pendiente de las tareas y el estudio para los exámenes mensuales; sólo así fueron admitidos José Luis, Lorena, Alejandro, Jorge, Jaime y Martha, niños que nunca en los siguientes seis años presentaron las dificultades del Alpiste.

Las fiestas de bodas en la casa del Alpiste

Podrá nublarse el sol eternamente;
podrá secarse en un instante el mar;
podrá romperse el eje de la Tierra
como un débil cristal.

¡Todo sucederá! Podrá la muerte
cubrirme con su fúnebre crespón;
pero jamás en mí podrá apagarse
la llama de tu amor.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER,
“Podrá nublarse el sol eternamente”,
Rimas, leyendas y narraciones (1865)

ALGO QUE HACÍA LA GRAN DIFERENCIA en la rutinaria vida de la casa del Alpiste, eran las fiestas de bodas de sus tías y tíos, pues como se hacían en el patio que era considerado su territorio, cuando había alguna boda todo empezaba a cambiar desde dos o tres días antes, porque había que preparar grandes ollas de arroz, mole y frijoles bayos en el pequeño patio trasero de los lavaderos. Pero lo más interesante para él y sus primos Manuel y Jorge, era cuando la tía Eliza –prima del abuelo Juan– empezaba a preparar la masa para el pastel, ya que les encantaba esperar a que la mezcla de los ingredientes se vaciara a los moldes –que iban

al horno de la estufa de la tía Silvia— para limpiar con el dedo índice los residuos que quedaban pegados en la enorme cazuela de barro, que eran devorados como golosina, ya que tenían un sabor dulce con esencia de naranja y mantequilla. Esa acción era detenida antes de que avanzaran demasiado, porque bien sabía la tía Eliza que se podían empachar, ya que era la masa de harina cruda revuelta con jugo de naranja y azúcar.

Después, había que esperar un día completo para presenciar el momento en que la tía sacaba los panes del pastel ya horneados, empezaba a poner entre piso y piso una rica mermelada de fresa que ella misma preparaba, para finalmente batir claras de huevo con las que daba cuerpo al turrón endulzado con azúcar glas, mismo que iba introduciendo a un aparatito con forma de cucurucho, con una prolongación de manta gruesa, que se cerraba en el extremo y que luego apachurraba para ir haciendo salir el turrón por el otro extremo, donde estaba una punta metálica con unos dientecitos para que tomara formas rayadas.

Para ellos, ese aparato era fantástico, pues oprimiéndolo de manera magistral, la tía Eliza daba forma al ornamento con caprichosas orlas y cenefas que sólo ella lograba alrededor de las circunferencias de cada piso del pastel; al final, sobre el último piso, ponía la pareja de novios que compraba en una tienda de origen francés que se llamaba Sanborns, que estaba en el centro, frente al edificio Nieto, el más alto de la Ciudad de México; obviamente faltaba la petición más importante, que era el permiso de limpiar con el mismo dedo índice utilizado el día anterior; el molde donde quedaban las sobras de turrón que ya no se iban a utilizar.

El Alpiste dice que cuando él era niño, las únicas que estaban casadas eran su mamá y su tía Irene. Entonces, los casa-

mientos de los que nos habló, fueron el de la tía Alicia —quien se casó muy jovencita—, luego los de Lucía y María Luisa —quienes se casaron el mismo día y algunos años más adelante—, y los de Carlos y Enrique —quienes también se casaron el mismo día. Luego le tocó a Marilú, la más chica de las hermanas, y finalmente a Carmen, la que fue secretaria de la sastrería. Debido al trágico deceso de su tío Ernesto, quien se mató en su Volkswagen una mañana lluviosa de octubre de 1966 yendo a su trabajo, la tía Alicia se volvió a casar, pero ahora con el tío Toño en 1968, quien también había enviudado por aquellos años; por eso llegó con otros tres niños, sumados a los cinco de la tía Alicia. Aunque la tía Cristina fue la tercera, no la cuenta porque se casó con Miguel, hijo de la familia dueña de las taquerías Beatriz; su boda fue en el salón Lindavista, ubicado en Insurgentes esquina con Montevideo, muy cerca de la Villa de Guadalupe.

Claro que el Alpiste también se acuerda de esa boda, porque fue el día de las madres de 1953, justo cuando él estaba empezando su primer año de primaria con la maestra Rosaura y su tía la había invitado junto con su esposo. A él se le hizo un lugar muy lujoso, por aquello de que había meseros vestidos con sus casacas en blanco y negro, además de que la comida se la sirvieron por tiempos, primero una sopa de crema que comió por primera vez, luego un guisado de pollo muy rico, acompañado de rebanaditas de piña, y al final un pastel de cinco pisos riquísimo, con una bola de helado de vainilla que estaba para chuparse los dedos.

El problema para él fue que en cuanto llegaron, su padre lo sentó y no lo dejó pararse durante toda la fiesta, así que como ya estaba bien aburrido, pues después de comer inventó que tenía que ir al baño, y como apenas tenía seis años, pues lo mandaron



La boda de la tía Alicia.

con el Cacahuete, quien tenía 11; desde antes, su papá le había advertido: “cuidadito y vayan a andar por ahí dando lata”, pues echarle a perder la fiesta a don Alejandrino, el dueño de las taquerías Beatriz, sería algo muy penoso.

Lo bueno de esa ida al baño fue que como su hermano siempre se las daba de mucha brocha, en cuanto salieron del baño, y dándose cuenta de que los adultos ya estaba bailando al son del “ricachá, ricachá, ricachá”, se lo llevó un rato a jugar con los otros niños que andaban por abajo del templete donde estaba tocando la afamada orquesta del maestro José Sabre Marroquín. El problema fue que por abajo pasaban los cables que surtían de luz a todo el salón y como unos niños estaban jugando a empujones como si fueran Black Shadow y El Santo, pues rompieron un cordón que los sostenía y entonces se desenchufaron y se vino el apagón; esos escuincles salieron corriendo de inmediato y pronto aparecieron en su mesa al lado de sus papás, mientras el Alpiste y el Cacahuete se quedaron atorados, ya que no pudieron salir rápido por la rendija por donde se habían metido, y como estaba medio oscuro, el Alpiste que empieza a llorar de desesperación:

Imagínense lo que pensó mi papá, que según él nosotros estábamos en el baño y de repente escucha mis chillidos por el lado opuesto del salón, pues más pronto que rápido se descuelga para ver qué pasaba y qué andábamos haciendo ahí debajo.

El gerente del salón, que estaba en el lugar dando órdenes a uno de sus ayudantes para que se metiera a enchufar de nuevo los cables, le dijo a don Luis:



La boda de la tía Carmen.

No se preocupe señor, no pasa nada, esto nos pasa muy seguido, pero no podemos evitar que los niños jueguen, pues son parte de la fiesta; mire cómo la gente hasta se está riendo.

Eso había puesto a Luis con los cabellos de punta, primero porque pensó que le había pasado algo grave al Alpiste, y luego porque no sabía qué habían hecho ahí abajo; además, sabía que el baño estaba del lado contrario. Claro que lo que se le vino a la cabeza fue que el Cacahuate era el responsable del problema de la luz, ya que el gerente, le dijo:

No hay problema señor, ahorita lo resolvemos. Lo que pasa es que si les decimos a los papás que no dejen que los niños anden jugando por el salón, pues luego se enojan con nosotros, y al dueño del salón eso no le gusta, porque siente que no es una buena forma de tratar a sus clientes.

Aun así, el papá del Alpiste pensó que había sido el Cacahuate quien había desconectado la luz, pero él ya estaba sentadito al lado de su mamá; a Luis ya no le quedó más que desatorar al Alpiste y llevárselo a la mesa, en el momento en que la luz ya estaba de vuelta; lo único que le dijo al Cacahuate, “ya verás al rato que lleguemos a la casa”, pero muy listo, le dijo a su papá, mira aquellos niños cómo se están burlando de nosotros, porque ellos fueron los culpables de todo lo que pasó, y efectivamente eran Pepe y Pedro, los hijos de doña Luchita, la dueña de la panadería, que ya eran bien conocidos en la colonia como unos niños muy latosos. Entonces don Pepe se levantó y fue a pedirle una disculpa a don Alejandrino, que como ya estaba entrado en copas, más bien aprovechó para obligarlo a que se sentara y lo acompañara con un whisky. Ahí se acabó el problema para el



La boda de la tía Irene.

Cacahuate y el Alpiste, y así pudieron seguir disfrutando de su pastel con helado.

El primer casamiento que se festejó en la casa del Alpiste fue ese mismo año en agosto, pero fue doble, pues se pusieron de acuerdo las dos hermanas María Luisa y Lucía. Por cierto, las dos parejas se fueron de luna de miel a Acapulco. Lo que le llamaba la atención al Alpiste era ver cuando llegaban las mesas y sillas que se ponían a lo largo de todo el patio, dando la vuelta y regresando por el lado contrario hasta muy cerca del zaguán; en ese entonces, el Alpiste todavía no cumplía los siete años, así que en realidad era muy chico y fantasioso, de tal manera que apenas llegaba de visita alguno de sus primos y empezaban a jugar por debajo de las mesas, ya que desde temprano les ponían los manteles y las vajillas que se alquilaban para servir el arroz con mole y los frijoles; el pastel lo sacaban hasta después de que ya habían recogido los platos sucios. Ese era uno de los instantes preferidos del Alpiste, porque se aproximaba el momento en que formaban a los niños para darles su porción.

Lo aburrido del asunto era que tenían que arreglarse desde temprano para ir a la misa que se celebraba en la San Miguel, y para que no se ensuciaran la ropa, a los niños se les encerraba en una de las recámaras; como todavía no había televisión, les prendían la radio para que escucharan al “Grillito Cantor”; como a las 12 del día todas las familias salían juntas para irse a la iglesia; unas se iban caminando y las que tenían coche se retacaban con todos los niños y las mujeres que siempre iban muy emperifolladas.

Cuando el Cacahuete y Fito se fueron sin pagar en la feria

Entre nubes de algodón
y color de fantasía,
la feria es algarabía
y el mundo es una canción.

Felicidad por montón,
nos embarga la alegría,
comemos una ambrosía
y suena el acordeón.

ARMONIA,
“Feria y alegría”, *Poesía infantil*,
12 de mayo de 2009

AVECES EL COMPADRE ADOLFO llegaba los domingos en la tarde a la casa del Alpiste a visitar a su compadre Luis, quien lo esperaba con una copita de rompopo y una caja de galletas de vainilla, que les encantaban a los niños que se arremolinaban para comérselas tirados en el suelo, mientras sus papás reposaban sobre la sala azul de terciopelo con brazos acojinados, rematados en el frente con molduras de madera barnizadas y talladas.

El compadre Adolfo —quien iba en su segundo matrimonio debido a la muerte de Cecilia, la hermana del abuelo Juan— llegaba con su nueva esposa, sus primeros dos hijos, Fito y Ceci, y tres niños más que se sumaban a jugar con el Cacahuete, Olga y el Al-

piste; todos ellos se sentaban sobre una alfombra dorada que Luis había comprado en la Lagunilla; entonces les prendían la Zenit nueva en el Canal 4, para ver la corrida; pero en cuanto los niños se terminaban las galletas, se volteaban a ver discretamente y, muy calladitos, uno tras otro se iban saliendo al patio para ponerse a jugar a los encantados, a las escondidillas, al avión o a las canicas.

Como el Cacahuate y Fito eran los más grandes, ellos se apartaban de la boruca que traían los demás niños, mientras que Ceci y Olga se subían a saludar al abuelo Juan dándole beso en los nudillos de la mano derecha y de ahí se metían a las recámaras a platicar con las tías Marilú, Alicia y Cristina, que eran de las más chicas, pero para Ceci eran sus primas. Tantito que Fito era bien latoso, y luego al lado del Cacahuate, hacían todo tipo de travesuras; en esa ocasión, aprovechando que allá abajo el compadre Adolfo le explicaba al papá del Alpiste en qué consistía cada etapa del toreo, sin avisarle a nadie, este par de escuincles se salieron a la calle y se fueron a la feria que llevaba tres días en la colonia y quedaba a sólo dos cuadras de la casa. Como el Cacahuate desde hacía varios días ya traía ganas de ir al tiro al blanco, le preguntó a Fito si quería apostar a ver quién tenía mejor puntería y que el que perdiera pagaba la cuenta, Fito sin pensarlo, pues aceptó el reto.

Luego de 10 cargas, Fito iba perdiendo, así que decidieron ahí pararle, pero cuando el Cacahuate le dijo a su contrincante que pagara los 20 pesos de la cuenta, pues éste sólo traía dos pesos, mientras que el Cacahuate no traía ni un quinto. Lo que se les ocurrió fue pedirle al señor que por favor les diera otros rifles mejores, porque los que les había dado tenían mal alineada la mira, y mientras el señor se distrajo buscando otros mejores, éstos

se echaron a correr dándole vuelta a la manzana en sentido contrario por el ex Arzobispado, bajar por Observatorio y después de pasar General Plata, finalmente llegar a Calderón escurriéndose entre los autos de los vecinos estacionados en la calle y vigilando que no anduviera por ahí alguien buscándolos.

Así que, agachándose un poco entre los coches, Fito que estaba más chaparrito, tocó la puerta y en cuanto el Alpiste les abrió, corrieron para adentro y se fueron a meter como si nada a la sala donde estaban sus papás muy emocionados y quitados de la pena viendo la corrida. Mientras tanto, allá en la calle General Cepeda, el señor de la feria empezó a preguntar a las señoras y a los niños que estaban tirando al blanco, si conocían a los niños que se habían echado a correr sin pagar, y efectivamente doña Elvira, la que vivía en la vecindad de Marina esquina con Cueto, inmediatamente le dijo: “Ah, sí, es el Cacahuate con su primito que vino de visita; vive acá a la vuelta, en Calderón 57”, su papá es don Luis, el de la sastrería.

En cosa de 10 minutos, el señor corrió las puertas del tiro al blanco y se fue a la casa del Alpiste a tocar la puerta y cuando Kike abrió el zaguán, el señor le pidió de favor que llamara a don Luis, el maestro sastre, de parte del encargado de la feria que estaba a la vuelta. “Sí señor, espéreme tantito”. El niño fue a decirle al papá del Alpiste, que había un señor que venía de la feria a buscarlo. Fito y el Cacahuate se quedaron viendo entre ellos bien espantados, y se pusieron descoloridos. El papá del Alpiste dijodesconcertado: “¡Qué raro!, voy a ver qué quiere; espéreme tantito compadre”.



El Cacahuete y Fito en la feria.

A los dos minutos regresó: —¿Qué cree compadre? Que estos chamacos se nos salieron a la calle y se fueron a la feria a jugar un tiritito al blanco y como no llevaban dinero, se le escaparon al encargado y se echaron a correr, pero alguien le dijo dónde vivían y está afuera y viene a cobrarnos los 20 pesos de la cuenta. ¿Cómo ve compadre? Vamos a tener que apechugar y a éstos los vamos a tener que castigar.

¡Uy!, pues el compadre Adolfo nada más se encogió de hombros y le echó una mirada a Fito, como diciéndole: “Ya verás cómo te va a ir ahora que regresemos a la casa”. Mientras, el Cahuate ya sabía que habiendo visitas su papá no se lo iba a agarrar a patadas, así que se encogió ahí pegado a Fito, viendo cómo los papás echaban mano a sus carteras para juntar el dinero para pagar su fechoría. El compadre Adolfo sacó dos de a cinco pesos:

—Ay compadre, es todo lo que le puedo dar, porque si no me tendría que regresar en camión con todos estos chamacos y a Magos no le va a gustar que llegue tarde; además la Nueva Santa María está en casa del diablo, más allá del Casco de Santo Tomás y por allá son puros caseríos; todavía está muy despoblado; además el camión ni siquiera llega hasta el fraccionamiento; lo dejan a uno por las escuelas del Poli y por allí hay muchos vagos que nada más se la pasan echándose sus chelas.

—No te preocupes compadre, mira yo aquí tengo otros dos de a cinco y con eso la libramos.

Salieron juntos a pagarle al señor que seguía allá afuera pendiente en el zaguán; ya cuando le pagaron, le reclamaron que por qué les soltaba los rifles a niños que iban sin sus papás y luego por tantos tiros, como si fueran adultos.

—Mire lo que ocasiona, que uno sin saber, éstos se estuvieron dando la gran vida derrochando lo que no tenemos; usted sabe que a los niños los vuelve locos la feria y ellos no tienen conciencia de lo que eso cuesta.

El señor se apenó y les dijo que no volvería a pasar mientras la feria estuviera en la colonia. En esto, cuando regresaron a la sala, la corrida ya iba en el sexto toro; Gastón Santos estaba cerrando como triunfador de la tarde, con una oreja en su haber, cosa que le disgustó al compadre Adolfo, porque él le iba a Antonio Dos Santos, que se estaba yendo con abucheos por no haber cortado nada, igual que Antonio Velázquez y Manolo Velázquez, los otros dos matadores que habían alternado esa tarde con toros de Zacatepec, Milpillas y Piedras Negras.

Bueno, pues las emociones de aquella corrida hicieron que se les olvidara la travesura de sus hijos y mientras se despedían, el Cacahuete y Fito todavía se salieron un ratito a jugar con los demás chicos, que en ese momento se estaban echando unos tiritos con unas agüitas que habían traído Kike y Charly. Cada uno había puesto unos Toficos, immmm qué ricos!, en unocol que habían pintado con un pedazo de greda en el suelo de cemento; el que los sacara con su canica, se los embolsaba. Fito y el Cacahuete, que ni siquiera habían puesto nada, ya habían ganado dos; ellos rápidamente les quitaban el celofán y se los comían.

Ya en el zaguán para despedirse, los compadres quedaron de verse pronto para ir a conocer la Plaza México, que iba a cumplir 10 años de inaugurada con aquella histórica corrida en la que habían alternado Luis Castro, el Soldado; Manuel Rodríguez, Manolete, y Luis Procuna.

La verdad fue que ese domingo Luis no quiso terminar haciendo corajes, sólo le dijo a Elena que su hijito, una vez más, había hecho otra de las suyas, pues ahora entre su compadre y él habían tenido que pagar 20 pesos de tiros al blanco, porque el Cacahuate y Fito se habían ido sin permiso a la feria y se habían gastado todo ese dinero, que era con el que iban a llevar al Alpiste y a Olga a las sillas voladoras y a la rueda de la fortuna. Así quedaron las cosas, de tal manera que los que salieron amolados, una vez más, fueron ellos.

Tarde de toros

¡Qué gran torero, torero,
torero, torero grande!
¡El de la triste figura,
tan triste como elegante!
¡Tan cumplidor, tan valiente,
tan trágico, tan suave!
Serán las plazas de toros
colgadas de las ciudades
como coronas de luto
que su memoria acompañe.

“Llanto por Manolete”,
MANUEL ALTOLAGUIRRE (1947)

COMO QUEDARON ENTRE SEMANA, el compadre Adolfo cumpliendo su compromiso, regresó por su compadre Luis y el Alpiste el siguiente domingo, 5 de febrero a las dos de la tarde, para ir a la Plaza México que cumplía 10 años de haber sido inaugurada; luego de pagar lo que marcó el taxímetro, bajó con cuatro de sus chamacos, incluyendo una vez más a Fito, el de su primer matrimonio; tocaron el zaguán y salió el Cacahuete a abrirles. De hecho, ya los estaban esperando para ofrecerle a los niños un vaso de agua de limón que les había preparado Elena y una Victoria bien fría para el compadre.



La boda del compadre Adolfo.

Los niños se quedaron en el patio con el Alpiste, pero a Fito su papá lo metió a la sala junto con su compadre y lo primero que hizo el niño, fue preguntar por el Cacahuate; “no va a ir con nosotros”, le contestó su padrino Luis, “está castigado por haberte llevado el otro día sin permiso a la feria; así que él, se va a quedar escribiendo 400 líneas que dicen: No debo ir a la feria sin permiso”.

El compadre Adolfo volteó a ver a Fito y le dijo: “Ya ves, tú también deberías haberte quedado en la casa castigado”; pero el niño precozmente le contestó: “pues déjame castigado aquí con él y yo le ayudo a hacer sus 400 líneas”. “Está bien; tienes razón, pero no vayas a dar lata, porque allá arriba está tu tío Juan y él sí que los encierra en el cuarto oscuro del fondo hasta que regresemos”.

Al papá del Alpiste no le quedó más que aceptar que su ahijado, una vez más, se quedara a dar lata con el Cacahuate, aunque en realidad, a la que le iba a dejar el problema era a Elena. La verdad es que Luis sabía bien que Fito y su hermana Ceci, estaban muy consentidos desde que había muerto su comadre Cecilia, por eso, su compadre se volvió a casar para que hubiera en la casa una figura materna que los cuidara; lo más natural, fue que, con el tiempo, la nueva familia creciera; por eso estaban allí Kike, Charly y Garo, a los que Fito siempre se traía de encargo, no obstante Magos, la nueva comadre, sobrellevaba bien la relación con ese par de criaturas, sumándose a consentirlos, igual que su papá.

Tomada la decisión sobre los castigados, los compadres y sus cuatro chicos salieron a buscar otro taxi a la esquina, para irse a la Plaza México y en cuanto vieron uno con la bandera levantada, le hicieron la parada, subiendo a los niños con Luis en



El Encierro, imponente escultura de Alfredo Just.

el asiento trasero y Adolfo, que era el que sabía hacia dónde iban, se fue adelante.

Entonces el taxista siguió hacia abajo sobre la avenida Observatorio, cruzó la vía del tren, pasó por la COVE, la Academia Militarizada México, dejando por el lado derecho el mercado de Cartagena y al topar de frente con la avenida Jalisco, dio la vuelta a la izquierda; cuando llegó al Edificio Ermita donde está el cine Hipódromo, tomó a la derecha e inmediatamente otra vez a la derecha, para irse por toda la avenida Revolución hasta donde termina la colonia San Pedro de los Pinos; allí dieron vuelta a la izquierda, en San Antonio, y dos cuadras adelante se bajaron, porque Augusto Rodín ya estaba cerrada por la policía, para resguardar a la muchedumbre que se acercaba para asistir a la corrida.

Una vez fuera del taxi, empezaron a caminar hasta encontrarse con aquel enorme monumento al que llaman Plaza de Toros Monumental México, con una imponente escultura de bronce hasta arriba del portón de la entrada principal, “El Encierro”, de Alfredo Just Gimeno, con una manada de toros detrás de un caballo y su jinete, que los va conduciendo hacia la plaza de alguno del pueblo donde se improvisa el rodeo para la fiesta brava; dicen algunos que es la más bella de todas las fiestas.

A los lados del portón, había largas filas de personas comprando sus boletos y los acostumbrados revendedores, que los ofrecían con sobreprecio a los aficionados que apenas iban llegando; mientras el compadre Adolfo se fue a formar para comprar los de ellos, Luis se llevó a los niños hacia los puestos de comida que estaban sobre la banquetta de la calle lateral.

Guiándose por el rico olor y por la cantidad de gente que estaba alrededor de uno de ellos, Luis se acercó y pidió una

docena de taquitos de cochinita pibil y vasos de tepache para todos; se acomodaron de pie por un ladito donde había lugar para poner sus platos y se empezaron a deleitar con esos exquisitos sabores que para el Alpiste eran una delicia nunca antes probada. A los pocos minutos se incorporó el compadre Adolfo y pa'luego es tarde, que pide dos sudados de ojo, dos de suadero, otra Victoria bien helodia y a entrarle, porque la corrida estaba por empezar y todavía tenían que localizar el túnel de entrada para llegar a sus asientos.

Todo eso era una experiencia nunca antes vivida por el Alpiste; con todo y que tenía nueve años, ese tipo de paseos en los que su papá comiera en la calle y pagara una cuenta tan abultada para tantos chamacos, no era lo común; siempre que iban de paseo, su mamá llevaba comida preparada en una canastita y rara vez iban a eventos donde se tuviera que pagar por entrar, pero esa vez, como iba con el compadre Adolfo, al que estimaba mucho por ser padrino de bautizo del Cacahuate, pues disparó los tacos y el Alpiste, hasta se dio el lujo de pedir un taco extra sin permiso y no pasó nada.

El compadre había conseguido seis asientos de sombra en las filas 4ª y 5ª del segundo tendido, tres en una y tres en otra; para lo enorme de la Plaza, eran lugares bastante abajo; se ve que el compadre Adolfo que se dedicaba a reparar los refrigeradores accidentados de la IEM, había ahorrado su buena lana para invitarlos a aquella histórica corrida.

El Alpiste iba muy distraído con sus primos, que en realidad eran sus tíos, pero más chicos que él; se la pasaban riéndose de cualquier pendejada; de los gritos de los señores de los puestos que ofrecían tortas, tacos, birria y quién sabe qué tantas otras

cosas; todos tratando de llamar la atención de los comensales. Él no tenía la menor idea de lo que iba a suceder cuando entraran a ese enorme monumento que se parecía al Estadio Olímpico de la Ciudad de los Deportes, que está a un lado o al de Ciudad Universitaria, donde sus tíos Régulo y Sergio lo habían llevado, junto con su primo Jorge del Valle, cuando eran estudiantes de la UNAM, a ver un partido entre los Burros Blancos del Poli y los Pumas de la Universidad.

Una vez que se terminaron sus tacos, se dirigieron hacia la entrada para buscar el túnel por donde deberían entrar al coso; de momento, al terminar de caminar por ese oscuro pasadizo, apareció ante los ojos del Alpiste un enorme ruedo con el suelo bien planito cubierto de arena, como la que él conoció en las playas de Caleta y la Roqueta, cuando su abuelo Juan y su papá lo llevaron a conocer el mar.

En cuanto salió del túnel, apareció un acomodador quien inmediatamente se les acercó y les ofreció llevarlos a sus lugares, les preguntó por los números de fila, asiento y tendido, y los condujo por el pasillo respectivo, para luego subir por unas escaleras hasta llegar a la fila de sus asientos; les pidió permiso a las personas que ya estaban sentadas en los lugares contiguos; una vez que pasaron Luis le dio su propina y le pagó el alquiler de dos cojines, uno para su compadre y otro para él, porque los asientos son de vil cemento.

Mientras los niños se acomodaban en sus lugares, allá abajo, en el ruedo, vieron a unos señores vestidos con una camisola roja, pantalón blanco, una gruesa faja amarilla a la cintura y quepí también rojo; según el compadre Adolfo eran los monosabios que extendían la arena que cubría el ruedo, antes de

que salieran los protagonistas de la corrida, porque a las cuatro en punto, ese ruedo se convertiría, como decía Agustín Lara, en “Tierra ensangrentada en tarde de toros”.

Los hijos del compadre Adolfo ya habían ido varias veces, así que el único asombrado de aquel panorama majestuoso, lleno de señores con sombrero y gorras gachupinas, fumando puro, acompañados de mujeres muy elegantes, era el Alpiste, que volteaba hacia arriba y veía las interminables filas de asientos que parecían llegar hasta el cielo, todas repletas de aficionados con sus cervezas, refrescos, papas y tortas, además de algunos niños con sus merengues.

Como su papá había quedado en la fila de abajo con su compadre y Garo que era el más chico, el Alpiste quedó en la fila de arriba con Kike y Charly. De pronto vio a un niño como de cuatro años vestido muy raro; el compadre Adolfo le dijo que ese era un traje de maletilla, como el que usan algunos novilleros.

El niño estaba sentado allí abajito al lado de su abuelo y su tío, que se veía que eran muy aficionados, porque hasta le habían comprado unas pequeñas banderillas y un capotito; él subía y bajaba muy inquieto por entre las filas, como si estuviera en la sala de su casa; las personas de los asientos cercanos ya lo conocían y lo llamaban por su nombre, mientras comenzaba la corrida le decían: “Xavi, échate unos pasecitos”; entonces él tomaba su capote, se lo acomodaba con las dos manos, se subía al pasillo más cercano, moviéndolo para ejecutar verónicas y chicuelinas, como si tuviera enfrente un toro de verdad pasándole los cuernos muy cerca, mientras que los aficionados cercanos le gritaban: ¡Olé, olé!

Allá abajo, en el callejón, se alcanzaban a ver los cronistas Pepe Alameda y Paco Malgesto, uno narrando para el Canal 4

de Telesistema Mexicano, y el otro para la XEW radio; durante la supuesta faena de Xavi, Paco Malgesto volteó y quién sabe qué tanto decía, pero al final, levantando su voz, se alcanzó a oír su clásica expresión: “Oiga usted, mire a ese chamaco, futuro de la tauromaquia mexicana”, al tiempo que una de las cámaras lo enfocó y de paso salieron el Alpiste y sus primos echando olés.

Al poco rato a Xavi le llamó la atención la presencia del Alpiste y los otros niños, así que de repente ya estaba parado junto a ellos, informándoles que ya iba a empezar la corrida; el Alpiste no sabía de qué le estaba hablando, pero como le pareció muy simpático, le hizo un lugarcito para que se sentara entre ellos.

El Alpiste estaba admirado de ver ese enorme rueda circundado por un entablado rojo como de metro y medio de altura, con cuatro tableros adicionales a los que el compadre Adolfo les llamaba burladeros que, según les dijo, servían para que los toreros entraran y salieran del callejón o para resguardarse cuando el toro hace hilo después de un par de banderillas.

Muy emocionado el compadre Adolfo le explicaba a Luis que, por un lado del burladero más grande, el que se encuentra justo enfrente de la puerta de toriles, los mozos de espadas asisten a su torero; en todo momento, le entregan los trastos de torear, le proporcionan agua para beber y, al final del paseillo, le reciben el capote de paseo bordado en seda que trae colgando en su hombro izquierdo al salir al ruedo para partir plaza; ese se lo cambia por el capote de torear, en el argot taurino se dice que “cambia la seda por el percal”, en algunas ocasiones, el mozo de espadas, por instrucciones de su “matador”, le entrega el capote de paseo a algún aficionado especial que, normalmente, se encuentra en barrera



Xavi, con su traje de maletilla.

de primera fila y éste, al recibirlo, lo extiende y lo cuelga sobre el muro de la barrera, para que el público lo admire.

Ese es el colorido que adquiere la Monumental, al que se suman los trajes bordados en oro y plata de los matadores, los banderilleros y los picadores, más sus enormes capotes de color rosa que lucen cuando reciben al toro; por eso, aquello sigue siendo hasta la fecha un ambiente de fiesta, en el que todos los presentes se divierten, menos los toreros, que antes de salir al ruedo, pasan y se persignan frente a la Virgen de Guadalupe, en la capilla de la Plaza que está antes de llegar al patio de cuadrillas, pues saben que cada vez que citan al toro, se enfrentan a la muerte.

Mientras la gente terminaba de acomodarse en sus lugares, cuando faltaban unos minutos para que iniciara la corrida, se escuchaba la música característica de la fiesta brava, los pasodobles interpretados por una banda que se encontraba en uno de los palcos bajo techo, arriba de las tribunas de numerado, los músicos iban ataviados con impecables trajes grises.

El Alpiste ya había escuchado algunos pasodobles de Agustín Lara, cuando su padrino Enrique ponía sus discos, mientras las más chicas de sus tías los tarareaban, poniéndose a bailar como si fueran sevillanas, con unas castañuelas que les habían pedido en la Oaxaca, para el festival del día de las madres.

Así las cosas, se escuchó el redoblar de un tambor y de inmediato un clarín; la banda hizo silencio, creció la expectación en los tendidos, en el reloj de la plaza eran exactamente las 4:00 de la tarde, entonces el compadre Adolfo le hizo notar a Luis que una de las cualidades de las corridas de toros es la puntualidad, siempre empiezan exactamente a la hora anunciada; inmediatamente se abrió la puerta de cuadrillas y salió el alguacilillo montado en



¡Alé, alé... al toro, al toro!

un imponente caballo, vestido con un elegante traje negro a la usanza de la antigua nobleza española, de la época de Felipe IV; simbólicamente hace el despeje de la plaza, como lo hacían antes en los pueblos españoles, para que la gente la desalojara y se pusiera a buen resguardo de los toros que venían recorriendo los callejones y estaban por llegar al ruedo improvisado.

El alguacilillo atravesó lentamente el ruedo hasta llegar debajo del palco de la autoridad, en donde se encuentra el juez de plaza, se quitó respetuosamente el sombrero e hizo una reverencia pidiendo la venia para que diera inicio la corrida; un monosabio le entregó la llave simbólica de los toriles y cabalgando lentamente al hilo de las tablas, llegó a la puerta de toriles de donde salió un hombre vestido de charro que recibió la llave y agradeció, sombrero en mano, al juez.

Mientras tanto, Jorge el Ranchero Aguilar, el portugués Paco Mendes y Joselito Huerta, los toreros que esa tarde alternarían, salían por la puerta de cuadrillas y se colocaban a la altura del tercio, esperando que el alguacilillo se situara delante de ellos para iniciar el paseíllo; en ese momento se escucharon los primeros acordes de “Cielo Andaluz”, el pasodoble con el que se parte plaza en “La México” y un estruendoso ¡olé! cargado de tal emoción que hasta se les “enchinó el cuero” a los niños. Todo eso se lo iba explicando el compadre Adolfo y en un momento determinado, ya en plan de poeta y con su tercera cerveza adentro, les dijo que esa tarde sería “de oro, seda, sangre y sol”.

Aquella hermosa pieza musical se tocó, mientras los tres toreros hacían el paseíllo, llegaron debajo del palco del juez de plaza e hicieron una reverencia en reconocimiento a su autoridad; detrás de los matadores venían los banderilleros y los picadores



Así recibió al toro Jorge “El Ranchero” Aguilar
aquella memorable tarde: ¡a porta gayola!

montados sobre sus caballos protegidos con enormes petos, que son unas gruesas colchonetas para protegerlos de las embestidas de los toros; al final del paseíllo venían los monosabios, que se encargan de arreglar el ruedo entre toro y toro, de entregar las banderillas a los banderilleros, de auxiliar a los picadores y de retirar al toro muerto con el tiro de mulillas.

Según les explicaba el compadre Adolfo, hay toros que por su bravura y nobleza, se prestan para hacer una buena faena; los toros mansos, desde el principio vuelven la cara, se refugian en la querencia, es decir, la puerta de toriles por donde salieron, no van al caballo por más que los cita el picador, se la pasan volteando hacia la tribuna porque buscan por dónde huir y, a veces, de plano saltan al callejón; de eso, el papá del Alpiste no sabía casi nada.

Una vez terminado el paseíllo, el juez de plaza ordenó nuevamente que tocaran “parches y metales” para que saliera el primer toro de la tarde, éste se llamaba Verdulero y era de la ganadería de La Laguna, fue cuando el Alpiste se asustó más, porque vio cómo salía con mucha fuerza un enorme toro negro con la divisa de su ganadería en el morrillo, tabaco y rojo, listones de colores que identifican la procedencia de los toros; frente a la puerta de toriles, como a 10 metros, estaba el Ranchero Aguilar, con su capote, hincado y entonces ejecutó una larga cambiada de rodillas a “porta gayola”, sin quitarse de su lugar, el toro se desvió en el sentido en que fue el capote e inmediatamente volvió hacia donde estaba el torero; mientras que éste, ágilmente, se puso de pie para continuar toreándolo.

Ya incorporado el torero le dio tres verónicas que remató con una media como para un cartel; la ovación fue estruendosa, el Alpiste, entre confundido, espantado y admirado, al lado de sus

primos, se puso de pie y aplaudió, pero con las piernas temblorosas como si quisiera hacerse pipí; entonces el matador pidió, agitando la mano derecha, que entraran los picadores al ruedo y una vez colocados cada uno en su sitio, el matador fue llevando al toro al caballo que se había colocado en la contraquerencia, del otro lado de la puerta de toriles, a la altura del burladero de matadores.

El toro embistió al caballo y el picador le dio un puyazo, de inmediato brotó sangre que escurría por el morrillo hacia los costados del animal; eso sucedió justo debajo de donde estaban ellos; al Alpiste le dio horror ver aquello, mientras tanto, el público le gritaba al picador toda clase de groserías, porque el puyazo había sido muy bajo. El Ranchero Aguilar sacó al toro del caballo y le hizo un quite por chicuelinas que, nuevamente, fue ovacionado por el público.

Volvió a colocar al toro frente al caballo y, fue tan dura la embestida del toro, que el caballo cayó de lado y el picador quedó debajo; al Alpiste le dio gusto para que no anduviera picando al toro, pero los subalternos corrieron de inmediato a hacer el quite, mientras los monosabios salieron de atrás de los burladeros para levantar al picador y ayudar al caballo a incorporarse; luego de montarse nuevamente, el picador salió del ruedo entre la rechifla de algunos aficionados y así terminó el primer tercio de la lidia.

Se escucharon nuevamente “parches y metales”, era la señal que mandaba la autoridad para el cambio de tercio, iniciaba así el tercio de banderillas; un monosabio le entregó al banderillero en turno el primer par, el Alpiste, a pesar de ser daltónico, distinguía que eran multicolores; al clavar el par, el público no sólo le aplaudió, sino que se puso de pie en señal de admiración por su manera de clavarlas; fue un cuarteo por el lado derecho colocado

en lo alto del morrillo; Luis le preguntó a su compadre, que para qué les ponen banderillas a los toros, pero la verdad es que ahí el compadre se hizo bolas y no le supo explicar bien, el caso es que el toro, a pesar de haber sido picado y de haberle colocado tres pares de banderillas, seguía embistiendo.

Se escuchó nuevamente el cambio de tercio; el mozo de espadas le entregó al Ranchero Aguilar la muleta, que armó con una espada simulada de madera a la que le llaman ayudado y sirve para iniciar su faena.

Todo eso pasaba mientras a la derecha, donde se encontraban Luis, Adolfo y los niños, en la cuarta fila, otro niño chinito de ojos azules, también se traía su propio relajó; lo que hacía, era gritarles de groserías a los de la porra libre que estaban un poco más arriba en la sección de Sol, pero su papá lo puso quieto, para que no interrumpiera mientras el Ranchero hacía su faena; se veía que, a ese niño, como de siete años, también le encantaba ir a los toros.

En ese momento, el Xavi volteó a ver lo que pasaba de aquel lado y dijo: “voy por mi amiguito Juanjo, a ver si su papá lo deja venir a jugar con nosotros”. Al poco rato regresó con aquel niño que venía comiéndose una rica torta de milanesa partida en dos, y ya sentado a un ladito del Alpiste, como si ya lo conociera, le ofreció su otra mitad, cosa que éste aceptó sin pensarlo, porque los taquitos que se había comido afuera, no le habían sabido ni a melón.

Mientras los monosabios arreglaban el ruedo para que saliera el segundo toro, los dos niños se pararon a jugar a que toreaban; eso sí le gustó al Alpiste, porque Xavi le daba pases a Juanjo, que la hacía de toro, con la condición de que después

Xavi le embistiera a él; eso fue muy divertido para el público, pero de repente un joven espigado como de 15 años, ataviado con una pañoleta roja al cuello y una gorra de estilo español, se acercó y enérgicamente les ordenó a los niños que ya se sentaran, porque Paco Méndez ya estaba frente a su toro; a decir del compadre Adolfo, ese era un toro muy bravo y de buen estilo.

El joven regañón era Charly, así le llamó Juanjo, cuando le dijo: “Tú déjanos en paz; andas como siempre sentando hasta a los pobres vendedores, porque según tú nadie puede moverse de sus lugares”; Charly se acercó al Alpiste y le dijo: “Ahí te encargo estas amenazas”; luego se fue a sentar al lado del abuelo de Xavi, con quien se puso a platicar sobre la corrida. Así fue como el Alpiste sintió que se había hecho amigo de otro aficionado de la fiesta brava.

Al poco rato, Juanjo se aburrió de estar allí quieto y se fue corriendo por los pasillos hasta su lugar, mientras Xavi, ya cansado de tanto relajo, se subió otra vez las cuatro filas, donde estaba el Alpiste terminándose la torta que le supo a gloria y ahí, parado frente a él, en la orillita del pasillo, le dijo que si no quería jugar a los toros. Para hacer eso tuvo que pedirle permiso a su papá y desde luego que el permiso le fue denegado. ¿Cómo vas a estar dando lata, para que la gente te sienta? Xavi escuchó y entonces se quedó sentado en medio del Alpiste y los otros dos niños, mientras su abuelo volteaba a cada rato, para ver cómo estaba su nieto, cruzando miradas amistosas con el papá del Alpiste y el compadre Adolfo.

Así continuó la corrida, sin pena ni gloria, hasta que salió el sexto toro de la tarde; se llamaba Motorista, también de la ganadería de La Laguna, Joselito Huerta, el tercer espada del cartel,

se preparaba para recibirlo y el abuelo de Xavi dijo en voz alta: “Éste es mi torero”; se levantó muy contento con su bota de vino a distancia de su boca y se echó un chisguete, y espontáneamente se la ofreció al compadre Adolfo para que hiciera lo mismo.

Aquella fue una faena extraordinaria, desde el capote, Jose-lito Huerta “bordó” el toreo al grado de que le cortó las orejas y el rabo, que son los máximos trofeos que puede obtener un torero en la Plaza México, entre el frenesí de la gente que emocionada aplaudía y gritaba “torero, torero...”. El Ranchero Aguilar no quiso quedarse atrás, regaló un toro, Viajero, al que hizo una gran faena y también le cortó las orejas y el rabo; entonces, los dos toreros mexicanos, Joselito Huerta y el Ranchero Aguilar, salieron en hombros de la plaza.

Al fin terminó aquella corrida que, para el Alpiste, había sido tortuosa y emocionante a la vez, después de ver cómo de una u otra manera, el toro siempre terminaba derrotado por el torero, sobre todo cuando después de haber sido estoqueado por el torero, el puntillero lo descabellaba para que muriera instantáneamente y una vez que el toro estiraba las patas, entonces entraban los mulilleros a engancharlo y lo arrastraban para llevárselo al destazadero.

Al final de la corrida, ya para irse, Xavi dijo: “Abuelo, abuelo, invité al Alpiste a mi fiesta de cumpleaños, porque ya es mi amiguito”. La situación se puso medio incómoda para ambas partes, pues los señores realmente no se conocían, sin embargo, para corresponder al deseo de su nieto, el abuelo le dijo al papá del Alpiste: “Señor, si usted le da permiso al Alpiste de ir a la fiesta de mi nieto Xavi, para nosotros será un placer recibirlo”.

Las miradas entre ellos se volvieron a cruzar, pero entonces

ante la duda que observó en su compadre, Adolfo expresó: “Los niños ya se hicieron amigos, así que, a usted no le queda más que llevar al Alpiste al cumpleaños de Xavi”. Ante esa propuesta, el abuelo de Xavi reaccionó positivamente reafirmando: —Señor, mi nieto está muy ilusionado con su fiesta de cumpleaños y mi hija, la verdad, está echando la casa por la ventana para festejarlo; desde luego que el Alpiste está invitado; ojalá y pueda llevarlo a partir de las cinco de la tarde; vivimos en la colonia Roma, en Monterrey esquina con Guanajuato; al llegar, usted, luego, luego va a ver la casa, porque estará adornada con muchos globos y serpentinas; además en el patio van a estar un par de piñatas de estrellas de colores muy bonitas, que están forrando su mamá y sus tías.

Asunto arreglado, intercambiaron sus nombres y el Alpiste se fue muy contento; aunque tenía cuatro años más que Xavi, ya se había hecho cuate de ese niño que era tan famoso en la Monumental Plaza México. Luis y su compadre, agarraron a sus chamacos y caminaron rumbo a Patriotismo para alejarse un poco de la muchedumbre y por allá tomaron un taxi más rápido y le pidieron que los llevara a la colonia Observatorio.

Ya en el taxi, aunque estaban a tres cuadras de la Plaza, alcanzaron a oír que el público gritaba: itorero, torero!, Adolfo les explicó que cuando los toreros triunfan, como lo habían hecho el Ranchero Aguilar y Joselito Huerta esa tarde, los aficionados los sacan en hombros hasta la calle.

Ya llegando a la casa, el compadre Adolfo le preguntó a Elena si Fito y el Cacahuate habían terminado sus líneas de castigo; ella nada más le hizo una mueca de: “Cállese, ni pregunte”.

Como estos chamacos en vez de ponerse a escribir las líneas

se la habían pasado brincando en las camas y escondiéndose en el ropero, pues lo habían desfundado y Elena conociendo a su marido, ya le había pedido a su hermano Carlos que bajara a arreglarlo como pudiera, porque si no al Cacahuate, ahora sí le iban a tocar sus patadas.

Carlos se fue de inmediato al cuarto de herramientas que estaba pegado a la barda que daba a la casa de Esmeralda, la famosa cantante y trajo martillo, clavos, serrote y un par de tablitas que estaban por allí arrumbadas; así, el desperfecto quedó resuelto en pocos minutos; a los dos chamacos que estaban allí de encimosos, disque tratando de ayudarlo, mejor le pidió a su hermana que les prendiera la televisión en el canal de los toros, para ver si salía el Alpiste con sus primos y así fue como los encontraron, muy emocionados porque, efectivamente, los habían visto cuando la cámara los enfocó para darle apoyo a los comentarios que Paco Malgesto hizo sobre el Xavi.

El Cacahuate, muy emocionado al ver al Alpiste, le preguntó que si no habían visto a ese niño dando pases de torero en la Plaza México; la verdad es que ellos no hubieran creído que la cámara los hubiera enfocado. Bueno, pues resuelta la inquietud de lo que había pasado durante su ausencia, Adolfo agarró a sus chamacos, se despidió de Luis y se fue a la esquina para tomar un taxi y regresar temprano a su casa en la Nueva Santa María, que por aquellos años estaba en las orillas de la ciudad.

El cumpleaños de Xavi

Es un tesoro brillante,
es una perla, un diamante,
si es sincera de verdad.

Sólo si tienes amigos
podrás ser un fiel testigo
idel valor de la amistad!

“Abrazos”,
CARMEN DÍAZ MARGARIT (2019)

EL ALPISTE NUNCA HABÍA IDO a una fiesta tan padre; llegaban los papás, entregaban a sus hijos en la puerta, algunos llevaban regalo para el festejado, que recibía una de las tías solteras de Xavi, daba las gracias a quien llevaba al niño y les decía que por favor a las siete y media de la noche podían regresar a recogerlos.

Al Alpiste le habían puesto sus mejores garritas; iba con sus zapatos bien boleados, un pantalón caqui que su papá le hizo especialmente para ir a la fiesta y un suéter café que su mamá le había tejido la navidad anterior; él no era el niño más grande, había otros que se veían mayores que él y varias niñas que eran primas y hermanas de Xavi. Entonces su papá lo entregó en la puerta junto con un carrito metálico de cuerda que le llevó de regalo, y le aseguró a la tía de Xavi que estaría puntual para recogerlo.

El Alpiste comenzó a jugar con los niños que habían llegado; uno más alto que él, el Peter, pero que apenas tenía siete años; otro chaparrito que no se le despegaba, ese era Josele; uno muy serio que era amigo de Xavi, Pepito, su amiguito del catecismo y decía que su papá era amigo de Pedro Infante porque salía en sus películas; otro más chiquito, pero bien latoso, era Canito; también estaba uno medio sangrón, un poco más grande que el Alpiste, al que todos le decían Manolo; ese siempre estuvo cerca del Peter; otro más que no hablaba mucho, pero se veía que se traía bajo control a todos, a él le decían Robert.

Todos jugaban a las escondidillas y Manolo, a quien le tocó buscarlos, empezó a contar hasta diez, mientras todos corrían por los diferentes lugares del patio, donde había tres árboles bien altos, muchos arbustos, rocas grandes como de río, un par de coches allá por la entrada, y hasta un como laguito con varios patos. Bueno, pues el tal Peter era el que más ventaja sacaba, porque brincaba y se agarraba de las ramas más altas para subirse a uno de los árboles, entonces era el último al que encontraban porque se escondía entre las hojas.

Estaban en eso, cuando todavía llegaron más niños, eran Ricky —a quien habían vestido de futbolista con un uniforme cremita— y Vicos —que venía disfrazado de árbitro, con todo y un silbato que se la pasaba pitando—, quienes durante toda la fiesta siempre estuvieron muy juntitos; al Vicos se le hizo fácil echarle un silbatazo en el oído a Robert y éste que le pega santa nalgada, porque sabía que se llevaban bien pesado; al rato el niño le andaba enseñando a todos los demás cómo le había quedado su nalguita de colorada y lo amenazaba de que lo iba a acusar con su papá que sí era árbitro “de a de veras”.

Otros niños llegaron al mismo tiempo: uno era Kike y venía disfrazado de doctor, con todo y su maletín de médico y un estetoscopio de juguete; también llegó Juanjo, el de la Plaza México, y otro al que le decían el ingenierito –ese era Beto, que venía con un juguete medio raro, que Peter y Manolo decían que era un mecano; el Alpiste no tenía ni la menor idea de qué era eso.

Venían además otros niños bien grandotes y chapeados que parecían gemelos; uno era Pablito y otro Chente; eso sí, los dos eran muy seriecitos, casi no jugaban y como vieron que el Alpiste estaba por ahí solito, se le acercaron y empezaron a platicar con él, junto con su amiguito del Pedregal que era Toño.

Atrás de ellos había llegado Charly, era el joven al que el Alpiste había visto tratando de controlar a los niños en la Plaza México, mismo que luego se había ido a sentar a un lado del abuelito de Xavi, con quien estuvo platicando de todo lo que pasaba con los toros durante la corrida. Otra vez venía con su gorra española y con el único que hablaba era con el papá de Xavi, que se ve que se conocían muy bien; incluso, a la hora de las piñatas, él le ayudó a subirlas a la azotea para colgarlas de una de las ramas más altas.

Junto con Charly llegaron Esteban y otro Pepe como de 20 años y uno más joven al que le decían Paco-Yucas, porque había nacido en Mérida, Yucatán. Saludaron al papá de Xavi y se metieron a la sala a platicar con él; ellos traían sus raquetas, porque al terminar la fiesta dijeron que se iban a echar un partidito de frontón en la casa de un vecino; aun así, a la hora del pastel, bien que le entraron con su rebanada y una Coca, que sólo les daban a los grandes.



El Alpiste admirado de la casa de Xavi.

Poco más al rato, mientras Kike se la pasaba oyéndoles el corazón a las niñas con un aparatito, al que las tías le llamaban estetoscopio. Llegó por último otro Kike, el soldadito, porque ése llegó vestido de cadete, saludando como militar a todos los niños y exigiéndoles que se le pusieran firmes; fue en ese momento en que las tías de Xavi empezaron a organizar a los niños para romper las piñatas, mientras su mamá los iba formando por estaturas para que empezaran a pasar con los ojos vendados y un palo de escoba, para que les costara más trabajo romperlas. Para variar, el grandote del Peter se traía de encargo a todos los chicos: cuando les tocaba pegarle a la piñata, él, con una de sus manotas, los empujaba contra la piñata o les detenía el palo, sin importarle que Vicos le pitara con el silbato, como si estuviera marcándole una falta; mientras Ricky, haciéndole segunda, le sacaba tarjeta amarilla.

Juanjo sí se enojó de a de veras, porque el Peter al empujarlo hizo, sin querer, que le diera un palo a Chente en la cabeza, y cuando terminó su turno se fue a donde estaba el Peter y lo confrontó con golpes de pecho, sin importarle que estuviera más grandote que él, hasta le dijo: “Te voy a romper la madre allá afuera”. Al Peter le valía, todo lo agarraba de relajo; cuando finalmente Canito le atinó a la primera piñata, todos los niños se aventaron al suelo con sus ropitas bien limpias, para ganarse todo lo que pudieran.

En la locura por ver qué traía la piñata, varios niños cayeron sobre Canito, pero éste ni chilló ni nada de eso, en cambio se mantuvo firme abrazando todo lo que pudo de juguetes y monedas. De hecho, se puso tan bravo con el palo de la escoba, que Charly se la tuvo que mover más alta, al grado que por poco se viene de bruces, de no ser porque el papá de Xavi lo alcanzó a agarrar

del paliacate rojo que traía enroscado en el pescuezo, para que no fuera a dar hasta el suelo, sobre los niños que estaban cantando “dale, dale, dale, no pierdas el tino”.

En el otro extremo del patio, Beto, el ingenierito, estaba llorando porque al levantarse con los juguetes que había ganado, no encontraba su mecano; lo que pasó fue que Vicos pensó que era parte de lo que había caído de la piñata, y ya lo había metido a su bolsa, donde tenía lo que había ganado. Bueno, pues la mamá de Xavi tuvo que intervenir para explicarle que ese mecano lo había traído el ingenierito para jugar con él mientras rompían la piñata, así que Vicos, aunque no creía lo que le decía la señora, tuvo que aceptar que sacaran el mecano de su bolsa y se lo entregaran al ingenierito, que sólo así dejó de hacer sus pucheros, mientras que Vicos junto con Ricky se la pasaron echando madres hasta que terminó la fiesta, porque les había gustado mucho ese juguete.

Otro asunto que se puso un poco más serio, fue el golpe que se llevó Chente en la cabeza, porque tuvieron que subirlo a la recámara para ponerle un parche con sulfatiazol y cinta adhesiva, y porque Pablo, que también estaba bien grandote, fue y le dio una cachetada al Peter, y éste que se enoja y luego luego que se le pone en guardia; pero ahí fueron Manolo y Charly quienes pusieron orden, antes de que las tías se dieran cuenta de que ya se estaban peleando; luego, ellas fueron las que intervinieron, pero para curar a Chente, que ni lloró, más bien se hizo el muy valiente.

El Alpiste estaba admiradísimo porque la piñata estaba llena de juguetes muy bonitos y monedas; el mugroso del Peter no se lanzó, pero junto con Manolo anduvieron jalando de los pies a los niños que habían ganado más cosas; eso no le gustó a Ricky, porque él había ganado una muñequita para su hermana, y aunque

era mucho más chico que el Peter, se levantó y fue a darle una patada en la mera espinilla. ¡Y vaya que le dolió!, porque trajo a Josele sobándole un buen rato, como si fuera su médico de cabecera, hasta se fue a sentar a una silla, cerca de donde estaban algunas de las mamás, haciendo como que se estaba asfixiando.

Al ver que el Peter se retorció haciendo como que le faltaba aire y así de grandote casi chillaba, una de las tías de Xavi, que se llamaba Adoración, fue a traer amoníaco para reanimarlo; pero en cuanto lo olió se levantó como rayo y que se echa a correr para el otro lado del patio; al rato ya estaba otra vez echando relajo con el mismo Ricky y Vicos, que ya eran sus amiguitos consentidos del vapor de baja.

Kike, por su parte, no se aventó, pero mañosamente anduvo por las orillas del montón de chamacos, recogiendo pausadamente todo lo que rodaba a sus pies, incluyendo varias monedas, mientras que los gemelos Pablo y Chente, muy seriecitos, pero a la hora que cayeron los juguetes y las monedas, así de grandotes que eran, dejaron hablando sólo al Alpiste y que se avientan. Al ver que también habían ganado un buen de cosas, Manolo que empieza a molestarlos, diciéndoles que dejen eso para los chiquitos, pero como en realidad ellos eran muy chicos de edad, no le hicieron caso, en cambio Pablo lo confrontó diciéndole: “Si no te parece hazle cómo quieras”. Manolo volteó a ver al Peter y le dijo: “Mira éstos, ya salieron muy machitos”. Pero como los vieron tan grandotes y contestones y Pablo ya le había dado su cachetada al Peter, mejor ya ni dijeron nada, porque además el otro Kike, el soldadito, se les quedó viendo bien feo y empuñando sus manos como queriendo pelear.

Después de lo que le pasó a Chente, Adoración estuvo al pendiente de que nadie más saliera lastimado, y para que las niñas pudieran ganar algo, ya que la segunda piñata fue sólo para ellas, pidiéndole al Peter y Manolo que se quedaran a prudente distancia y, sobre todo, que no las fueran a estar jalando de las piernas cuando se rompiera la piñata.

Bueno, pues como que no les gustó mucho, pero tuvieron que apechugar, porque ellos ya tenían sus cositas y hasta varias pesetas de plata. Al Alpiste no le fue tan mal; tampoco se aventó porque él sabía que era de los grandes, pero hizo algo parecido a lo que Kike; casi sin moverse de su lugar, recogió todo lo que cayó cerca y lo echó en la bolsita que le habían dado cuando llegó.

Aunque Xavi y otros de sus amiguitos eran muy chicos, se veía que estaban felices, sobre todo en el momento en que su mamá puso en una mesa que había traído de la cocina, un enorme pastel de dos pisos, con un torito de adorno hasta arriba, que venía en una caja que decía Sanborns. El Alpiste sabía que los pasteles se hacían en la casa y que eran sus tías las que los adornaban con un turrón que ellas mismas preparaban, así que ésta fue otra gran sorpresa, pero, además, cuando empezó a comer su rebanada, su paladar se derritió de gusto, al saborear aquel manjar que nunca se hubiera imaginado que podía saber tan rico, porque estaba envidado y tenía en medio una mermelada de fresa deliciosa. Todavía, ya para irse, a cada niño le dieron un plato desechable con una rebanada adicional, para que se la llevaran a su casa. Eso fue lo máximo para el Alpiste, porque nunca se imaginó que le iban a dar una rebanada más de ese pastel tan rico.

Aunque el Peter se la pasó de latoso junto con su cuate Manolo, todo el tiempo molestando a los niños más chicos, ya

para irse les dijo: “Por qué no invitamos al Alpiste para que se bañe un día con nosotros en el vapor de baja, para que sepa lo que es bueno”; todos los niños al unísono gritaron: “síííí, que vaya el Alpiste al Club”. Entonces cuando llegó el papá del Alpiste a recogerlo, el Peter, junto con Manolo y Josele, se acercó al zaguán y le dijo: “Señor, el próximo martes tiene que llevar al Alpiste al Real Club España, el que está en Insurgentes antes de CU, porque está invitado a bañarse en el vapor de baja”.

El papá del Alpiste dijo: “Pero eso no es posible niño, nosotros no somos del Club, no lo van a dejar entrar”; y entonces el Peter, con su vozarrón que ya tenía, le echó un grito a don Alberto, quien se acercó a la puerta de inmediato y le dijo: “Verdad don Alberto que el Alpiste puede venir el próximo martes al vapor de baja, aunque no sea miembro del Club”. El señor, volteando a ver muy amablemente al papá del Alpiste, le dijo: “Señor, será un placer tener al Alpiste de invitado en el vapor de baja el próximo martes, y si le gusta el Club, usted podrá pensar si se hace socio, porque estamos en promoción y yo formo parte de la Mesa Directiva”.

A don Luis ya no le quedó más que aceptar el compromiso, dar las gracias y decirle al abuelo de Xavi que el siguiente martes estaría temprano con el niño allá en el Club. En eso quedó la gran experiencia del Alpiste de haber ido a la fiesta de Xavi, porque además sintió haberse hecho amigo del Peter, que se las daba de muy influyente, mientras que, para su papá, fue irse preocupado, pensando que tenía que comprarle un traje de baño, una toalla, sandalias y un maletín para llevar su jabón, peine y todo lo demás que se necesitaban para ir al Real Club España.

El Club España y el vapor de baja

Granada, tierra soñada por mí
Mi cantar, se vuelve gitano cuando es para ti
Mi cantar, hecho de fantasía
Mi cantar, flor de melancolía
Que yo te vengo a dar.

Granada,
AGUSTÍN LARA (1932)

EL ALPISTE SE LA PASÓ TODO EL FIN de semana emocionado pensando en qué era eso del vapor de baja, y cuando su papá terminó de trabajar en la sastrería, ese mismo día en la noche, ya en su recámara le preguntó cómo era ese lugar a dónde lo habían invitado los niños de la fiesta de Xavi.

Su papá le recordó que alguna vez lo había llevado a los Baños Edén, en Tacubaya, en la calle de Vicente Eguía, esa calle angostita que terminaba en avenida Revolución, a media cuadra del edificio Ermita y que no lo había vuelto a llevar, porque cuando lo metió a la regadera de presión se la pasó chillando y también porque lo metió un ratito a un baño de azulejos donde había una como nube caliente que casi no dejaba ver ni respirar:



El Alpiste ajuearado en el Mercado de La Lagunilla.

—Hasta tu tío Pancho Tapia me reclamó, porque te había llevado sabiendo que eras tan chillón; entonces, nunca más te volví a llevar.

—¿Y a poco estos niños me invitaron a un lugar como ese?

—Sí, pero ellos están acostumbrados, porque los llevan desde chiquitos y además por eso se llama vapor de baja, porque es para niños muy delicaditos.

—Ah bueno, pero ahora yo ya soy grande y no creo que vaya a chillar.

Como al papá del Alpiste le preocupaba cómo iría vestido su hijo, el domingo después de la misa de 8 de la Sabatina, de ahí agarró el camión que se iba por todo Paseo de la Reforma, para ver qué encontraban en La lagunilla, que no estuviera tan caro.

Primero fueron a comprarle una maletita deportiva; como el Alpiste se la pasaba viendo las luchas, le pidió a su papá que le comprara una que tenía por un lado la imagen de Blue Demon volando y, por la otra, a Black Shadow arriba de las cuerdas. Como su papá la vio de buen precio, empezó a regatearle al marchante y luego de un rato de estar discutiendo, al final se la rebajó de 15 a 12 pesos. De ahí se fueron de una vez por una oferta de ropa interior que incluía media docena de calzones y camisetas para él y el Cacahuete, pues ya andaban medio fallos; luego se fueron a la sección de ropa de baño para comprarle una bata larga de tela de toalla.

La verdad es que el Alpiste nunca había tenido nada de eso, pero lo importante era qué iban a pensar los demás niños, cuando vieran que salía encuerado del baño para irse al vestidor. Entonces sus papás empezaron a ver en la tienda de toallas, a cómo estaban las que hicieran juego con su bata, porque qué tal si ya estando en el Club lo invitaban a nadar, y en eso sí el Alpiste era

muy bueno, porque desde muy chico aprendió con su tío Miguel en Agua Hedionda.

Bueno, pues ese fin de semana el Alpiste salió bien ajua-reado, mientras que el Cacahuete se inconformaba de todo, sólo porque lo habían invitado unos niños de la *high society*. Como su hermana Olga quiso mucho al Alpiste y con su hermano el Cacahuete siempre andaba del chongo, pues ella sólo dijo que qué bueno que le compraran todo eso, para que fuera muy bien vestido al Real Club España.

Llegó el martes esperado, que era un día festivo, por lo que en todo México no se trabajaba; entonces Luis decidió llevarlo en el tranvía que salía de la estación Primavera, allá por Benjamin Franklin, dando la vuelta para irse por todo Revolución hasta San Ángel; ahí se bajaron y el Club estaba a una cuadra, caminando hacia Insurgentes. Como no eran socios y el niño iba de invitado, los mandaron por otra puerta que estaba más al fondo y estando ahí el vigilante mandó llamar a don Alberto; efectivamente, el señor ya andaba por ahí cerca, esperando a que llegaran sus invitados y de inmediato se acercó:

Uy Alpiste, vienes rechinando de guapo, mira nada más que bonita camisa y pantalones traes, pero vas a ver, luego, luego, te vas a tener que ir a quitar toda tu ropa en los vestidores, porque tus amiguitos ya te están esperando allá arriba encuerados en los baños. Don Luis, muchas gracias por traerlo, le pido de favor que nos lo deje por lo menos hasta las doce, porque después del baño los vamos a bajar un rato a jugar a los campos y luego van a almorzar aquí en la cafetería, pues ya tenemos preparado todo, porque ahora sigue el festejo con Gabito, que cumple seis años y sus papás le organizaron también su desayuno con pastel.

Entonces don Alberto tomó al Alpiste de la mano y le pidió a Castillito, un señor que se veía muy chiquito, que le hiciera el favor de llevar al niño a los baños para que se incorporara con los demás al vapor de baja, donde estaba el Chino Rentería con Gerardo y Víctor bajo su mando, cuidándolos, para que no les fuera a pasar nada mientras jugaban, porque ya los conocían como eran de desmadrosos.

El Alpiste, se despidió de su papá y con su maletín de Blue Demon y Black Shadow en la mano izquierda bien agarrado, se fue con Castillito, quien lo subió por un elevador al segundo piso. En cuanto llegó a los vestidores, vio que los niños ya se traían un relajo de aquellos; Josele se acercó a él luego luego, para decirle que se quitara la ropa y metiera todas sus cosas a un locker que el Club le había designado, con todo y su candadito, para que nadie le fuera a esconder su maletín.

Ojalá y tu papá se anime a inscribir a toda la familia, porque aquí siempre nos la pasamos a todo dar. Además, mi amigo el Peter siempre me defiende de los demás, porque él está bien grandote y además no le tiene miedo a nadie. Él dice que cuando sea grande va a ser presidente de este Club, para mandar a todos.

Mientras Josele le decía todo eso, el Alpiste ya estaba prácticamente listo para entrarle al desmadre que se traían todos los chamacos, dándose de toallazos en la espalda y uno que otro en las nachas; él mejor dejó su toalla guardadita en el locker, no fuera a ser que su papá le diera sus cinturonzos por regresar con la toalla toda revolcada. La verdad es que los chamacos traían cada garra, que el gasto que habían hecho para el Alpiste no valió la pena.



El Real Club España.

De pronto Gerardo, el encargado de los baños, les dijo que ya dejaran su relajo, porque ya estaba listo el vapor de baja, para que se fueran metiendo con mucho cuidado y sin jabón ni zacate, porque ya sabían que estaba prohibido bañarse y hacer deporte ahí adentro. El Xavi, aunque era de los más chicos, muy mañosamente, de todos modos, se escondió un jaboncito y un zacate entre su toallita, se metió y se fue a sentar al fondo, al lado de su amiguito Pepe, quien nunca se separaba de él ni para ir a desayunar, porque desde chicos iban al catecismo y habían hecho su primera comunión juntos.

Cuando empezaron a meterse, una señora llamó al Chino desde el pasillo de afuera, para pedirle de favor que alguno de los muchachos metiera a Davidcito y que se lo encargara a sus amiguitos porque le encantaba meterse al vapor de baja y eso que apenas tenía un año; Víctor luego luego le dijo que él no podía hacerse cargo del niño, porque de esa edad sólo podían entrar junto con su papá. La señora les insistió, argumentando que su esposo tenía torneo de tenis y que en ese momento estaba compitiendo allá abajo en las canchas.

A Víctor no le quedó de otra, más que tomar al niño y encargárselo a Josele, que siempre fue muy responsable. Ya adentro del vapor de baja, el chamaquito ni caso le hacía, luego luego se fue con Xavi a hacer burbujas con el jabón, mientras los demás se la pasaban echándole agua con una de las regaderas; pero como siempre, el Peter le dijo a Josele que qué andaba haciendo ahora de pil mama del Davidcito; que sacaran a ese escuinclé de ahí y que se lo entregaran a su mamá.

Xavi lo puso en orden, le dijo que no exagerara, que el niño era a toda madre y que sus papás eran buenos amigos de todos;

además que debía acordarse que tenían un invitado que lo estaba escuchando. Entonces volteó a ver al Alpiste y en otra de sus expresiones fuera de lo común, le dijo: “¿Cómo ves a estos güeyes de la santa caridad?”. Total que el Davidcito ni en cuenta, él se la pasó quitado de la pena todo el tiempo jugando y feliz de la vida de que le siguieran echando sus regaderazos.

Con el vapor se empezó a nublar el baño, mientras Xavi se seguía enjabonando y tallándose todo el cuerpo, haciendo su regadero de espuma por todos lados, con la que el Davidcito jugaba como si fueran barquitos que se iban sumergiendo en la coladera, hasta que los demás niños le empezaron a hacer *bullying* por no respetar la regla de no enjabonarse ahí adentro.

Entonces el Peter, que estaba en el otro extremo sentado junto a sus cuates Manolo y Josele, levantó la voz y les dijo: “Dejen en paz al Torerito, porque si no, aquí mismo les doy una estocada cabrones”. Todos voltearon y de inmediato se estuvieron quietos, mientras el Alpiste se quedó impávido, pensando en qué era eso de una estocada, a pesar de que ya había ido a los toros; mientras el Xavi, que bien sabía de qué se trataba, en tono burlón les dijo: “Ya ven, cómo nadie puede contra mi amigo el Peter”.

Vicos y Ricky, por su parte, se quedaron sentaditos en la mera entrada; Vicos era bien payaso y se la pasaba cantándole cancioncitas del grillito cantor a Ricky.

Si sospechas qué traigo aquí,
será todo para ti;
dulce no es,
fruta no es,
nieve tampoco es,
si me dices lo que será,

te pertenecerá,
piensa despacito para adivinar.

Luego, cuando terminaba la canción, le daba un besito en la mollera; el Ricky hacía como que se enojaba y le empezaba a decir un montón de groserías, que incluían hasta mentadas de madre, pero a Vicos eso le valía, seguía cantándole cariñosamente otras canciones que sólo él se sabía y el otro, más allá de agredirlo, más bien le daba chance, porque veía que a los demás niños les daba mucha risa y se la pasaban burlándose de los dos. Todos le decían a Vicos que estaba bien loco, mientras que Ricky lo ponía a tallarle la espalda con un zacate de esponja que le había comprado su mamá, para que no se le fuera a irritar su pielecita.

El Alpiste se divertía mucho, pero era incapaz de meterse con nadie, no fuera a ser que se lo agarraran de bajada; de hecho, el cabrón del Peter, con todo y que él era el que lo había invitado, le empezó a decir de cosas que ni él mismo entendía, pero cuando dijo que: “El Alpiste es como una lámpara, mírenlo, ahí está, ni se mueve, ni habla, casi ni respira; sólo brilla por la luz del vapor, pero si no, ni siquiera nos daríamos cuenta de que vino”.

Al Alpiste lo único que se le ocurrió para defenderse, fue echarle un albur de los que oía en la sastrería de su papá, reaccionando así: “Soy como un pito, sólo estoy adentro”. Entonces Manolo, que era el más grande, se quedó admirado cómo le respondió y le dijo al Peter: “Y ahora qué respondes cabrón”, ¿esa sí ni te la esperabas? Y éste ya no supo ni qué decir, era cargadito, pero esas de barrio no se las sabía.

Con la contestación que le dio el Alpiste, a pesar de su corta edad, comprendí que la naturaleza humana dispone de diversas membranas que cada uno de nosotros usamos para acercarnos a

los demás o para ponernos a distancia. En ese momento, el Alpiste sintió que debía defenderse de un niño que fue capaz de agredir a otro que no echaba relajo con la misma confianza de los demás, en un lugar que para él era como algo majestuoso y colosal.

Al poco rato entró Armando para sacarlos a que se bañaran; ya estando afuera, sólo algunos de los más grandes se metieron a la regadera de presión; el Peter fue de los primeros junto con Juanjo y Manolo, luego siguieron los gemelos Pablito y Chente, después Canito y Ricky; como veían que el Alpiste se andaba haciendo el desaparecido allá por las regaderas de agua calentita, empezaron a gritar en coro “Alpiste, Alpiste, Alpiste”, hasta que Josele fue a convencerlo de que le entrara a la de presión, y pues ni modo, tuvo que darse el chapuzón durante todo el tiempo que el Peter y Ricky lo mantuvieron ahí agarrado.

Como Armando vio que ya se estaban pasando de relajo, con enérgicas palmadas y un grito, los urgió para que dejaran en paz al Alpiste y se fueran a los vestidores, porque ya iban a partir un pastel que estaba listo en la cafetería; eso marcó la siguiente etapa de la fiesta que se traían.

Como ese día era el cumpleaños de Gabito, los señores se habían puesto de acuerdo para no entrar al vapor de baja hasta que los niños terminaran; eso propició un ambiente de libertinaje, al que el Alpiste no estaba acostumbrado, pues en la casa de su abuelo no se permitía ruido y menos el relajo que se trajeron en el vapor de baja.

Ya vestidos, bajaron a la cafetería donde estaba la mamá de Gabito, esperándolos con un rico pastel de frutas con capa de gelatina en la parte superior y un futbolista dominando una

pelota con una leyenda que decía: “Con todo cariño para Gabito de parte de los Cremas del América”. El niño corría como loco entre las mesas y sillas del restaurante cantando a todo pulmón: “Llevo en mi pecho los balones del América”. Porque le decían que así la cantaba Olga Breeskin.

La rebanada de pastel fue acompañada de unos ricos chilaquiles verdes con pollo desmenuzado, crema, queso y cebolla en pequeñas rodajas, un rico atole de vainilla para que Gabito estuviera más contento, porque era amarillo clarito como el uniforme de su equipo favorito y un bolillo doradito, que los niños devoraron como si fueran pelones de hospicio.

Cuando estaban a la mitad del desayuno, algunos papás y mamás se acercaron por la entrada y le entregaron a la mamá de Gabito los regalos que llevaban, mismos que fueron puestos sobre una mesa que tenían desocupada ex profeso para eso. Gabito hasta se apuró a terminar sus chilaquiles para irse a abrir sus regalos y aunque no conocía a todos, invitó al Alpiste para que lo acompañara; eran juguetes fabulosos, balones de piel, gorritas y camisetitas del América y hasta una mesita con cancha portátil de fútbol con todo y sus jugadores.

No faltaron niños que, a pesar de ser tan chiquitos, ya odiaban al América y entonces se la pasaron chiflándole a Gabito desde la mesa donde seguían desayunando; aquél, cuando veía que sus papás estaban distraídos, levantaba el brazo y les mentaba la madre. Bueno pues como ya pasaban de las 11, el abuelito de Xavi tenía organizado un paseo con dos jovencitas que iban a hacer el papel de edecanes para mostrarles a los niños invitados todas las instalaciones del Club.



Homenaje al migrante español en el Real Club España.

El Alpiste dice que de principio a fin se quedó fascinado, pues nunca pensó que hubiera un lugar tan maravilloso, con una alberca enorme azul cristalina, con una fosa de clavados bien profunda, canchas de tenis, de frontón y hasta una de fútbol donde, en ese momento, estaban jugando un partido niños del Real Club España contra otros del Club Asturiano, que estaba bien emocionante porque iba ganando el equipo visitante y las mamás estaban echándole porras con todo lo que daban sus gargantas.

Para terminar, caminaron por un pasillo donde el Alpiste vio una estatua que le pareció muy bonita e interesante, porque era de un señor que llevaba una maleta despidiéndose de una mujer y que en la base decía: “El migrante”. Como le llamó tanto la atención, le preguntó a la edecán qué era eso de migrante, y entonces ella le dijo que en España había habido una Guerra Civil entre 1935 y 1938 y que quienes la perdieron, tuvieron que dejar su país y a sus familias y muchos de ellos pudieron venir aquí, porque el general Lázaro Cárdenas les ofreció refugio.

Obviamente, los niños huérfanos y las familias que pudieron escaparse de aquella guerra tan sangrienta y venir aquí, fueron recibidos con mucho cariño por los mexicanos; por eso, esa estatua de bronce tan bonita simboliza a uno de esos hombres que tuvieron que dejar su tierra natal para sobrevivir, con la esperanza de irse a otro país, por eso llegaron aquí para integrarse como refugiados y ahora sus hijos y nietos son mexicanos y forman parte de nuestra sociedad y muchos de tus amiguitos de este Club forman parte de esa historia.

Entonces el Alpiste le pidió permiso a la señorita para copiar un bello verso que vio grabado en letras de bronce al pie de aquella impactante escultura, y ahora que me estuvo platicando de esa

experiencia me pidió que por favor lo incluyera en esta novela como un homenaje a esos hombres y familias que sobrevivieron a la Guerra Civil Española y que gracias a Dios vinieron a México a aportar su gran esfuerzo para levantar a otro país que también acababa de vivir su propia Revolución.

En eso quedó la fabulosa experiencia del vapor de baja para el Alpiste, y del paseo por las canchas y jardines del Real Club España, pues aunque a él le hubiera gustado que su papá lo inscribiera con todos sus hermanos, nunca más regresó, no sólo por la distancia geográfica entre Tacubaya y San Ángel, sino por la distancia económica y social.

Así que después de los ricos chilaquiles con pollo, el jugo de naranja que se deleitó y la rebanada de ese pastel que le supo a gloria, su padre lo recogió en la entrada del Club en punto de las doce, despidiéndose del abuelo de Xavi y se encaminaron hacia avenida Revolución, para tomar su tranvía de regreso rumbo a Tacubaya, y aunque el Alpiste le platicó de todo lo emocionante que había pasado con su invitación al vapor de baja y lo bonito que estaba el Club, su papá se quedó callado durante todo el camino, pensando en lo imposible que era para él darle ese tipo de lujo a su familia, pues pensaba que sólo era para gente de dinero, pero además, que ellos no tenían nada de españoles.

Dice el Alpiste que por muchos años se acordó de aquella experiencia tan padre para él, pero para ser realista, sabía que nunca más volvería a ver a esos niños, pues intuía que eran niños de una clase social diferente a la de los niños de su colonia. Sin embargo, me comentó que el año pasado su perrita Tomasa se puso mala de una enfermedad muy rara, uno de los Coto, de los que todavía viven en Calderón, le dijo que ellos conocían a

un veterinario español paisano de ellos, que tenía su consultorio en Coyoacán y que además era especialista en enfermedades del sistema nervioso canino.

Aunque al principio su esposa y él dudaron en ir tan lejos y que les fuera a cobrar muy caro, como quieren tanto a sus perritos, al final se decidieron, le pidieron el nombre y la dirección exacta, porque la perrita sí que estaba muy malita. Cuando llegaron a Pacífico y Miguel Ángel de Quevedo, preguntaron por el doctor José Luis del Campo Huerta; la persona que los recibió les pidió que lo esperaran porque estaba operando a un perrito; como media hora después, bajó el doctor y los pasó al gabinete donde da sus consultas; después de que la esposa del Alpiste le explicó lo que tenía Tomasa, el doctor le dijo al Alpiste: “Usted se me hace conocido, no sé dónde ni cuándo lo vi, pero estoy seguro de que lo conozco”.

Al Alpiste se le hizo raro, pero también sintió como que alguna vez habrían estado en algún lugar juntos.

—¿Usted no estudió en la Universidad? —preguntó el doctor.

—No señor, yo no estudié.

—Entonces, ¿de dónde lo conozco?, ¿alguna vez ha estado en alguna competencia deportiva del Real Club España?

—Bueno —respondió el Alpiste—, una vez fui a ese Club, pero de eso hace más de 60 años; eso fue cuando me invitó un niño al que le decían el Peter estando en la casa de otro que se llamaba Xavi.

—No me digas, ¿tu eres el Alpiste?

Se puso meditabundo y con los ojos vidriosos, le dijo:

—El que te invitó fue mi mejor amigo, pero lamentablemente se acaba de morir hace cuatro días; la semana entrante estamos

organizando su misa del novenario y justamente Xavi y Pepe van a conducir los rezos, porque son diáconos de la iglesia católica. Me acuerdo muy bien de ti, porque eras un poco más grande que nosotros y nos dejaste ganar casi todo lo de la piñata y el Peter, aunque anduvo dado lata, como hasta el último día de su vida, al final él fue el que llamó al abuelo de Xavi para que le dijera a tu papá que te llevara al Club para que fueras con nosotros al vapor de baja, que hasta la fecha sigue funcionando exactamente igual y ahí nos vemos todos los días la mayoría de aquellos niños que estuvieron en la fiesta del Xavi.

Mientras el Alpiste fue escuchando en qué había parado el Peter y después de darse cuenta de que el doctor Del Campo, ahora barbón y medio calvo, era aquel niño al que le decían Josele, que se contagia de nostalgia y que se le salen unas lágrimas por la emoción, cosa que no le costó mucho trabajo, porque siempre ha sido muy sentimental. Josele prosiguió:

La muerte del Peter nos agarró de sorpresa, porque fue de un día para otro; la mañana anterior anduvo bien campante entre nosotros; todavía Toño Rosique le hizo una broma sobre sus calzones con pinitos de navidad y él le respondió como siempre con su vozarrón: “Ya quisieras unos de éstos cabrón”, y al día siguiente que no amanece, justamente cuando lo estábamos esperando porque Ricky, su cuate preferido, cumplía 60 años y él iba a llevar el pastel al Club, pero como no llegó, se nos hizo muy raro y entonces mandamos a Ricky a buscarlo a su casa, pero luego de tocarle la puerta un rato y de llamarle a su esposa que andaba en Uruapan, que le pide al portero que le ayudara a abrir; subiéndose por una ventana y cuando entraron a su recámara, lo encontró acostado y después de llamarlo varias veces, él se acercó para moverlo pensando que estaba enfermo o que se le habían pasado las copas el día anterior y fue cuando se dio cuenta que había fallecido.

Entonces, el problema de la perrita pasó a segundo plano, pues a Josele también se le vinieron los recuerdos de aquel cumpleaños en el que habían jugado y echado relajo para romper la piñata; bueno pero al fin de cuentas los dos hicieron su esfuerzo por recuperar la calma, se secaron los ojos con los puños de las mangas de sus camisas, porque no tenían pañuelo previsto y, entonces, lo que se le ocurrió a Josele fue invitarlo a la misa novenaria del Peter, para que se encontrara con los sobrevivientes de aquellos niños con los que convivió en el vapor de baja hacía ya 62 años.

En el fondo, el Alpiste siempre estuvo de acuerdo con su papá, en el sentido de que no tenía cabida en ese grupo de niños que ahora seguramente todos estaban bien acomodados en el gobierno, con sus negocios o sus profesiones; sin embargo, por la fuerza de los sentimientos desbordados con el encuentro inesperado con Josele, que además le pareció una persona sincera y sencilla, con todo y que era un veterinario de tanto prestigio, se hizo de valor y aceptó la invitación, a pesar de que tenía la incertidumbre de cómo lo iban a recibir aquellos señores en un momento tan difícil, por la pérdida de su amigo, con el que habían convivido desde chicos y sobre todo ahora, dicho por Josele, que estaba a punto de convertirse en el presidente del Club.

Mientras eso ocurría, a la esposa del Alpiste lo único que le interesaba era qué iba a hacer el doctor con Tomasita, pues llevaba varias semanas que no podía caminar bien, así que muy confianzudamente les dijo: “Bueno, ya dejen de estar de chillones, vamos a ver qué tiene mi perrita”. Josele muy atento, de inmediato agarró a Tomasa y la subió a una plancha donde atiende a los animalitos que consulta y después de observarla y ponerla

en el suelo para ver cómo caminaba, la subió del otro lado para sacarle unas radiografías y un poco de sangre, pero para ese momento, él ya tenía un diagnóstico muy preciso de lo que le pasaba, así que mientras tenía el resultado de los análisis, le recetó unas pastillas muy caras que sólo se conseguían en la farmacia veterinaria de la UNAM; con eso la perrita en cosa de tres días empezó a andar muy bien, desde entonces no ha dejado de tomarlas y santo remedio.

Lo que siguió fue que cuatro días después, el Alpiste se preparó con su traje oscuro para ir a la misa del Peter que, por cierto, se hizo en la mañana muy temprano, en una iglesita que está a espaldas del Club, en un fraccionamiento muy lujoso que se llama Chimalistac que, por cierto, es considerado por la Unesco Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Como la cosa era muy seria, pues no hubo oportunidad de intercambiar comentarios, más allá de los saludos ordinarios, pues por ahí estaban la esposa, la hermana y los hijos del Peter; al terminar la misa, Josele le dijo al Alpiste que por qué no se animaba a acompañarlos a desayunar al Club la semana siguiente, para que conviviera un rato con esa bola de vejetes en que se habían convertido los niños a los que invitó Xavi cuando cumplió sus cinco años.

Aunque desayunar en la cafetería es sólo posible para los miembros del Club, Josele con sus influencias con Paco, que era el vicepresidente, no tuvo problema para meter al Alpiste por la puerta de socios y sentarlo en la mesa, que según le platicaron, era la misma mesa en la que habían desayunado aquella mañana, cuando los papás de Gabito invitaron a todos los niños a desa-

yunar y partir aquel riquísimo pastel de frutas con gelatina y sus adornos del equipo América.

Ahí estaban sentados Ricky y Vicos como siempre peleándose, mentándose la madre y haciendo como que Vicos le daba sus besitos en la pelona a Ricky, que ahora sí que la tenía muy des-poblada; por el otro lado de la mesa estaba Gabito, muy serio con su camiseta del América departiendo con un cuate al que le dicen el literato; Roberto, el que un día antes le había puesto una súper nalgada a Vicos que todavía la traía marcada y hasta se bajaba el calzón de ladito, para enseñarles a los que estaban en esa mesa lo amoratado que tenía la nalga.

Manolo, el más serio de ese grupo, que casi no hablaba, asintió con un movimiento afirmativo de cabeza, para que el Alpiste se sentara a su lado, echando a Ricky a la silla siguiente. En una mesa de enfrente estaban Pablito y Chente, sentados con su amigo Ernesto, al que le dicen el Palillo, porque de chiquito era bien flaco, y ahora ya de señor sigue igualito; también estaba con ellos Toño, al que ahora le dicen el banquero. Kike, apodado el doctor Simi, por eso de que representa laboratorios de medicinas y aunque hace mucho ejercicio sigue gordito porque no le hace gestos a la cena, estaba en la mesa de enfrente con su amiguita Anita, una deportista de alto rendimiento; también estaban los tepiteños Fernando y Rafael, que eran muy asiduos al vapor de baja; había otros señores que el Alpiste no reconocía, pero igual, se veía que todos eran amigos desde hacía mucho tiempo y que se llevaban muy bien.

Ese día, en uno de los extremos de la mesa, había una silla vacía, y la habían dejado así porque era en la que el Peter se había sentado desde niño. Ya avanzados en el desayuno, Manolo le

pidió a Josele que presentara a su amigo y les dijo, este señor tan serio que ven a mi lado, es el Alpiste, el que fue al cumpleaños de Xavi hace 60 años y es el mismo, al que al terminar aquella fiesta, el Peter invitó para que viniera con nosotros al vapor de baja; era ese niño que no quería entrar a la regadera de presión y luego entre el Peter y ya no me acuerdo quién más, lo metieron a la fuerza por un buen rato, hasta que Gerardo lo salvó, porque ya nos íbamos a bajar a desayunar.

“Ah, sí, ya me acordé”, dijo Gabito: “Luego anduvieron diciendo que ese niño era bien puñal porque le iba a las Chivas”. “Qué pasó”, dijo Manolo: “Acuérdense que es de Tacubaya y allá todos son muy machos”. El Alpiste sabía que todo era parte de las bromas a que estaban acostumbrados, así que no dijo nada, aunque sí le cayó gordo, pero por ser tan americanista.

Parecía que en eso iba a parar el reencuentro con Josele y los antiguos amigos del vapor de baja, que seguían echando el mismo desmadre como cuando eran niños, pero ahora, con el gran vacío que les había dejado la ausencia de uno de sus líderes más queridos, el gran Peter.

Cuando terminó el desayuno, el Alpiste se despidió de mano de cada uno de los que estaban en esa mesa, entonces Paco propuso que se le otorgara un pase gratuito por tres meses, para ver si se animaba y con la cuota baja para los mayores de 65 años, que se estaba aplicando, se podía hacer socio. Ante esa propuesta, el Alpiste les dijo: “De gorra, ni quien le corra”, claro que acepto, aquí me tendrán desde mañana.

Durante los siguientes tres meses todos los días se levantaba bien tempranito para llegar al vapor de baja a echar desmadre con todos los que iban llegando desde las seis de la mañana, con el

Ingenierito, Ricky y Vicos se empezaron a probar en los albures, pues ellos eran los más avezados en esas artes; con Gabriel, haciéndolo enojar con sus ahora Águilas del América. Con Canito, sobre su gusto por la paella, y así con cada uno se fue dando cuenta de sus gustos; Xavi, que ahora le decían el Matador, se lo traían de encargo porque seguía dejando su cochinerito de jabón, con todo y que la prohibición estaba pegada por todas partes.

Lo que se puso difícil fue cuando pasaron los tres meses, pues al Alpiste ya no lo dejó seguir yendo su esposa, porque a ella no le gustaba no le gustaba mezclarse con las señoras de copete alto, así que ahí quedó el reencuentro del Alpiste con sus cuates del vapor de baja. Con todo y sus deseos de seguir conviviendo con aquellos amigos que alguna vez por azares del destino conoció; su esposa, sin pensarlo demasiado, actuó con sentido común, dándose cuenta de que no merecían las atenciones de aquellas personas tan amables que les habían ofrecido pertenecer al Real Club España, sólo porque para ellos, el Alpiste les recordaba aquel niño simpático de aquellos años tan felices.

Por más que trató de convencerla de que era una gran oportunidad de ser miembros del Club, su esposa se mantuvo en la misma posición, así que aquel reencuentro volvió a quedar en el pasado; al único que visitan, de vez en cuando, es a Josele, para que cheque a su perrita Tomasa, y de paso platican un poco de cómo sigue la palomilla del vapor de baja.

Tlapala, Agua Hedionda y Oaxtepec

Suave Patria: tu casa todavía
es tan grande, que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.
Y en el barullo de las estaciones,
con tu mirada de mestiza, pones
la inmensidad sobre los corazones.

“Suave Patria”,

RAMÓN LÓPEZ VELARDE (1921)

APESAR DE QUE LA VIDA del Alpiste y su familia era muy sencilla en aquella casa de su abuelo, cuando tenía cinco años recuerda que toda la familia hacía viajes de día de campo; primero a Chapala, un pueblito que estaba adelante de Chalco, donde vivían unos muchachos que trabajaban en la General Motors con su abuelo, pero que se habían hecho amigos de Carlos y Enrique en los talleres de herramientas donde eran obreros.

Para variar, Luis se hizo compadre de don Panchito, el papá de esos muchachos, porque fue padrino de la hermanita menor, que por aquellos años hizo la primera comunión; luego la amistad se acabó porque con el cuento de que se le habían muerto sus vacas, le pidió prestado dos mil pesos y nunca se los pagó, a pesar



Los viajes del Alpiste a Agua Hedionda.

de que un día Luis se llevó a tres de los muchachos de la sastrería con abrigos verdes militares, entre ellos a Alma Grande, simulando que eran de la Judicial.

Poco más adelante se fueron hasta el balneario de Agua Hedionda, porque decían que sus aguas sulfurosas eran medicinales; ahí Miguel, novio de la tía Cristi, le enseñó a nadar al Alpiste, mientras que Jorge y Tomás andaban entrados con sus primas Mirta y Carmen, pero bajo el ojo vigilante del abuelo Juan. Luis, que había crecido en Maravatío cerca de un río, era el único que se echaba sus clavados desde el segundo piso del trampolín, mientras Martín le sacaba película con una camarita Super 8 que alguien les había traído de Estados Unidos.

Andando por allá, el abuelo se compró un terreno en el fraccionamiento Los Manantiales, ubicado en el kilómetro 100 de la carretera México-Cuatla. Al poco tiempo el papá del Alpiste se compró su primer coche, un Chevrolet Bel Air 1950, cuatro puertas, llantas de cara blanca y pantaloneras; ese coche lo empezó a usar para ir al aeropuerto a cobrar y entregar los trajes y uniformes que le vendía en abonos a los pilotos aviadores.

Al poco tiempo, en uno de los viajes a Agua Hedionda, el abuelo Juan animó a Luis a comprarse un terreno enfrente del suyo, con la idea de que no se fuera de su casa, pues a Elena le gustaba vivir cerca de sus hermanas y su mamá; y efectivamente, al poco tiempo ya estaban construyendo sendas casas de fin de semana en Cuatla. Su terreno tenía 500 metros cuadrados, así que le alcanzó para hacerle una entrada para dos autos, sala-comedor, cocina, baño y dos recámaras, todo en planta baja, y por un lado una pequeña alberca de agua fría donde se remojaban todos los niños.

En aquella casita el Alpiste y su hermana Olga pasaron un par de años inolvidables, porque el entorno era verdaderamente rústico, muy cerca corría un arroyo con peces que venía de un balneario cercano que se llamaba El Almeal; por otro lado había un cárcamo de agua transparente a donde los niños iban a nadar gratis; del otro lado de la carretera, apenas caminaban dos cuadras y se terminaban las construcciones, apareciendo de inmediato praderas y barranquillas donde andaban libres los caballos y el ganado de los campesinos; de hecho, el fraccionamiento estaba enclavado en la localidad que llevaba por nombre Cuautlixco.

Poco más adelante, por un camino real, se podía llegar caminando al centro de Cuautla; a los lados había enormes árboles que entre julio y septiembre estaban repletos de mangos petacones, que solitos se caían. El Alpiste y Olga en esos meses se llevaban la canasta del mandado de su mamá, para ir a recoger los mangos que cupieran; a su papá le encantaban, pero no dejaba que ellos se comieran uno entero porque eran muy pesados para el estómago; aun así, una tarde el Cacahuate se subió en una silla y bajó tres mangos y algunas fresas que su mamá había dejado arriba de un ropero que tenía en su recámara para que terminaran de madurarse; ya con el producto de su robo bajo control, compartió el botín con sus hermanos y éstos ni tarde ni perezosos se fueron a comer por allá atrás las frutas prohibidas; ya para el anochecer, muy satisfechos y con la pansa llena, se pusieron a festejar su fechoría brincando sobre las camas, mientras sus papás terminaban de preparar la cena en la cocina.

De repente al Alpiste se le vino un ataque de vómito y una fresa casi entera que se le atora en la nariz; dice que sentía que se asfixiaba y empezó a patalear, mientras el Cacahuate fue corrien-

do a avisarle a sus papás; en cuanto llegó Luis a la recámara y se dio cuenta de lo que estaba pasando, agarró al chamaco, se lo puso de espalda sobre sus rodillas y de una palmada en la espalda la fresa salió disparada para caerle a Olga en el pie, quien por el asco que le dio, también quería vomitarse.

Una vez salvado el Alpiste, sintiendo que regresaba a la vida, se la pasó chillando un buen rato, mientras su papá investigaba qué había pasado, porque de acuerdo con lo que habían comido al medio día, el color y el olor de las reminiscencias del vómito esparcidas por la pared y las sábanas y por la fresa atorada, sólo que se hubieran comido la fruta que había puesto fuera de su alcance.

Al empezar el interrogatorio, el Cacahuete se hizo el dormido, entonces a Olga no le quedó de otra que soltar la sopa; dijo que su hermano, que era el más alto, la había bajado del ropero y los había inducido a comérsela en la tarde; debido a que el Cacahuete hacía como que roncaba y apretaba los párpados en señal de que estaba soñando con los angelitos, pues a su papá no le quedó más que ayudarle a Elena a cambiar las sábanas y limpiar la pared, para que ya se durmieran castigados sin merendar.

Entre la casa del abuelo y la de su yerno, durante el primer par de años recibían por lo menos una vez al mes a todas las tías y tíos del Alpiste, ya fueran los casados o solteros, pero llegaban desde el sábado y se quedaban a dormir repartidos por todos los rincones, pero siempre cuidándose de los alacranes, que eran muy venenosos; Miguel, que le hacía bien a la nadada, pensó que la alberquita estaba más profunda y que toma vuelo desde las palmeras de plátano y se avienta un clavado, dándose un reverendo raspón que la tía Cristi le estuvo curando todo el fin de semana.

De regreso a México se pararon con sus coches en las fresas de Chalco y los hermanos Ernesto, Tomás y Jorge, como andaban entrados con Licha, Carmen y Mirta, respectivamente, que disparan los helados a toda la familia; eso de nada les sirvió, porque el abuelo Juan los mantenía a raya.

Aun y con lo divertido que se la pasaban yendo a Cuautla cada fin de semana, al paso de pocos años el abuelo Juan vendió la casa para construir otra en la colonia Cove, con la idea de que ahí se fueran a vivir Carlos y Enrique cuando se casaran. Luis, por su parte, dejó de ir porque en dos ocasiones tuvo accidentes en la carretera y terminó rentándosela a un empresario local, que muy cerca de ahí tenía una granja donde criaba pollos para venderlos en gran escala en el mercado de la Merced.

Con todo y que Luis conservó esa casa por muchos años, eso no evitó que diez años más tarde aprovechara la oportunidad de comprar, junto con su comadre Beta, una vieja casa que vendían los Estañol en la cerrada de Plata, una cuadra más arriba de Calderón, y como la sastrería le dejaba lo suficiente como para construir su nueva casa, pues el Alpiste fue a ver los avances de la obra, por eso, para octubre de 1961 la casa estaba prácticamente terminada, salvo por detalles como pintura, pulido de pisos y barniz de las puertas y clósets, que por primera vez iban a tener, en lugar de roperos. Así fue como el Alpiste cambió de vida diametralmente cuando llegó a la cerrada, porque supo por primera vez lo que era tener amigos de la calle.

El siguiente descubrimiento de la familia fue Oaxtepec, que en 1965 fue inaugurado como centro deportivo, social y recreativo para los trabajadores que aportaban sus cuotas al IMSS, pero también abierto al público en general; entre otros servicios, en la

parte alta tenía un hotel de lujo, con restaurante a la carta, vista panorámica, funicular y albercas privadas para los que rentaban bungalós con cocina integrada; allá arriba también había albercas abiertas al público y fosa de clavados, pero el alojamiento económico, al que iba dos o tres veces al año toda la familia, estaba en la parte baja con un supermercado que vendía todo lo necesario para acampar, incluyendo equipo y casitas de campaña para quienes querían pasar la noche a la intemperie. Esa experiencia sólo la vivió el Cacahuete con sus tíos Carlos, Régulo y Sergio, porque el tío Lay, que era capitán de caballería, les había regalado una casa de campaña, de esas que el ejército había utilizado en Tampico, de donde acababa de regresar, porque estuvo apoyando el rescate de damnificados por el reciente ciclón.

Eso sí que era una experiencia no vivida antes por la familia extensa del Alpiste, pues rentar entre 10 y 15 albergues y juntar a la mayoría de los primos jugando voleibol o nadando en las albercas y luego salir a comer a la fonda preferida de Luis donde ya lo conocía muy bien la marchanta, se convertía en una fiesta permanente para todos los primos adolescentes y niños, durante todos los días que la pasaban allá, sobre todo cuando iban en Semana Santa.

El Alpiste se acuerda que el tío Martín, quien apenas andaba de novio con su tía Lucy, se la pasaba muy modosito, con un short muy elegante que se compró en el único Liverpool que estaba en el centro, y una playerita que despertaba las críticas de los demás tíos, que no llevaban ni traje de baño, porque decían que no sabían nadar. Además, traía unos zapatos de doble color y suela corrida, que parecían de los que usaban los que practicaban boliche, allá por la avenida Insurgentes. Para rematar, por la



Oaxtepec, el descubrimiento de la familia.

tarde, después de haberse comido sus enchiladotas de mole, igual que todos los demás, el michoacano sacaba su pipa y empezaba a fumarla con porte de modelo de revista. Ese era el tío Martín quien, al paso de los años, fue uno de los más queridos y apreciados por toda la familia.

Poco más adelante dejó de trabajar como ayudante en la sastrería de Luis; fue cuando se inició como bailarín con Sergio Unger, allá en el estudio de Puente de Alvarado; luego ese gran maestro de ballet clásico, terminó siendo el “Gran” de Lorena y Adriana.

Otro amigo del tío Martín, que luego se convirtió en parte de la familia, fue el tío Waldo, quien se ganó la atención de la tía Marilú, porque todos los domingos lo acompañaba al bosque de Chapultepec, donde se reunía toda la familia para jugar voleibol; él pronto se convirtió en el experto para instalar la cancha, llevando red, balones, laminitas y toda la cosa para llevar el marcador. Había domingos que se juntaban con otras familias para retar, porque sentían el ambiente sano y la manera tan bien organizada para jugar; así, se fueron haciendo amigos de toda la familia y, con el tiempo, empezó a haber compadrazgos e invitaciones mutuas.

Fue en ese ambiente que, a partir de 1954, se fueron sumando año tras año las siguientes camadas de primos y primas, hasta la última que fue Jaqueline, hija de la tía Licha, que nació en 1973, 32 años después del Cacahuate, quien nació en 1941. Actualmente, todos esos primos y primas también están entrados en años y están muy interesados en que se publique la segunda parte de la historia del Alpiste, para ver si aparecen en alguna de sus historias.

Seguro que cada uno de los 33 primos y primas que nacieron después del Alpiste y Angélica tienen historias muy parecidas, pero lamentablemente no hay espacio ni tiempo para contarlas en esta novela. Loren, Alex, Jorge, Jaime y Martha tendrían mucho que contarnos y seguido me invitan a escucharlos, igual Cocó, Roxana y Gilda que nacieron en 1955, y todos los que siguieron naciendo hasta 1973, entre ellos Elizabeth, Gustavo, Araceli, Ernesto, Gaby, Piry, Josa, Tomás, Víctor, Liliana, Rosa Isela, Alicia, etcétera, etcétera.

Hoy ha pasado un siglo desde que se casaron Juan y Juanita, salvo las tías Licha, Carmen y Mirta que se casaron con sus primos Ernesto, Tomás y Jorge, todas y todos los demás se casaron con parejas que no tenían ninguna relación de parentesco. Sin embargo, en esta novela no hubo castigo para los hijos que nacieron de esos matrimonios, ni Jorgito, ni Ernestito, ni Tomesito nacieron con cola de cerdo, ni la familia Cañas fue castigada con “cien años de soledad”, como sucedió en la novela de Gabriel García Márquez, con el hijo de Amaranta y con todo el pueblo de Macondo; con la familia Cañas, lo que pasa es que dos o tres veces al año se reúnen todos los que pueden y arman unos pachangones que isálvese quien pueda! Y el que la paga, es el que pone su casa.

Adiós a la Luis Vives

Patio con sol que nunca olvidaremos;
Aula donde aprendimos tantas cosas;
Pedacito de cielo que aún te vemos
Por la ventana abierta entre las rosas...

“Adiós a la escuela”,
FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ (1949)

AQUELLA TARDE el Alpiste empezó recordando con cierta nostalgia que cuando vino a vivir a la cerrada General Plata, en octubre de 1961, ya llevaba año y medio de haberse salido del Instituto Luis Vives,¹ escuela que había sido fundada por republicanos para atender a niños huérfanos de la Guerra Civil Española; recalcó que para él aquellos cuatro meses de divertida convivencia eran un recuerdo lejano de su primera adolescencia. Remembraba que en su memoria se veía dominando un pesado balón de cuero que le acababan de comprar a uno de sus compañeros de salón, en una cancha de tierra improvisada, corriendo

¹ Sus fundadores fueron Enrique Jiménez (director en 1941), Rubén Landa (director entre 1942-1947), Joaquín Xirau Palau, Francisco Barnés Salinas, Agustín Millares Carlo, Pedro Carrasco Garronena, presidente del patronato inicial, y Juan Bonet, profesor de civismo del Alpiste en 1960.



Instituto Luis Vives en Parque Lira y Observatorio.

con la pelota pegada al pie entre arbustos, árboles y salones contruidos desordenadamente por las orillas del patio de aquella hermosa finca decimonónica, donde los niños de primaria tenían que hacerse a un lado para que el torneo pactado informalmente entre los grupos de secundaria (Real Madrid, Barcelona, Salamanca, Valencia, Atlético de Bilbao, Atlético de Madrid, etcétera) pudieran realizar su campeonato. Cuando llegaban los partidos semifinales, entonces se iban a entrenar a un enorme terreno baldío que estaba en la colonia Nápoles, donde después construyeron el Hotel de México.

Dijo que, junto con aquellos efímeros amigos, se esfumaron las posibilidades de llegar a ser universitario, como sí lo fueron Enrique Monedero López —quien de grande llegó a ser director del Instituto— y Ricardo Cayuela Gally —quien en esos momentos ya iba en tercero—; el gran problema para la mayoría, fueran mexicanos o españoles, era sobrevivir a las explosiones hormonales, propias de la pubertad.

Esa estupenda experiencia de su paso por el Instituto, el Alpiste la dejó a cambio de liberarse de la pesadilla de tener que llevar mensualmente la boleta de calificaciones para la firma de su papá, pues los cuatro meses que estuvo ahí siempre sacó puros cuatros y cincos, salvo los ochos que le ponían en civismo, música y deportes.

Rodrigo Fournier —compañero catalán de banca— y Juan Bonet² —hijo del director del Instituto— trataron de convencerlo

² Juan Bonet compartió la ideología de Manuel Azaña Díaz, quien encabezó el gobierno republicano en alianza con los socialistas en 1931, por eso cuando perdieron la guerra en 1939, estando de fugas en la Francia invadida por la Alemania, fueron llevados al campo de concentración de Mauthausen en Austria, donde estu-

de que no se fuera de la escuela, que siguiera estudiando y, sobre todo, perteneciendo al equipo de fútbol, pues el torneo se estaba poniendo muy interesante. Lo que sea de cada quien, el Alpiste se había sabido ganar el aprecio de sus compañeros quienes, más que otra cosa, pensaban que sin él no llegarían a la final. Luis González Fuentes, chico mexicano con el que todos los días se iba caminando hacia su casa, también le decía que, sin él, el equipo iba a perder la semifinal que estaba próxima a jugarse, regresando de Semana Santa.

Por su parte, los profesores, que en su mayoría eran republicanos refugiados como Marcelo Santaló, Marcial Rodríguez, Ana María Martínez o Josefina Oliva, todos con un perfil personal y profesional por demás interesante, a quienes además había que agregar la figura del gran agricultor del sur de España, Juan Mata Navarrete quien, por cierto, el exilio lo redujo a vivir modestamente como profesor sus últimos años de vida; todos ellos les daban atención especial a los niños que tenían algún problema por su condición de huérfanos o porque se les dificultara el aprendizaje de alguna de las materias.

En el caso del Alpiste, el problema era convencerlo de que lo mejor para él, era seguir estudiando y aprovechar la experiencia que le aportaba esta escuela progresista, en un país y en una ciudad que, en esos años para los españoles refugiados, era como

vieron a punto de ser incinerados, pero el 5 de mayo de 1945 fueron rescatados por el ejército estadounidense; eso no significó que pudieran regresar a España, donde el dictador Francisco Franco se había fortalecido; por eso, aprovechando la oferta del general Cárdenas, varios de ellos se refugiaron en México; apoyado por otros españoles republicanos, Bonet terminó viviendo en el Edificio Ermita para dedicarse a la docencia y dirección del Instituto Luis Vives.

un paraíso, con un gobierno amigo que trabajaba y dejaba trabajar en santa paz y que incluso había roto relaciones diplomáticas con Franco.

Para el Alpiste, tener esos maestros parecía mucho mejor que irse a aprender el oficio de sastre; pero nada le entraba en la cabeza; él no sabía ni entendía de lo que le hablaban los maestros, menos sabía algo de lo que había sucedido en España durante la guerra civil; él vivía su propia guerra civil en su casa con su padre, a quien, por miedo, veía como su propio dictador.

¡Vaya que el caso del Alpiste fue muy complicado!, pues él se veía en la encrucijada de su vida y, por su inconciencia, propia de su corta edad, en ese momento no se dio cuenta de que esa decisión marcaría profundamente su destino, como en realidad le ocurrió a muchos de los chicos, por el error que cometían al abandonar la escuela, teniendo la oportunidad de llegar a ser profesionistas universitarios, cuando en México se vivía la época del “milagro mexicano” y se requerían muchos médicos, ingenieros, contadores y abogados; para eso, los gobiernos de la Revolución mexicana habían fundado la Universidad Nacional, el Instituto Politécnico Nacional y la Escuela Normal de Maestros. Como le decía su papá:

¿Cómo vas a comparar un trabajo de oficina, con el de obrero?; mira cómo me sobo el lomo por no haber estudiado; pero a mí me pasó, porque en mi pueblo ni siquiera había escuela para terminar la primaria y aquí el gobierno te da educación gratuita hasta la Universidad; para eso me vine para acá, para que mis hijos estudiaran.



Profesores exiliados españoles en el Instituto Luis Vives.

Para los profesores del Alpiste era claro que dejar de estudiar en una escuela de prestigio como el Instituto Luis Vives, teniendo el apoyo de su familia, sí que era una decisión errónea; sin embargo, para él, poner en la balanza entre seguirse atormentado por lo difícil que era aprobar materias como álgebra, biología, geografía, historia y civismo, y seguir además enfrentando, como durante toda la primaria, el llevarle la boleta de calificaciones a su padre, eso era algo serio.

Del otro lado, el gran proyecto del Alpiste era ingresar como “chicharito”, al mundo del chacoteo sabroso y sin grandes responsabilidades, al lado de los ocho o diez empleados de la sastretería de su papá, personas a las que conocía desde niño, porque el negocio de su padre siempre estuvo en la misma casa del abuelo donde vivía.

Él sabía que ahí se la iba a pasar a todo dar, oyendo las radionovelas de la *Doctora corazón* o de *El ojo de vidrio*; ahí tarareaban todo el día las canciones de Los Panchos, Los Tecolines, Los Dandys; además escuchaba las pláticas de las aventuras amorosas de aquellos muchachos, que incluían comentarios de los abrazos, besos y cachondeos que se daban con sus novias, por alguno de los rincones oscuros de las calles de la colonia o de cómo les había ido en sus partidos de fútbol, en los campos que estaban cerca del Panteón de Dolores, en lo que luego se convirtió en la Segunda Sección del Bosque de Chapultepec.

Mientras eso ocurría en el día a día, él se emocionaba cuando lo mandaban a traer teleras para hacer las tortas de queso de puerco o jamón, aderezadas con crema que vendía doña Teresita en la tienda de la esquina, en pequeñas porciones empaquetadas sobre papel de estraza, cebolla cruda cortada en rebanaditas

muy finas, jitomate y ricas rajitas verdes en vinagre, que sacaba a cucharadas de un perol de cristal que tenía sobre el refrigerador que servía de vitrina, donde se veían los litros de leche en botellas de cristal, quesos, mantequilla, rollos de jamón, salchichas y algunas cervezas; la longaniza y el chorizo los tenía colgados junto con unas cintas de papel engomado en donde se quedaban pegadas las moscas que eran atraídas por los olores de todo lo que se vendía. Eso le parecía fascinante porque los muchachos le disparaban su refresco de preferencia, que por aquellos años podía ser una Coca Cola chica, un Mister Q, una Lulú o un Jarrito.

Para tener claridad sobre la resolución de esa encrucijada de su vida, a mediados de aquel mayo de Semana Santa, el Alpiste esperó la llegada de su abuelo, quien había ido a visitar a su compadre a Tlapala, el pueblito vaquero que estaba adelante de Chalco, y cuando estuvo de regreso subió a verlo para platicar con él sobre lo que estaba pensando hacer.

Como el abuelo Juan admiraba a su yerno Luis, por haberse hecho de su negocio, tener tantos clientes pilotos aviadores y haberse ganado sus buenos centavos, que incluso le alcanzaron para construir la casita de fin de semana en Cuautla, entonces le dijo que aprender el oficio de su padre era algo que siempre le iba a dar para comer, así que no veía mal que él fuera sastre civil y militar.

Como los tíos del Alpiste, Enrique y Carlos, ya habían dejado la escuela y estaban trabajando con don Juan en la General Motors, pues no lo desanimó en su decisión de no regresar a la escuela. Así, de paso, su papá ya no seguiría gastando en balde en colegiaturas; pero eso sí, le dijo que, desde tempranito, igual que su papá, todos los días se levantara a trabajar, y ahí en el taller

ponerles buen ejemplo al resto de los trabajadores con su puntualidad y obediencia; por otra parte, le dijo que del sueldo que recibiera semanalmente, siempre le diera a su mamá la mitad para el gasto, para que así aprendiera a hacerse hombrecito.

¡Vaya que la opinión del abuelo Juan pesaba sobre la de Luis!, así que con esos argumentos, el Alpiste siguió los mismos pasos de su hermano el Cacahuate, que en un acto de audacia, después de tres años de estar en el taller de su papá, a los 17 años, ya había ahorrado para poner su propia sastrería en un local que rentó en la avenida Sonora, en el corazón de la colonia Condesa, lugar donde, además, se hizo de clientes a algunos artistas de Televisión y hasta se había hecho amigo de León Michel y Los Tariácuris, que vivían a la vuelta, en la calle de Puebla.

De esa manera, a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, cuando ya estaban todos a la mesa, el Alpiste, a sus escasos 13 años, se armó de valor para poner sobre la mesa el tema de discusión y antes de que su padre empezara a leer su *Excelsior*, que le llegaba todos los días por suscripción, en el momento en que su mamá le servía su café negro bien calentito en su gran tazón que nunca perdonaba, al fin se decidió a abrir la boca para que toda la familia pusiera atención sobre lo que él iba a decirle a su padre.

Eso, de por sí, era muy raro para un niño como él, que siempre había sido tan retraído y temeroso, ya que en esa casa más bien siempre fueron sus hermanos mayores quienes echaban relajo durante el desayuno, y sin problema le decían a su papá lo que querían, le platicaban lo que les había pasado con algún cliente, pues Olga, a sus 14 años ya era la secretaria de la sastrería, y el Cacahuate, por su parte, siempre fue echado pa'delante; más bien el Alpiste se había formado una imagen de su padre, como

un ogro, al que había que guardarle respeto y del que había que mantenerse a distancia, sobre todo cuando se enojaba.

Apenas dándole la primera mordida a su gran concha, traída de la panadería Ermita, esa que sigue estando en frente de la Defensores de la República, le dijo a su padre que como no le estaba yendo bien en la escuela, que lo que él realmente quería era quedarse a trabajar en la sastrería, aprender el oficio y luego tener su propio negocio, como su hermano. También le dijo que ya había platicado con su abuelo y que él le había dicho que aprender su oficio era muy bueno, porque con la clientela que tenía siempre le iba ir muy bien.

Realmente Luis no encontraba argumento con el que pudiera convencer al Alpiste de seguir en la escuela, pues tenía todo el antecedente de que desde la primaria había sido bien burro y aunque a él no le pesaba pagar las colegiaturas de la Luis Vives, siempre hubiera querido que alguno de sus hijos llegara a la Universidad, cosa que él con su tercer año de primaria veía como un sueño; desconsoladamente, sin más, tuvo que aprobar la decisión del Alpiste.

Así, la siguiente semana, cuando se reabriera el taller, se incorporaría para ir aprendiendo los gajes del oficio, empezando por sobrehilar los delanteros y traseros de los pantalones, dar vapor a las telas, habilitar pantalones y sacos con los materiales que se requieren para confeccionarlos, aprender a cortar, encuartar pantalones, faldas, chalecos, sacos y abrigos, incluyendo atender a los clientes, enseñándoles los figurines de moda, los muestrarios de telas, los forros, levantarles sus pedidos, tomarles medidas, hacerles su prueba después del primer corte, hasta entregarles sus trajes y uniformes, cosa que le llevaría varios años.

Bueno, pues el Alpiste al fin se vio liberado de aquella tortura que desde niño por fuerza había tenido que soportar, encerrarse durante cuatro o cinco horas en un salón con un grupo de niños que tenían que obedecer en todo lo que les pedía la maestra; copiar lo del pizarrón o hacer operaciones aritméticas, que conforme pasaban los años cada vez eran más difíciles, además de tener que aprenderse de memoria las tablas de multiplicar, todas las historias que venían en los libros, memorizar los nombres de ríos, lagos, mares, capitales y países que les daban en la clase de geografía; luego, lo de biología que incluía todo lo del cuerpo humano, los huesos, el aparato digestivo, el respiratorio y el circulatorio, siguiendo lo de las especies de animales. No, no, no, pues platicado así, creo que el Alpiste sí que tenía razón.

Lo único bueno de la escuela para él había sido la hora de deportes, porque los sacaban del salón y los ponían a hacer calistenia, o la de música, porque los ponían a bailar en caravana la *Marcha de Zacatecas*, que tocaba una de las maestras en una pianola que sólo se abría para esa clase. Obviamente también le gustaba el recreo, que sólo duraba media hora, porque al toque de la campana, inmediatamente cada grupo tenía que formarse en el centro del patio, cada quien tomando su distancia, para que en cosa de cinco a diez minutos, marchando en filas en “perfecto orden”, se fueran yendo por los pasillos y escaleras hacia sus salones y a seguirle con otras dos o tres horas de clases según estuvieran en primero, segundo, tercero, cuarto, quinto o sexto grados. ¡Qué flojera! Luego, los permisos para ir al baño eran muy limitados y a discreción de la maestra; si presentía que lo único que quería el chamaco era salirse para no tomar la clase,

entonces el permiso se le negaba y tenía que regresarse a su lugar con posibles consecuencias fatales.

La verdad es que, ya pasado el tiempo, el Alpiste reconoce que fue muy pendejo al haberse salido de aquella escuela tan interesante; pues ni aprendió tan bien la sastrería, y con el tiempo se le fue acabando la clientela que heredó de su papá, la mayoría de las compañías aéreas quebraron o desaparecieron y las nuevas, desde hace mucho compran sus uniformes ya maquilados por talla; luego ni se hizo rico como su hermano el Cacahuate, quien tiene su casota en El Pedregal y todo el tiempo anda de viaje por el mundo.

El Alpiste llega a la Cerrada de Plata

La primavera besaba
suavemente la arboleda,
y el verde nuevo brotaba
como una verde humareda.

Las nubes iban pasando
sobre el campo juvenil...
Yo vi en las hojas temblando
las frescas lluvias de abril.

“La primavera besaba”,
ANTONIO MACHADO RUIZ (1917)

MIENTRAS EL ALPISTE VIVIÓ en la casa de su abuelo, sus papás nunca lo dejaron salir a jugar con los niños de la calle, lo más que podía hacer era mirarlos por la ventana de la sastrería; sus salidas eran sólo para ir por algún mandado a las tiendas, a la panadería y a la tlapalería que estaban en Victoriano Cepeda o a la farmacia y a la botica, que estaban en Jesús A. Flores, a dos cuadas.

Cuando a los trece años decidió abandonar sus estudios de secundaria en la Luis Vives, se incorporó de tiempo completo a trabajar como chicharito en la sastrería; por esa razón su mundo



Alex, el Pve y el Niño Swain.

de los mandados se amplió para ir a las casas de los pantaloneros o los saqueros que vivían por el rumbo de Tacubaya; aun así, conservó su distancia social con los adolescentes de la calle, que hasta le hacían burla cuando lo veían salir y él hacía como que no los escuchaba.

Acompañando al Vejigo al centro, aprendió dónde estaban las casas de casimires y materiales de habilitación para las prendas que encargaban los clientes. El Niño Swain, hermano mayor del Vejigo, lo llevaba en sus hombros a la COVE, esa gran fábrica de vestuario y equipo que, del otro lado de la vía, todas las mañanas tocaba un silbato que se escuchaba al veinte para las ocho por todas las colonias cercanas donde vivían sus trabajadores. Iban a recoger viseras y palas con insignias y escudos bordados en hilo de oro para los pilotos aviadores de la Fuerza Aérea Mexicana, clientes de la sastrería, porque el jefe de bordadores era don Alfonso Swain, amigo de Luis.

El Alpiste se acuerda que cuando el señor se jubiló, Chayito, la hija mayor de los Swain, había aprendido a bordar magistralmente: cada año que el presidente de la República salía al balcón a dar el Grito de Independencia, iba con la banda bordada resaltando el águila parada sobre un nopal devorando una serpiente; cruzada sobre el pecho del primer mandatario, todos los vecinos sabían que esa banda había sido bordada por la señorita Swain; eso siempre fue una distinción para la colonia Observatorio, porque sabían que ella vivía en General Plata 88 y que el respetable don Alfonso, aunque ya estuviera retirado, seguía siendo el experto reconocido por todos.

Al poco tiempo el Alpiste aprendió a hacer todo tipo de mandados yendo solo al centro, tomando el Gelati o el Madere-

ros en la esquina de Observatorio; eso le permitió conocer más a fondo a los tenderos de las diferentes tiendas, como los de Casimires Llanes, Casa Cuesta, Casimires Puig, entre otros, que hasta la fecha siguen en Isabel la Católica, entre 16 de Septiembre y Tacuba; en Palma estaba “La Greta”, tienda de cierres y botones; poco más adelante, hacia el mercado de La Lagunilla, estaban y siguen ahí las tiendas especializadas en máquinas de coser, a donde iba por bandas, bobinas y agujas.

Ese fue el nuevo mundo que el Alpiste empezó a conocer, además de trabajar cercanamente a su padre, sus empleados y clientes, que todo el día llegaban para escoger telas y modelos para sus trajes y uniformes, a hacerse la primera prueba de sus sacos y abrigos o a recoger su ropa ya terminada; parecía simple, pero para él era el conjunto de aprendizajes que tenía que ir dominando como parte del oficio de un maestro, porque en el futuro lejano se veía haciéndose cargo y hasta heredando el negocio de su padre; atender a los clientes sólo lo hacía su padre, así que era algo imposible para los demás empleados.

Otra de las cosas fue que, por ser el recién llegado, le tocaba barrer dos veces al día el taller, limpiar el piso del despacho, sobrehilar a mano los delanteros y traseros de los pantalones que cortaba su papá, además de darle vapor a las telas para eliminar el lustro y para que encogieran de una vez y no después de la prueba; también le tocaba hilvanarlas; todo eso era previo a llevar a cabo el corte final, para dárselo a los saqueros para la costura definitiva.

Esa fue la chamba del Alpiste de ahí en adelante; también, poco a poco fue aprendiendo a hacer pantalones, y conforme fue creciendo, en ausencia de su padre, empezó a atender personal-

mente a los clientes, mostrándoles los figurines, los muestrarios de telas, darles los precios, tomarles medidas, citarlos para su prueba, probarles y entregarles o incluso llevarles sus trajes a domicilio; fue tan bueno en eso, que a veces preferían que fuera él quien los atendiera en lugar de su papá.

Lo importante fue que cuando el Alpiste estaba a punto de cumplir 15 años, su papá empezó a construir con el maestro Concho su nueva casa en la cerrada de General Plata, y para inicios de noviembre de 1961 estaba a punto de quedar lista para cambiarse con todo y la sastrería. La duda de don Luis era si su clientela dejaría de ir a buscarlo una cuadra más arriba, por eso la estrategia durante medio año fue dejar a Fernando, uno de los pantaloneros de confianza, en Calderón con todo y su máquina, para que él les dijera a dónde se había cambiado, que en realidad no tenía mayor complicación, pues simplemente era atravesarse del otro lado de la avenida Observatorio, subir una cuadra y en la primera cerradita dar vuelta a la izquierda y después del árbol que estaba a media calle, vería una casa nueva con fachada de mosaico veneciano y la ventana del taller abierta.

Así fue como procedió y cuando veía que el cliente tenía duda, de plano hasta se subía a su coche y lo encaminaba hasta la esquina de la cerrada para enseñarle la casa. Ya en la sastrería, el lugar favorito del Alpiste para hilvanar fue sentado sobre la mesa de planchar, justo en el extremo donde estaba la ventana que daba a la calle; desde ahí empezó a ver pasar a todas las personas que entraban y salían del callejón. No faltaban las señoras que iban a su mandado y tenían la educación de saludarlo; luego, algunos de los muchachos que ni trabajaban ni estudiaban (ninis), pasaban



El callejón del Alpiste.

cerca de la ventana y se metían a la casa de Fito, que estaba terminando su carrera de medicina en la UNAM.

Otros venían de la imprenta del señor Linares, que estaba del otro lado de la avenida y caminaban por la acera de enfrente para ir a comer a su casa del fondo; esos eran Bernabé, Ramón, Esteban y su cuñado Lino; casi a la misma hora, viniendo de la Bumex, pasaban la Tellos y Lolita, que venían a comer a su casa, en la vivienda de atrás de la del Beso, donde las estaba esperando su papá el Panzón, que era cuate de todos los muchachos; su otra hija, que era militar, llegaba hasta la tarde y siempre pasaba uniformada.

No pasaron muchos días para que Memo y el Alpiste se hicieran cuates; entonces apenas daban las siete de la noche y se veían ahí afuera para empezar a platicar de las chavas y de cómo se les podía llegar, para que aceptaran ser sus amiguitas o incluso sus novias. Memo, que era medio carita, tenía de novia a Chela; ella vivía más hacia el fondo del callejón, pero a cada rato terminaban y luego volvían. El Alpiste, que por la noche se subía a su azotea para ver desde ahí la ciudad iluminada, una vez se dio cuenta que por la azotea de la vecindad que colindaba por atrás con su casa, el Memo se pasaba desde su casa hasta la de Chela y ahí a escondidas de doña Romana echaban novio.

Al poco tiempo, el Alpiste se encontró a Chela cuando iba por un mandado a una vecindad que estaba por Camino Real de Toluca, subiendo hacia Santa Fe y, sabiendo que había terminado con Memo días antes, le ofreció acompañarla; para él era algo muy emocionante, porque nunca antes había platicado a solas con alguna chica y la verdad que esa caminata por donde estaban las obras del Periférico fue algo colosal, pero además pensó que

como ella estaba libre de su compromiso amoroso, pues posiblemente le podría interesar ser su novia.

Entonces, mientras el Memo se iba a ver a Rosa, una chica muy bonita que acababa de regresar de Estados Unidos y vivía del otro lado de la avenida, él se iba por allá al fondo del callejón y en cuanto se asomaba Chela por alguna de sus ventanas, éste le buscaba la plática; así pasaron algunas noches, hasta que la vio salir a comprar algo a la esquina y él que se le pega para acompañarla; ya de regreso, antes de llegar a su casa, ahí sobre la banqueta de la casa de Corona donde estaban los pinos, que se le declara; o decepción, Chela lo rechazó; le dijo que ella al único que quería era a Memo.

A sus 15 años, fue la primer gran decepción del Alpiste; él dice que, durante tres o cuatro días, todas las noches, después de terminar de trabajar, se subía a su azotea a llorar y, de plano, una vez se sentía tan mal correspondido que llegó a pensar en echarse de cabeza al terreno de su tía Beta, que estaba a un lado, sin embargo nunca tuvo el valor suficiente como para concretar ese impulso; me comentó también que ella acababa de morir hace unos días.

Pasaron algunas semanas y fue tratando y conociendo a más chicas. Gloria, la hermana del Ruso Estrada, vino del otro lado de la avenida a una fiesta que organizaron las Covarrubias Garcés; Memo, que conocía a todas desde que era muy chico, invitó al Alpiste; como había musiquita para bailar, pues el Alpiste que le pide la pieza a Gloria y aunque no pasó nada del otro mundo porque los adultos no permitían bailar de cachetito, lo que sí ocurrió fue que quedó con ella de verse el domingo en la matiné del Ermita, y pues ahí se sacó el clavo que traía enterrado de Chela y que tiene la primer novia de su vida; esa chica güerita, de ojos

verdes y un cuerpo muy desarrollado, fue con la que se dio su primer beso.

Sin embargo, aunque Chela pronto pasó al olvido, él dejó de interesarse en profundizar la relación con Gloria y dejó de cruzarse la calle para ir a verla, porque en realidad a él le había gustado mucho la más chica de las Covarrubias, a la que, por estar tan bonita, le decían la Rorra. Como ella vivía casi enfrente de su casa, apenas la veía salir y sentado desde su lugar de trabajo en la ventana de la sastrería, entre puntada y puntada, la saludaba, y por las miradas que le echaba, no se sentía tan mal correspondido; entonces, apenas tuvo oportunidad, una noche se puso a platicar con ella, parado abajo de la ventanita de su casa que daba al callejón, ni tarde ni perezoso que se le declara y pa'luego es tarde, que ella inmediatamente le da el sí, pensando que no quería que se lo ganaran porque sabía que ya andaban entradas con él otras chicas de la cerrada.

Así, de un momento para otro, ya tenía a la novia más bonita del callejón y para él solito. La veía tan bonita, que aunque salía a verla todas las noches un ratito y platicaban de todo un poco, siempre se le hizo difícil acercársele para darle un beso, al grado que pasada una semana, la Rorra, que seguramente lo consultó con sus hermanas más grandes, que termina con él y éste tuvo que reconocer que había sido muy güey; la verdad es que el Alpiste todavía arrastraba los fantasmas de las inseguridades que había forjado durante sus primeros quince años, habiéndose sometido a las estrictas reglas de la casa de su abuelo.

Sin embargo, su hermana Olga, que era su promotora entre las nuevas vecinas, le pasaba los tips de las que andaban entradas con él, y apenas pasada una semana, ya tenía el campo preparado

para hablarle a Blanca, pero en ese caso, la que se vio lenta fue ella, pues, de acuerdo con las costumbres de aquellos años, decían entre las muchachas que dar el sí de inmediato no era bien visto, así que cuando el Alpiste se le declaró un jueves por la noche, a ella se le ocurrió decirle que le contestaría el lunes siguiente.

Lo cierto es que el Alpiste, más que querer con Blanca, lo que quería en ese momento era saber qué se sentía tener novia, pero, además, corresponderle a su hermana Olga, porque ella ya se había hecho muy amiga, hasta de doña Alicia, la mamá de Blanca; eso implicaba que una vez dado el sí, pues él tenía que hablar con los papás para pedirles permiso de ir a ver a su hija en calidad de novio.

Bueno, pues más allá de esas complejidades de la época, uno de los nuevos amigos del Alpiste lo llamó para que lo acompañara a la casa de doña Paulita, la mamá de Manolito y tres niñas que vivían enfrente, al otro lado de Chela; él se entusiasmó porque eso era algo nuevo, ya que nunca se había metido a la casa de nadie en el callejón y el Beso se la pintó como muy fácil, como si fuera su casa.

Entonces el Alpiste se emocionó, pero como no estaba su mamá, María Eugenia y Lulú les abrieron la puerta y los pasaron a la sala como si fueran adultos; para el Beso eso fue cosa de rutina, porque ellos al ser vecinos se conocían desde chicos, pero para el Alpiste, que a su casa no entraba nadie sin permiso de su papá, pues era una experiencia nueva y fascinante.

Al traspasar la puerta del zaguán vio que al fondo del patio había un ventanal donde estaba el comedor, pero a la derecha, de inmediato, estaba otra puerta de herrería negra con vidrios que daba a la sala; eso sí que fue apantallador para el Alpiste, pues al

entrar se quedó de pie al ver que los sillones eran de piel oscura, con una mesa de centro cuadrada muy grande donde había ceniceros de vidrio cortado y una escultura de bronce de un filósofo griego discutiendo sentado en una escalita frente a un grupo de maestros a los que Lulú, sin que preguntara, le dijo que eran los sofistas, que lo habían condenado a muerte, obligándolo a tomar la cicuta.

Arriba del sillón principal, estaba una pintura con la imagen de un busto masculino que, al quedarse absorto viéndolo, Lulú sin haber cruzado palabra alguna dijo en tono triste: “Ese era mi padre”, pero se murió cuando yo era chiquita.

Ya sentado al lado del Beso, María Eugenia se le acurrucó con mucha confianza, mientras que Lulú se sentó en el sillón individual que estaba a contraluz de la ventana que daba a la calle; ella era bonita y postrada ahí, el Alpiste, sin hablar, no dejaba de voltear a verla, admirando su cabello negro que le caía ensortijado sobre un collar de perlas diminutas, para quedar espesamente reposado en sus hombros.

En el muro, frente al sillón donde se sentó, veía un gran librero de suelo a techo con enciclopedias, obras clásicas que él nunca había leído ni sabido de su existencia, una variedad de libros acomodados en cierto desorden, adornos de mármol y otras pequeñas esculturas de bronce, premios y reconocimientos, como si fuera un despacho de esos que el Alpiste había visitado en los altos de Cinco de Mayo, cuando su papá iba a tomarle medidas a algunos licenciados que trabajaban en el gobierno... y sin mediar pregunta alguna, Lulú continuó comentándole al Alpiste: “Mi papá fue abogado y en los últimos años de su vida escribió esa novela que ves en ese entrepaño del lado derecho”.

Mientras el Beso y Eugenia jugueteaban como si ella tuviera mucho frío, haciéndose cosquillas y repegándose uno contra el otro, Lulú se levantó y puso en las manos del Alpiste la novela de su padre: “Si quieres te la presto, pero la lees y cuando la termines vienes y platicamos sobre sus personajes; es como si fuera parte de su vida cuando fue jovencito”.

Ese fue el primer y único libro completo que leyó el Alpiste; lo hizo con tal de regresar a platicar con esa chica bonita que le pareció muy interesante. En ese entonces, Lulú iba a la secundaria del Instituto Luis Vives, igual que el Beso; entonces para el Alpiste esa plática era como si estuviera en la Universidad, porque ella le hablaba de los personajes de la mitología griega y de los Césares de Roma, pero por más que quería entablar una plática congruente al respecto, la verdad es que no daba una; sin embargo, a ella eso no le importó, porque estaba improntada con ese jovencito de cuerpo esbelto, espaldas anchas y hombros redondeados que alcanzaba el 1.72 de estatura; además vestía con pantalones de casimir muy pegaditos y traía zapatos puntiagudos al estilo italiano de la época; él no sabía, pero en ese momento ya se lo andaban disputando algunas de las chicas de la cerrada y de la vecindad, que además se traían pleitos desde que eran más chicas, y Lulú, con todo y su parafernalia de intelectualidad, no escapaba a esos pleitos.

Efectivamente, ella, aunque parecía estar fuera de esa competencia, porque bien que se daba su taco, era una más de esas chicas de entre 14 y 15 años que estaban en la edad de la punzada, en la que su cuerpo era de mujer, pero en realidad eran niñas púber, que se la pasaban construyendo castillitos en el aire con cualquier pelafustán que llegaba por allí con súeter de César

Costa y copete de Lalo Carrión, además de que al Alpiste lo consideraban como el riquillo del callejón, por estar estrenando casa con fachada de mosaico veneciano y ventanas tubulares; la verdad es que él era un escuinclé caguengue, como cualquier otro del callejón.

Finalmente, el Alpiste se engatusó con Lulú y al paso de unas cuantas tardes de visitarla, entabló una primera etapa de noviazgo que duró tres meses, por lo que diario en la tarde, saliendo de la sastrería, se iba a su casita de las del fondo, para pasársela hasta cerca de las diez de la noche con ella, ahí sentado en aquella sala tan elegante, con su primera novia formal.

Él se sentía como Memo, el que había sido novio de su hermana Olga, un muchacho muy trajeado que lo invitaba, junto con su hermana cada último viernes de mes, a escuchar misa a la iglesia de San Felipe, la que está a un lado de la Torre Latinoamericana, luego de ahí los llevaba al Súper Leche o a El Moro, que estaban a la vuelta, sobre San Juan de Letrán. El Alpiste no sabe cómo le hacía aquel muchacho, pero a él le encantaba que le disparara su malteada con enchiladas suizas o un chocolate mexicano con churros recién salidos del gran perol, que desde el aparador se veía cómo los hacían.

Regresando al primer noviazgo del Alpiste, Paulita, que era muy buena persona, pero con los problemas propios de resolver la subsistencia de las cuatro boquitas que le había heredado su esposo don Manuel Llamosa, aun así, con mucho cariño, siempre le ofrecía un cafecito o preparaba peneques para cenar, de tal manera que él no se podía quejar de malos tratos.

Como el albacea de la familia no pudo resolver favorablemente el juicio de la pensión vitalicia que había entablado contra



Templo de San Felipe de Jesús.

el Amacuzac, empresa donde trabajó el licenciado Llamosa por varios años, doña Paulita se vio forzada a mandar a Lulú a terminar su secundaria a su pueblo natal, donde sobrevivían sus hermanos, que tenían unas tierritas cerca del Molino de Capulhuac, reliquia colonial que lleva ahí casi cinco siglos, actualmente considerado Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Se trataba de un pueblito muy pintoresco de cuatro mil habitantes, vecino de Metepec. Lulú encontró ahí un ambiente que le favoreció mucho, porque siendo blanca, de pelo negro, cejas activas, bonita de cara y cuerpo bien desarrollado, los muchachos de la escuela se la pasaban pretendiéndola; uno de ellos logró que su papá, siendo síndico del ayuntamiento, la propusiera para ir como reina del carro alegórico del municipio; para no hacerla de cuento largo, de la noche a la mañana a Lulú se le olvidó el Alpiste, y sin más trámite que se hace novia del Lagartijo.

Todo eso sucedía mientras el Alpiste en la capital juntaba su dinerito para ir a ver a su novia; en el callejón, otra Olga, la hermana mayor de Memo Estañol, había sido madrina de primera comunión de Lulú, así que un domingo se preparó para ir a verla, entonces Memo y el Alpiste se le pegaron; ese día tomaron el camión que subía por Observatorio con dirección a Toluca y tantito antes de Lerma se bajaron para tomar otro camión que los metió rumbo a Capulhuac, que estaba poco antes de llegar a San Mateo Atenco. En ese entonces todos eran pueblitos bien separados unos de otros

El Alpiste sin saber lo que estaba pasando en Capulhuac, no se pudo explicar cómo en apenas tres semanas, Lulú ya se había olvidado del amor que le había jurado para toda la vida. Cuando se apareció en el pueblo, la niña ni siquiera lo saludó; pasó toda la



Iglesia de Capulhuac.

mañana y tarde y nunca le dio oportunidad de que se le acercara; cuando él lo intentaba, ella se esfumaba o se iba hacia la cocina, donde estaban sus tías echando tortillas; él se dio cuenta que algo andaba raro, pero en ese momento no sabía exactamente qué.

De pura decepción, ese día el Alpiste se fumó 33 cigarros Fiesta, de esos que costaban un peso con veinte centavos la cajetilla, uno tras otro y aunque le pidió a Olga que intercediera para ver qué se traía Lulú, eso no importó, ella se mantuvo hermética y firme en su decisión de desanimar al pobre del Alpiste, que tan ilusionado se la había pasado ahorrando para su viaje; dice que se acordaba de la tragedia que por aquellos años cantaba César Costa: “Me fui de viaje solo a ver si así, tú me querías como yo a ti”.

A su regreso y pasados algunos días, el Alpiste entendió que ese noviazgo se había terminado. Obviamente, Paulita sabía qué había pasado allá en Capulhuac, porque conocía cómo era de voluble su muchachita para eso de los sentimientos, pero nunca dio detalles, sin embargo, en una ocasión que se lo encontró en la calle, le pidió disculpas por lo que le había hecho su hija, pero para su consuelo le agregó que él siempre iba a ser bien recibido en su casa, que sus puertas estaban abiertas.

El Alpiste se vuelve Caifán

Brindo por la mujer, mas no por esa
en la que hayáis consuelo en la tristeza
rescoldo del placer ¡Desventurados!;
no por esa que os brinda sus hechizos
cuando besáis sus rizos
artificialmente perfumados.

Yo no brindo por ella, compañeros,
siento por esta vez no complaceros;
brindo por la Mujer, ¡pero por Una!
por la que me brindó sus embelesos
y me envolvió en sus besos:
por la mujer que me meció en la cuna.

Por la mujer que me enseñó de niño
lo que vale el cariño
exquisito, profundo y verdadero;
por la mujer que me arrulló en sus brazos
y que me dio en pedazos,
uno por uno, el corazón entero.

¡Por mi Madre bohemios!

Por la anciana que piensa en el mañana,
como en algo muy dulce y muy deseado;
porque sueña tal vez, que mi destino
me señala el camino
por el que volveré muy pronto a su lado.

“El brindis del bohemio”,
GUILLERMO AGUIRRE Y FIERRO (1942)

EL ALPISTE, A SUS ESCASOS QUINCE AÑOS, había sumado sus primeras tres decepciones amorosas; la primera con la Rorra, la segunda con Chela y la tercera con Lulú; entonces, a partir de ese momento, mejor decidió juntarse con el Beso, Mario, Bernabé, Carlos y Fito, los caifanes de la palomilla; ellos lo incorporaron sin mayor trámite a los equipos que formaban por la tarde para jugar unas cascaritas de soccer o de americano, para luego echarse sus refrescos en la tienda de la esquina o en la nevería y pasársela vacilando hasta que se hiciera de noche.

Los que ya eran más vagos se la seguían en el Club de la vecindad, donde podían “chupar” hasta avanzada la noche, sin problema de ser “agandallados por la chota”. De alguna manera, al lado de esos nuevos amigos, el Alpiste se empezó a sentir más seguro de sí mismo, no sólo pasando de su adolescencia inocente a la juventud, sino a volverse hombre hecho y derecho.

El Alpiste supo que ahora pertenecía a una pandilla que era reconocida por otras y que tenía sus buenas historias en la colonia, por eso era respetada por las demás, incluso por las que tenían su negra fama; de vez en cuando, se armaban brocas porque habían molestado a alguien del callejón en otras calles, y entonces se juntaban hasta 30 pelafustanes para ir a las cerradas de más arriba o a las calles de enfrente, a buscar a los que le habían hecho algo a alguno de sus cuates o a sus chicas. Así fue como él empezó a forjarse como uno de los nuevos “rebeldes sin causa”, de los malditos, renunciando a seguir siendo el chico tímido que había llegado de Calderón, muy apegado a lo que sólo su papá le permitía hacer.

Aun así, las noticias de Lulú seguían llegando de vez en cuando, porque Memo iba a Capulhuac con su hermana Olga,

quien aprovechando el viaje, a escondidas de sus papás, se quedaba de ver con el Flaco en la esquina de Observatorio, por donde subía el camión, y ya llegando al pueblo, ellos jalaban para los jardines del Molino, mientras Memo se iba con el Tom al desfile de comparsas y carros alegóricos, donde su prima Lulú apareció ya como la reina del Carnaval, gracias a las influencias del papá del Lagartijo.

Como el Tom tenía muchos amigos, luego del desfile se llevó a Memo al rodeo, para ver cómo los chamacos toreaban a los becerritos y a comer tacos de barbacoa y unas garnachas kilométricas que le fiaban, porque su papá era regidor de las celebraciones; esos súper almuerzos se los bajaban con agua de chía, que era la especialidad del pueblo.

Ya para la tarde, la gran sorpresa fue que Lulú, transformada en la Sonia López de Capulhuac, muy audazmente apareció cantando: “El rinconcito que dejaste abandonado, no lo he llenado porque sé que volverás”; eso lo hacía acompañada de un grupo tropical improvisado que la hacía de la Sonora Santanera. La verdad, ese surrealismo sólo se podía dar en aquel pueblito mexicano de los años sesenta y el Alpiste tuvo que asimilarlo con la buena filosofía popular que iba aprendiendo, poco a poco, del entorno cultural que dominaba en el callejón, en los grandes años del rock and roll.

Lo mejor para el Alpiste estaba por venir; el último viernes de enero de cada año, los vecinos de la vecindad y la cerrada organizaban una excursión para celebrar una misa en las faldas del Nevado de Toluca, donde en 1957 habían muerto varios jóvenes y niños de la colonia, entre los que iban varios de sus familiares, cuando el camión en el que bajaban del cráter del Xinantécatl,



Panorámica de Capulhuac.

por lo lodoso del terreno, se desbarrancó por un desfiladero muy profundo yéndose hasta el fondo.

Esa fue la primera excursión a la que fue el Alpiste con sus cuates; su papá le dio permiso porque poco a poco había conocido a los muchachos con quienes se juntaba su hijo; entre ellos estaba el Negro, un jovencito de 14 años que ya estudiaba en la Prepa y según él era muy marxista; a diferencia del resto de los demás, mientras afuera todos estaban jugando un tochito, él, con sus lentes de botella, se metía a la sastrería con unos libros de economía política, que en ese entonces sólo se conseguían en la embajada rusa y se ponía a discutir con don Luis sobre la burguesía, el proletariado, la lucha de clases y la explotación capitalista de los trabajadores; el chamaco se las daba de conocedor de las revoluciones francesa, rusa y cubana, que acababa de darse en 1958 con Fidel Castro y el Che Guevara.

A don Luis le encantaba discutir con ese jovencito; mientras echaba sus puntadas o cortaba sobre su mesa los trajes que le encargaban sus clientes, le rebatía sobre la posibilidad de que en México pudiera darse una revolución socialista, porque decía que nosotros ya habíamos tenido nuestra propia revolución surgida de los movimientos campesinos, obreros y populares que eran los que elegían cada seis años a su presidente, evitando la reelección, como en los tiempos de don Porfirio.

El Alpiste se emocionaba de escucharlos, pero ni se metía en la discusión, nada más veía cómo su amigo, siendo tan chico, podía sostener una conversación tan elevada con su papá; pero además, sabiendo que él vivía en la vecindad y proviniendo de una familia tan humilde; vaya que para el papá del Alpiste ese chamaco



Cráter del Nevado de Toluca.

estaba muy bien preparado, y lo más importante es que era el tipo de nuevos amigos con los que su hijo se iba a ir a la excursión.

¡Qué emocionante! Llegó el domingo y a las siete de la mañana se empezaron a juntar todos los muchachos y muchachas de la cerrada y la vecindad, pero también los papás, tíos y hermanos de aquellos jóvenes y niños que, lamentablemente, habían muerto en aquel trágico accidente cinco años atrás.

Poco más al rato llegó el Güero con su camión escolar; él mismo lo manejaba para llevarlos al Nevado de Toluca y se los alquilaba barato porque conocía muy bien a las familias desde el accidente, porque él alcanzó a pasar por ahí mismo con su camión, y junto con sus pasajeros ayudaron al rescate y con los primeros auxilios.

Así pues, para las ocho de la mañana ya estaban todos arriba y salían en dirección del kilómetro 13, para de ahí seguir por la peligrosa carretera de dos carriles y llena de curvas hacia Toluca; pero eso sí, llegando a La Marquesa, se detenían para que bajaran a desayunarse unos ricos atolitos, quesadillas y todo tipo de garnachas, además de que algunos de los chicos ya habían empezado a echarse unos traguitos de la botella que llevaban preparada Marco y el Muerto, los que trabajaban en la fábrica de vidrio que estuvo muchos años en la esquina de Constituyentes y Ferrocarril de Cuernavaca, donde después construyeron el museo Papalote, para diversión de los niños.

Lo nuevo para el Alpiste fue que, al llegar a La Marquesa, el Negro empezó a pedir la cooperación para las botellas de Mosquito, una bebida embriagante bastante dulce, a la cual, los más experimentados en la tomadera, le agregaban chorritos de ron blanco, para que fuera tomando cuerpo; de hecho, algunos de los

tíos y amigos del Alpiste, incluyendo al Negro, ya se la habían pasado tomando desde la noche anterior, así que ya venían medio jalados, curándose con cervezas.

El problema era que, en la vecindad, además del Chirrisquis, que ya andaba en las últimas, algunos de los papás de la vecindad o de los del callejón, como el Panzón y el Charolas, le tupían sabroso desde hacía varios años, así que no sólo no les prohibían, sino que los animaban a brindar en la esquina con ellos, cuando coincidían en la entrada al callejón.

Una vez todos arriba de nuevo, el Güero, que los consentía como si fueran sus hermanitos, siguió hacia el Nevado; la “cantadera” era otra de las cosas comunes a lo largo de todo el viaje; a los que les gustaba cantar o se sentían tocados por las canciones de la época, se iban al fondo con los de las guitarras y se la pasaban tarareando y pegando gritos, tratando de emular a Jorge Negrete o a Pedro Infante, que seguían siendo de los más sonados en las estaciones rancheras de la radio. “Yó soy de San Luis Potosí” o “Amorcito corazón, yo tengo tentación de un beso”.

El Beso, Mario, Carlos, el Negro y otros más, comparían de trago en trago la botella de Mosquito que acababan de comprar con todo y su debido aderezo; el Alpiste, que quería ser considerado parte del grupo, no podía echarse para atrás. Así fue como se inició la aventura de la excursión, que incluía tomar al parejo de sus cuates, a los que no les podía fallar, porque los admiraba; el hecho de que fueran estudiantes de la vocacional o de la Prepa, era para él un signo de prestigio y superioridad, ya que los empleados de la sastrería, que habían sido su referencia de jóvenes con quienes aprendió a alburear, a pesar de ser mayores que sus nuevos amigos de la cerrada, ni la primaria habían terminado.

Llegando allá arriba medio mareado, el reto para el Alpiste fue empezar a subir, porque desde que ocurrió aquel accidente, el camión se quedaba en Cajones, última comunidad que estaba en las faldas del volcán antes de llegar al cráter; ahí los mayores hacían labor social, llevando ropa y cobijas que habían recolectado en toda la colonia, además de juguetes para los niños.

La verdad es que algunos de los muchachos, ya medio pasados de alcohol, ni se bajaban del camión; preferían seguir tomando, pero la mayoría, después de sentirse como el papa Pío XII, emprendían la subida, porque el padre que venía de una iglesia de Toluca, empezaba la misa justo en el lugar donde se había desbarrancado el camión; eso sí se puso medio dramático, porque ya estando allá arriba, el Titón se soltó a llorar, al recordar cómo la habían pasado él, su novia y su primo el Chacho, que habían sobrevivido al accidente, a pesar de haber ido a dar hasta el fondo de la barranca, después de las cuatro maromas que dio el camión; en cambio, sus respectivas novias no salieron con vida.

En ese momento, el Alpiste entendió el significado de esa excursión y de lo que para ellos era el Club de Alpinismo que estaba en aquel modesto cuarto de la vecindad, con los retratos de los que ahí murieron; ese lugar donde le permitían juntarse con varios de ellos para escuchar música y jugar póker, tomándose unas cubitas que preparaba la mamá de sus amiguitas Laura y Lulú en una olla de peltre que al final se la regresaban.

Dos, tres meses después de esa excursión, venía la otra gran excursión que era la de Las Estacas. En aquel entonces ese lugar era como un paraíso tropical, porque a lo largo de un kilómetro, empezando por el borbollón, se podían meter a nadar en aguas muy cristalinas con pececitos, algas y paisajes submarinos para



El Alpiste y sus cuates en Las Estacas.

bucear, por la cuota mínima de 10 pesos; el Alpiste y sus cuates se daban ese lujo que difícilmente alguien en el mundo se lo podía dar; era tal la belleza del paisaje, que poco más adelante, ahí se filmaron varios capítulos de Tarzán, que luego se pasaron por televisión.

El problema fue que, en su primera ida a Las Estacas, el Alpiste iba tocado por sus fracasos amorosos y durante la primera parte del viaje se pegó a la bota de menjurjes que sus cuates habían preparado y por su novatez, sumado a la ausencia de desayuno, esa bebida macabra le pegó como patada de mula, así que cuando llegaron al balneario, sus cuates lo tuvieron que meter cargando, previo acuerdo con los vigilantes de la entrada, de que no lo dejarían meterse a nadar por ningún motivo; lo cierto fue, como él mismo me lo platicó, que lo dejaron tirado durmiendo por un lado del camino que iba hacia el borbollón; el único preocupado por él fue el Vejigo, porque se lo había encargado don Luis, que en ese momento era su patrón.

Ya como a las tres de la tarde, cuando todos se iban a comer a una de las cocinas económicas que estaban afuerita del balneario, el Alpiste empezó a dar señales de vida, pero despertó llorando y dando un espectáculo dramático, diciendo entre sollozos: “Yo la quería Swain, yo la quería”, refiriéndose a Chela, que, para variar, otra vez había vuelto con Memo, después de que éste la había despreciado varias veces para andar con Rosa, la que regresó de Estados Unidos.

Así las cosas, la prima del Alpiste, que había invitado a una amiguita del Banco a esa excursión, para que conociera a su querido primo, pues estaba apenadísima por el espectáculo que éste estaba dando ahí tirado y por la preocupación de que fuera a caer

en el alcoholismo, como le había sucedido a su hermano el Coco, además de que ojalá no se fuera a enterar su padrino Luis, de que este chamaco se había puesto hasta la madre de borracho. La verdad, para Lupita fue una gran decepción que sólo se le quitó con el tiempo, cuando vio que en realidad fue algo que le sucedió a su primo por su inexperiencia.

Entonces eso pasó a la historia, porque nunca más el Alpiste volvió a tomar de esa manera, lo que sí sucedió, fue que Chela se enteró del drama ocurrido en Las Estacas, pero aun así, ella siguió enamorada eternamente de Memo, sin importarle por las que había pasado el Alpiste; lo cierto, yo pienso, es que lo que le pasó fue una reacción subconsciente, por las frustraciones amorosas que acababa de tener y le salieron a flote en un momento en que él, por estar bajo los efectos del alcohol, no tenía control de lo que decía y sentía.

Dice el Alpiste que para él, aquellos primeros cinco años viviendo en la cerrada fueron plenos de aventuras y momentos inolvidables; las fiestas a las que iba acompañado de sus cuates, los domingos de matiné en el Ermita, los bailes sabatinos en la vecindad, las noches admirando la ciudad iluminada desde la azotea del edificio o abajo en la esquina platicando con los amigos que llegaban de sus trabajos, las serenatas que llevaban con su disque trío cantando las de Los Panchos, Los Dandys o Los Hermanos Martínez Gil, y tantos otros de la época que llenaban sus corazones y hacían suspirar a las chicas al pie de sus ventanas.

Por todo eso y muchas cosas más, el Alpiste los consideró los mejores años de su vida, por eso él se resistió a irse de ahí, aunque la mayoría sí lo hizo; unos, prófugos de la pobreza que habían vivido en la vecindad; otros, porque terminaron sus ca-

rreras y compraron casas o departamentos en los nuevos fraccionamientos de la periferia; otros más, porque prosperaron con sus negocios y se fueron a provincia; sólo unos cuantos se quedaron, los que trabajaban en la COVE o en algún negocio cercano; a esos, después les fue llegando su momento final; así le pasó a los que eran los papás de sus amigos, como al Chango, al Gordo, al señor Mario Serrano y al mismo padre del Alpiste.

Hoy ya casi no queda nadie de los que el Alpiste conoció al principio, y los que quedan ya casi ni salen, porque no hay quien los lleve del brazo por la banqueta; además, todo está lleno de coches, hay mucho ruido y contaminación. Memo, su contrincante amoroso, murió hace poco en una silla de ruedas; lo mismo sucedió con Luisito, el que le ponía sus cates al Ratón; Juan Huitrón, el hermano de Blanca, siendo doctor de la Secretaría de Salud, se murió de un infarto el año pasado; igual que Bernabé, el que nunca dejó de ser empleado en la imprenta del señor Linares. Mario y el Negro, sobreviven cada uno, pero lejos del callejón.

Fito, el doctor que se casó con Geña, la hermana del Beso, se murió hace cuatro años, después de haber sido, tal vez sin saberlo o asumirlo, el modelo a seguir de muchos de nosotros. Al Alpiste no se le olvida aquella vez que lo acompañaron a Petatlán a recoger un Ford convertible modelo 52, que su hermano Vicos, el capitán del ejército, le regaló, pero había que ir a recogerlo.

Esa vez fueron su primo Carlos, que le hacía a la mecánica; Memo, Paco el Flaco, que era novio de su hermana Olga con la que se casó; el Vejigo, que trabajaba en la sastrería; el Beso y el Alpiste, en calidad del nuevo amigo a quien todos apreciaban. Esa vez, como casi siempre, llevaban apenas lo justo para sobrevivir los tres días que se iban a tardar en ir y regresar.

Primero tomaron el camión para Acapulco y de ahí, otro de segunda, que iba por Costa Grande para llegar a Petatlán, pueblo que está poco antes de Zihuatanejo, pero el camino después de Pie de la Cuesta era de pura terracería, así que habiendo salido a las seis de la mañana de la terminal que estaba en Doctor Río de la Loza, llegaron a las dos de la mañana de la madrugada del día siguiente y, para variar, Vicos andaba de parranda con unas muchachas de la vida alegre.

A tanto preguntar por Vicos en el cuartel de la zona, un sargento, que era su subordinado, encaminó a Fito al antro donde estaba su hermano, hasta que lo encontró; en buena onda, Vicos no le puso trabas al saber que no llevaban dinero para pagar un cuarto en alguno de los hoteluchos del pueblo, así que le prestó las llaves de su casa, que consistía en dos cuartos abajo y uno en la azotea, y les dijo que se acomodaran allá arriba como pudieran, porque al rato se iba a despachar a una de las trabajadoras sociales con las que estaba bailando.

Así las cosas, Fito salió de ahí con las llaves y entre güijas y lagartijas se fueron a dormir; como todos eran jóvenes y poco exigentes, entre dos sillones y unas cobijas de soldado que estaban por ahí arrumbadas, se acomodaron como pudieron y a roncar, porque venían bien cansados; luego, como a eso de las cuatro de la madrugada, escucharon que Vicos llegaba y efectivamente llevaba una dama del gremio de la “vida fácil”, y tanto el Vejigo como el Flaco, que eran más grandecitos, querían ver si Vicos les convidaba un taco; obviamente se quedaron con las ganas porque no traían para pagar la ficha.

Al otro día, apenas como a las ocho de la mañana, Vicos ya estaba firmes, porque se tenía que presentar con su mayor para

pasar revista y entregar su informe de los hechos acaecidos en la zona (roja) durante la noche anterior; por eso despertó a Fito, que estaba en la “quinta de Beethoven”, pero con la emoción de que su hermano le iba a entregar su coche, se levantó junto con Carlos, para que fueran a ver cómo funcionaba el coche, cómo se prendía y en qué condiciones estaba.

Antes de irse Vicos a trabajar, Fito le dijo que tenían mucha hambre, pero muy poco dinero para regresar a México, y como realmente era a toda madre con su hermano, pues los mandó con una de las marchantas que le fiaban y que todos desayunan “de gorra” bien rico; hasta mojarras fritas y cocteles de ostiones y camarones con quesadillas de charales; el Flaco y el Vejigo, que estaban bien grandotes, dobletearon y hasta se echaron una cervecita de pilón.

Ya con la panza llena, fueron a prender el coche a como Dios les dio a entender, y yendo hacia la carretera, se tuvieron que cooperar para la gasolina y así poder emprender el viaje de regreso sin parar, salvo en Chilpancingo para bajarse a echar un taco; eso sí, durante todo el viaje, el coche trajo problemas de calentamiento, pero entre Carlos y Fito los resolvían dejando que se enfriara el motor cada cien kilómetros y echándole agua con un bote que consiguieron en la gasolinera; a pesar de todo, ese mismo día llegaron al callejón a las diez de la noche y a partir de ese momento, Fito tuvo coche y Carlos, que en ese entonces ni trabajaba ni estudiaba, se convirtió gratis en su chofer, porque le encantaba manejar; así que él lo llevaba a la Universidad y mientras tomaba clases, él y el Alpiste se dormían con la capota levantada para disfrutar del solecito o ver si alguna universitaria se animaba a dar una vuelta por el circuito, que estaba bien bonito.

Al paso de los años, Carlos, Memo, Genoveva, Lulú y un chico que recogía la basura en el callejón, todos trabajaron durante algún tiempo en la sastrería; eso era para el Alpiste como un reconocimiento, pues su papá les daba trabajo y además de aprender el oficio o convertirse en oficinista del negocio, pues sus familias estaban agradecidas con don Luis, considerándolo como una persona de respeto, mientras el Alpiste era bienvenido en sus casas.

Una era la vida del Alpiste durante el día, trabajando bajo el mandato de su padre, y otra, cuando llegaba la tarde y la hora de salirse con sus cuates; allá en los pinos, se empezaban a juntar desde las seis para fumarse un cigarrito, cosa que casi ninguno podía hacer delante de sus papás; luego empezaban a ponerse de acuerdo para ver a qué jugaban; a veces salían las muchachas y entonces jugaban a las escondidillas; pero más que jugar inocentemente, eso servía para encontrarse con ellas en lo oscuro, detrás de algún coche o de algún zaguán y darse un abracito y a veces hasta un besito, si andaban entradas con alguno de los que las encontraban; luego algunas parejas se hacían novios por unos días y al rato todo terminaba en que seguían siendo amigos.

Así fue como el Alpiste se volvió a hacer novio de Lulú, cuando ella regresó de Capulhuac, porque el Lagartijo la traía asolada y no la dejaba ir ni a la escuela; entonces ahora sí duraron casi un año, viéndose todas las noches en la casa de doña Paulita, en esa sala que parecía despacho. Dice el Beso que desde su zaguán que estaba enfrente, él, Berna y Ramón, se la pasaban echando ojo hacia la ventana, para ver qué tanto hacían, si se enojaban o si se encontentaban; y luego, cuando empezaba el faje.

Cuando el Alpiste tenía 17 años, don Wenses, el hermano de su cuñada Martha, que en ese entonces ya vivía al otro lado de su

casa porque el Cacahuate pudo construir su primera casa, le sacó su licencia de manejo en Toluca, porque era amigo de Hank González; así que a partir de ese momento empezó a manejar el coche de su papá, y entonces invitaba al Beso y a Mario para que lo acompañaran a entregar trajes o a cobrar los abonos de los clientes.

Eso se convirtió en un cúmulo de aventuras, porque con coche lleno de gasolina, se les ocurría de todo; antes que otra cosa, tratar de conquistar a las chicas que se encontraban por la calle; en ese entonces no era tan mal visto que ellas aceptaran subirse al coche de algún muchacho que les ofreciera llevarlas; a veces las invitaban al Paraíso, un *driven car* bien padre, que estaba en el kilómetro 16 de la carretera a Toluca; ahí se tomaban sus medias de seda, mientras disfrutaban del paisaje luminoso de la Ciudad de México; como no llevaban más que el dinero estrictamente necesario, nunca pasaban al salón de baile que era más caro.

Ese tipo de experiencias por vivir fue el detonador para que la relación entre el Alpiste y Lulú terminara, sólo que, en esa segunda ocasión, fue ella quien resentiría la ruptura. Por su parte, él, sediento por conocer ese nuevo mundo de las mujeres y de traer coche, fue determinante para no volver con ella, con todo y que una vez Paulita lo fue a buscar para pedirle que volviera, porque su hija estaba muy desconsolada, aunque él se sintió comprometido al verla tan preocupada, se hizo el fuerte y le dijo que Lulú era muy buena persona, pero que él estaba muy joven para tener un compromiso tan formal. Por el momento, en eso quedó aquel primer noviazgo del Alpiste, ese hecho le dio la libertad para iniciar una etapa de fiestas, bailes, serenatas, viajes por toda la ciudad, novias de un día, una semana o un mes, siempre conta-

bilizando quién lograba tener más durante cada año; todo como parte de competencias informales entre el Beso, Mario, Carlos, Memo y otros más que se las daban de muy caritas.

El Alpiste se acuerda que cuando Mario y el Negro se cambiaron a la Unidad Sears, ubicada a un lado de la colonia Cove, la frecuencia para encontrarse con ellos se fue haciendo más esporádica; igual pasó con Jorge García, Carrasco, Monchis, Fernando y el Chavo, porque de un día para otro tiraron la vecindad y todas sus familias se fueron a donde pudieron. Nunca más volvió a haber bailes como los que se organizaban ahí los sábados y menos las broncas que se armaban contra las otras pandillas que empezaban a molestar a nuestras chavas, broncas que ellas mismas las propiciaban por andarse echando ojitos con aquellos güeyes que se metían para ver qué lograban con ellas.

Por su parte, el Beso, Mario y el Negro se fueron a Santo Tomás o a Ciudad Universitaria, en San Ángel; Fito se recibió de médico, se casó con Geña y se fueron a Vallarta a poner una maternidad. César y Juan terminaron sus carreras y pusieron sus consultorios. A Manolito le fue muy bien en Aurrerá, de tal manera que el Alpiste, después de que heredó la sastrería, se quedó solo echando puntadas en su ventana. Memo y Carlos Estañol trabajaron un tiempo en la COVE, se casaron y ya casi no venían, porque les daba pena que su hermano, el Tiritas, se hubiera dedicado al narcomenudeo en su propia casa. Desde entonces, la cerrada tomó un significado triste y diferente al que tuvo los primeros años cuando llegó el Alpiste; por eso añora encontrarse con los amigos de aquella época; eso explica porqué cuando me vio bajando en mi coche por Observatorio, agitó su mano insistentemente para que me detuviera.

Las aventuras del Alpiste en su Ford 200

iMéxico! iCapital! iLa populosa
ciudad donde orgullosa
ostenta flora su vergel más lindo!
iNo os extrañe si yo por ella brindo,
que es mi ciudad natal,
donde he nacido,
donde la luz del sol he conocido!

“A la Ciudad de México”,
SALVADOR NOVO (1961)

LLEGÓ EL MOMENTO en que don Luis, después de haberse recuperado de los gastos de la construcción de la nueva casa en la cerrada, tres años después se compró un Chevrolet Chevelle 1964, nuevecito, y entonces le heredó al Alpiste definitivamente su Ford 200 modelo 1960, para que siguiera entregando trajes por toda la ciudad, recogiendo sacos y pantalones en las casas de los operarios y cobrando los abonos cada quincena, de una clientela que había crecido en los últimos años.

En ese entonces, las tarjetas bancarias se puede decir que no existían, salvo la Diners Club, pero sólo la tenían los ricos que viajaban frecuentemente al extranjero, por eso, para las personas comunes, cuidar su crédito era parte de lo que se inculcaba en las familias decentes, ya que pedir y dar fiado era una costumbre arraigada desde tiempos remotos en el comercio mexicano.



El Ford 200 del Alpiste.

En ese entonces la ciudad tenía límites distinguibles, sus orillas por el norte terminaban en la Lindavista y la Industrial Vallejo; llegar a Indios Verdes era para salir a Pachuca o a las Pirámides. Por el sur la ciudad se acababa por la Narvarte y la San Ángel Inn; por el oriente, la Unidad Kennedy, la Balbuena y la Reforma Iztaccíhuatl eran las últimas colonias, antes de llegar al nuevo aeropuerto; y por el poniente, Lomas de Chapultepec y Tecamachalco marcaban los límites con el Estado de México; Fuentes de Satélite apenas empezaba a venderse como un suburbio fuera de la ciudad que estaba mucho más allá del Toreo de Cuatro Caminos.

Melchor Ocampo te llevaba de Chapultepec al Monumento a la Raza; el Viaducto Miguel Alemán iba de Tacubaya a la colonia Buenos Aires y te acercaba al centro; Nuevo León y División del Norte cruzaban elegantemente en diagonal la ciudad, de la colonia Condesa a la Glorieta del Riviera; avenida Revolución te llevaba a Mixcoac y Barranca del Muerto; la avenida Reforma partía el bosque de Chapultepec, dejando por un lado Polanco para luego hacer un pequeño quiebre hacia la izquierda y llevarte hasta la Alameda Central y Bellas Artes; avenida Chapultepec te llevaba al Salto del Agua y a La Merced, pasando por Arcos de Belén y Televisión; hacia el sur, era raro tener que ir más allá de Río Churubusco.

En ese entonces, Miguel Ángel de Quevedo era considerada una avenida del lejano pueblo de Coyoacán. Ir a Taxqueña era como salir de día de campo, allá había puros alfalfares y maizales, no se diga en Coapa, aunque se acababa de construir la Prepa 5, donde fue director Salvador Tapia, tío del Alpiste.



Los paseos del Alpitze.

Los pueblos de Tlalpan, Xochimilco y Milpa Alta eran considerados parte de la provincia del Distrito Federal; a Chalco sólo se iba de paso cuando viajabas a Cuautla y te parabas en la nevería que sigue hasta hoy vendiendo las famosas fresas con crema. Ya de regreso de los balnearios de Atotonilco o de Agua Hedionda, te parabas en Amecameca para comprar tu rico helado servido en conos requemados, recién sacaditos del horno. Los paseos dominicales lejanos eran a La Marquesa, para subirte al mirador de la montaña o al Convento del Desierto de los Leones; de regreso pasabas a La Venta, para echarte unas quesadillas.

Al Alpiste le fascinaba hacer sus recorridos en aquel Ford 200 azulito, como en los años cincuenta los había hecho acompañando a su padre, a su padrino Carlos o a su tío Luis, el esposo de la tía Beta, que cuando se quedaban sin chamba, su papá le ayudaba mandándolos a entregar trajes o por los abonos quincenales.

Siendo el Alpiste el encargado de esta chamba, se hacía acompañar “de a gratis” por su cuate Carlos Estañol, que por varios años fue uno de los precursores de los ninis, pero en las tardes, cuando regresaban el Beso y Mario de sus escuelas, eran sus acompañantes preferidos. Para todos ellos era emocionante subirse al coche con el Alpiste y viajar por los confines de la ciudad oyendo la radio, fumándose un cigarro, viendo a las chamacas saliendo de la vespertina e ir platicando sobre sus experiencias en la escuela. En esos temas el Alpiste escuchaba con atención y a veces les preguntaba sobre alguna cosa, pero hasta ahí, porque no tenía elementos para profundizar; en cambio Mario y el Beso sí se daban sus agarrones, sobre todo cuando discutían sobre álgebra, trigonometría o analítica cuántica.

Esas salidas en coche, aunque se tardaran un poco más de lo debido, se justificaban plenamente cuando el Alpiste regresaba al taller y le entregaba a su papá los montos de lo cobrado; una buena cuenta era de 1 500 pesos para arriba, pues los abonos eran de 50 o 100 pesos; a veces, cuando iba a entregar trajes y el cliente pagaba de contado, los ramalazos eran de 800 pesos en adelante.

Prácticamente el Alpiste nunca encontraba problemas de tránsito, de intento de robo o de asalto; la ciudad era muy segura, podías dejar el coche abierto y no pasaba nada, y aun viajando en camión, casi nunca tenías problemas; de repente uno que otro tímador, que te enredaba fino, y cuando te dabas cuenta ya te la había dejado ir con un engaño del que después te la pasabas riendo de ti mismo y sufriendo las consecuencias, porque tenías que reponer lo perdido.

Lo más padre del Ford 200 fue que en él se tejieron las mejores historias amorosas y aventuras del Alpiste y sus cuates; luego, cuando llegaron los alumnos de la Prepa, que casi todos venían de las Lomas, de Polanco, de la Verónica Anzures, de la Condesa o de la Nápoles, traían sus buenos coches; al principio los estacionaban alrededor de la escuela, pero luego empezaron a dejarlos en las cerradas de enfrente, incluyendo el callejón de General Plata.

Para eso de las doce del día, los muchachos salían de sus clases y empezaban a organizar los arrancones; la salida era justo enfrente en la esquina de General Plata y Observatorio, subían hasta el retorno que sigue ahí enfrente del edificio del ex Arzobispado, luego bajaban hechos la madre para seguirse por abajo del nuevo paso a desnivel, hasta llegar al retorno que estaba enfrente de la Militarizada México y la entrada al Parque Lira, y de ahí

empezaba el regreso ya de subida, hasta la meta que era la entrada de la Prepa.

Eso era posible, porque en realidad había muy poco tránsito y nula vigilancia policiaca; tal vez eran cinco o seis autos los que participaban; había uno que traía un Fiat comprimido con pistones de aluminio que casi siempre les ganaba a todos; otro traía un Ford 200 V8 modelo 63 que acababa de salir al mercado. El Alpiste hasta se salía a la esquina para ver el espectáculo y sin más pretensión, en ausencia de su padre, agarraba su Ford 200 y saliendo de reversa despavorido, arranca rechinando llantas y se daba su vuelta él solo, pero a la vista de los preparatorianos.

Así que, en cuanto regresó una vez al callejón, se atraviesa el güerito del Fiat para convencerlo de que se echaran unas carreteras, y aunque el Alpiste sabía que iba a perder, al escuchar los alaridos de la multitud de muchachos que estaban enfrente, que se anima aprovechando que no estaba su papá y que atraviesa su coche, para pasar a la historia como uno de los pilotos corredores que había participado en los arrancones de la Prepa 4.

No pasó nada, simplemente el Fiat ganó como por 300 metros de diferencia; el Ford 200 llegó a la meta echando vapor por el radiador y el Alpiste lo llevó de inmediato al callejón para enfriarlo echándole agua a todo el monoblock, antes de que llegara su papá; el problema fue que, al otro día, cuando él estaba en su ventana de todos los días echando sus puntadas, llegan el chamaco del Fiat y el del Ford 200 V8, para invitarlo a los arrancones de ese día.

Dándose cuenta de que su papá los había escuchado, les dijo que no podía porque tenía mucho trabajo; ellos desconsolados se dieron la vuelta, pero al rato ya tenían nuevos coches par-



Panorámica de Tacubaya.

ticipantes. Acto seguido, el papá del Alpiste le recogió las llaves del coche y éste se quedó sin su juguete por un mes, además de la súper regañada que le puso por andar maltratando ese coche, que con tantos sacrificios le había dejado.

El castigo no se pudo hacer tan efectivo porque a los 10 días se estaban acumulando las necesidades de entregas, cobros, urgencias de recogidas de prendas en las casas de los operarios y compra de entretelas para los trajes, así que don Luis tuvo que perdonarle al Alpiste el castigo y, muy a su pesar, lo empezó a enviar por los mandados que se requerían para el buen funcionamiento de la sastrería; sin embargo, durante las primeras salidas le tomaba el kilometraje al coche, para ver si éste no se iba por ahí con sus cuates; en eso paró el castigo por andarse creyendo el Tarufi del callejón.¹

Pasaron los años y sus amigos más cercanos del callejón se fueron haciendo grandes, algunos de ellos terminaron sus carreras universitarias, como fueron los casos de Adolfo Herrera Estañol (Fito), Juan Culin, Mario Serrano Ochoa, José Gustavo Serrano Ochoa (el Negro), Toño Rosique, César Pérez Ruiz, Juan Huitrón Estañol, Jorge Rodríguez Tovar (el Beso), que inició sus estudios de ingeniería, pero a mediados de la carrera se tuvo que ir a trabajar al gobierno para resolver algunos problemas económicos y de salud. Manuel Llamasa Resillas terminó la prepa y se fue a trabajar para paliar la situación económica de su casa; todas las chicas citadas en esta historia hicieron sus

¹ Tarufi fue un piloto de autos francés que se hizo famoso en México allá por los años cincuenta, cuando participó en la carrera Panamericana que atraviesa por todo el continente americano.

carreras de secretarías y luego con el tiempo se fueron casando; sólo dos de ellas siguen viviendo en la cerrada: Chela y Blanca. Bernabé nació, vivió y murió ahí y nunca cambió de trabajo; sus amigos Esteban y Ramón sí cambiaron de trabajo y con el tiempo se dedicaron a transportar mercancías de Cuajimalpa al centro y se hicieron ricos. Carlos y Memo Estañol nunca se fueron de la colonia, por algún tiempo, después de salirse de la sastrería, entraron a trabajar a la COVE y luego a alguna dependencia del gobierno, pero recién que me encontré con el Alpiste, me dijo que acababan de fallecer.

El Alpiste, personaje ficticio de esta historia, fue llevado a la secundaria nocturna por Fito y el Negro para que abandonara su condición de analfabeta funcional; por segunda vez en su vida terminó desertando de la escuela, prefiriendo regresarse a trabajar a la sastrería de su padre, donde convivía gratamente con algunos de los trabajadores y donde atendía con gran maestría a los clientes de su papá; eso marcó su destino para siempre, porque ahí se quedó a vivir hasta la muerte de su padre, y fue en ese mismo lugar donde tuvo el reencuentro conmigo, aquella tarde cuando bajaba por la avenida Observatorio a la altura de la Prepa 4.

Como lo he dicho anteriormente, me pareció tan apasionante su vida que decidí no dejarla perder en la nada y entonces me puse a escribir *Los sueños de Aserrín*. Ahora que les entrego la segunda parte, concluyo con el último capítulo que ustedes leerán a continuación, en el que el Beso y el Alpiste terminan en una cantina de Tacubaya, liquidando cuentas amorosas pendientes de hace más de medio siglo, reconociendo que ambos estaban resentidos y debían perdonarse.

Vida en-cerrada: la novia de mi mejor amigo

Tè miro y no puedo acercarme a ti un solo instante,
pero me conformo con mirarte porque más allá
no puedo aspirar. Qué dolor, qué tortura, no poder
decirte que me gustas porque hay un muro que nos separa,
*es que eres la novia de mi mejor amigo.*¹

“Mujer prohibida”,
GUSTAVO ADOLFO (2016)

LLA VERDAD ES QUE al Beso nunca lo vi muy entrado con ninguna de las chavas de la colonia, ni siquiera con Mary, la güerita que acababa de llegar de Guadalajara a vivir a Generales, la que de vez en cuando venía por las tardes para hacer la tarea de la ETIC en el zaguán de la vecindad junto con Laura, otra güerita de ojos azules, que era muy buena amiga de todos nosotros.

Un día, sabiendo que Mary andaba por allí, el Beso se hizo presente con su altiva mirada de galán, y sin más ni más, al paso de unos días, la hizo su novia; luego, de vez en cuando iba a recogerla a su escuela. Mary se distinguía de las demás chicas, porque era un poco más alta, muy blanca, con cabello castaño, un lunar muy atractivo en la mejilla derecha y tenía unas piernas muy bien

¹ La última frase es propia.



La Milla en el Bosque de Chapultepec.

formadas, que en esos tiempos se permitía lucir porque eran los tiempos de la minifalda; todo eso, además de ser muy bonita y caminar con cierto porte de elegancia.

Cuando íbamos de excursión al Nevado de Toluca o a Las Estacas, el Beso la llevaba y la verdad es que a todos nos gustaba; entonces, entre relajo y relajo, con tal de estarlo fastidiando, Memo, Carlos, Mario, el Alpiste y yo, nos íbamos al fondo del camión donde estaban Ramón y Berna con las guitarras y nos poníamos a cantar la de Los Sinners: “Yo no puedo evitarlo, pero estoy, enamorado de la novia de mi mejor amigo”. Ellos ni nos pelaban, iban en lo suyo.

Pasado el tiempo, dejamos de verlo con Mary e incluso, yo que me juntaba mucho con él, sabía que ya andaba con otras chavas, porque nos la pasábamos yendo juntos, en el coche del papá del Alpiste, a ligar chicas los domingos por la tarde a la Milla de Chapultepec, o entre semana a la ETIC de Coyoacán, a ver a Silvia, Rocío y Antonia, que se hicieron nuestras noviecitas un día que fuimos a entregar uniformes a la casa del General Alamillo, que vivía a una cuadra de esa escuela, en Amores y Matías Romero.

Algunos de nosotros estábamos un poco intrigados de por qué ya no andaba con Mary, así que yo le pregunté directamente, qué había pasado con ella y me comentó sin más rodeos que dejó de ir a verla, porque él se había enfermado y que su recuperación iba para largo y en su casa estaban pensando en internarlo en algún hospital, pero tenían que definir lo de la lana porque eso iba a salir medio caro; entonces decidió hacerse el occiso.

Se nos había hecho raro, porque Mary sí que era una chica que valía la pena; claro, en ese entonces nosotros andábamos



Avenida Insurgentes y cruce con Nuevo León.

medio tocados y con la hormona muy alterada; en cambio ella se veía muy madura y firme; tal vez por eso, pronto empezó a trabajar y tuvo un novio muy formal del otro lado de la colonia, que hasta serenata le llevó el día de su cumpleaños, pero se le juntó otro pretendiente y estuvieron a punto de agarrarse a trancazos.

El Beso, por su parte, al igual que yo, era fanático de Los Sinners, por eso, a mediados de los sesenta íbamos a un café cantante que estaba cerca del cruce de Monterrey e Insurgentes donde ellos cantaban. Al Alpiste ni le pasaba por la mente la idea de que algún día fuera a ser novio de Mary, mientras que la preocupación del Beso era su salud, y saber si iba a llegar a la Universidad; de hecho, en materia de amores, más adelante le dio baja al Negro con Lulú, la otra güerita hermana de Laura, con la que se casó y tuvo dos hijos; ya de grande le tocó cuidar a sus padres, pues doña Nico y don Heriberto fueron muy longevos, casi los dos llegaron a los cien años, igual que su abuelito.

Años después, supimos que un día el Alpiste se encontró a Mary en la Condesa, allá por donde estaba la sastrería de su hermano el Cacahuete; ella trabajaba de recepcionista en una oficina muy elegante de unos judíos; lo normal, al verla bajando las escalinatas de mármol de un edificio muy moderno en la avenida Nuevo León, fue detener su auto y ofrecerle llevarla a su casa, y como lo conocía del callejón, ella aceptó el aventón.

Obviamente, como al Alpiste siempre le había gustado esa chava, de ese encuentro, al paso de algunas semanas, se produjo una relación que terminó en noviazgo duradero, que se retroalimentó al calor de hogar en que vivía Mary, rodeada de una familia extensa con su madre, hermanos y hermanas casadas, que al igual que la de él, estaba liderada por el suegro de su hermana



Los Sinners 1964: "La novia de mi mejor amigo".

mayor, lugar donde fue recibido con la bonhomía de personas forjadas en el trabajo y valores muy católicos, que se reafirmaban todos los domingos yendo sin falta a misa a la iglesia Del Carmen, que estaba a la vuelta, en Barranquilla.

En ese ambiente tan formal, los principios cristianos de la familia estaban centrados en un noviazgo respetuoso, en el que las relaciones sexuales estaban prohibidas, ya que la virginidad era requisito moral para que la novia pudiera casarse con el vestido blanco. El Alpiste, aunque ya para ese entonces no era creyente, sí mantenía los mismos valores, el problema fue que sintió que a su edad era un compromiso que no podía cumplir, porque trabajando para su padre, definitivamente estaba lejos de tener solvencia económica para salirse de su casa, sin embargo, pensando que Mary valía ese esfuerzo, en algún momento se comprometió y empezó a juntar dinero para la boda.

Aun así, un día afuera de la nevería, conoció a otra chica que acababa de entrar a la Prepa y le gustó tanto, que le ofreció llevarla a su casa, se hicieron amigos y de ahí en adelante ya no la soltó hasta que al siguiente año decidió terminar con Mary, para hacerse novio de la tal Veros, que hasta la fecha es su esposa.

Dejando esa historia medio comprometedora y considerando la presencia del Beso, le pedimos al Alpiste que mejor empezara a platicarnos de los últimos años que vivió en la casa de su abuelo; pero antes de iniciar, yo vi que el Beso se le acercó a Lulú, nuestra amiguita del fondo del callejón y le dijo en voz baja:

No sé por qué sigo estimando a este cabrón, si apenas dejé a Mary y como tenía coche, se le hizo presente allá por donde ella trabajaba, esperó a que bajara del edificio donde estaban sus oficinas y haciéndose como el que iba pasando por allí, le ofreció traerla a su

casa; después, la siguió yendo a recoger, hasta que la hizo su novia; eso sí, muy formal, porque hasta entraba a su casa y toda la cosa, no como yo que nunca hablé con su mamá.

Bueno, pues, aunque no era asunto mío, la verdad es que esa historia no me la sabía, pero yo me hice como que no había escuchado nada y mejor puse atención a lo que estaba empezando a platicar el Alpiste; él hablaba de lo arrepentido que estaba por haberse salido de la Luis Vives, porque la verdad, sí que le hubiera gustado llegar a ser profesionista como la mayoría de sus cuates, y mientras siguió con el tema, por un momento me quedé pensativo sobre el comentario del Beso.

Ya más tarde, cuando todos empezaron a levantarse para estirar los pies, Lulú se acercó al Alpiste y le dijo casi en tono de reproche, que ella no sabía que en algún momento se hubiera hecho novio de Mary, sabiendo que había sido la novia de su mejor amigo. Él, sorprendido por el comentario inesperado, de momento no supo ni qué decir, pero luego de un rato, reaccionó y le comentó:

No sé qué te habrán dicho, pero mi noviazgo con Mary sucedió mucho después de que ellos fueran novios; es más, alguna vez él mismo me comentó que nunca terminó con ella, más bien, sólo dejó de ir a verla, porque se había puesto malo y que incluso dejó de ir a la Prepa y por eso se tardó seis años en terminarla; luego, cuando yo me la encontré, te juro que no la andaba buscando, simplemente al verla, le ofrecí llevarla a su casa porque me di cuenta que iba a tomar un taxi; pero en ese entonces, él ya tenía mucho tiempo de andar con tu tocaya Lulú.

Y siguió diciendo:

No, que no invente que le di baja con Mary; yo a él siempre lo estimé y respeto mucho, además hoy estamos muy viejos y han pasado muchos años, como para andar reviviendo esas viejas historias que a mí también me duelen y menos ahora que nos acabamos de reencontrar; la verdad, sí me preocupa saber que él esté resentido conmigo; ya bastante tengo con seguir apenado por haber dejado a esa chica vestida y alborotada, sin más ni más.

Yo, a distancia de los tres, al rato vi que el Beso se jaló a Lulú hacia el fondo del patio; obviamente para que el Alpiste no se enterara de lo que iba a decir y aunque yo me hice como que estaba poniendo atención a lo que pasaba del otro lado, paré oreja y escuché cuando le aseguró que su relación con Mary había sido seria, pero lo que pasó fue que en ese momento ella estaba tradísima con él, pero con el problema de su enfermedad, para no fallarle con los compromisos de andarla invitando a salir, se le hizo más fácil dejar de buscarla. Claro, en ese momento, aparentemente él no le dio importancia, pero luego con el tiempo reconoció que había procedido mal y hoy seguirá pensando que, como se lo dijo a Lulú:

Esa vez tuve que elegir, lo sé; y a veces preferimos renunciar a la felicidad, aunque luego digamos que fue la felicidad la que nos dejó; para mí, que era muy joven, en ese momento fue más importante mi salud, pero lo malo fue que no tuve la confianza para decirle lo que estaba pasando y se me hizo fácil, simplemente hacerme a un lado.²

² El Beso, que tiene buena memoria, se acordó y parafraseó algo de lo que había leído en el libro, *El amor que me juraste*, de Silvia Molina.

Por el momento en eso quedó la plática entre el Beso y Lulú, pero al rato, en un siguiente receso y ya con unos tragos de más, vi que el Alpiste subió por una escalerita a un cuartito de trebejos que estaba en el fondo y cuando bajó se llevó a Lulú hacia los límites con la casa de doña Romana y discretamente sacó de la bolsa de su chamarra una libretita en la que le dijo que había escrito algo, pidiéndole que la guardara y luego la leyera, esperando que otro día lo comentaran, tomándose un café en La Parroquia, la cafetería que sigue en la callecita de enfrente del Teatro Hipódromo; para ese entonces la Veros ya lo andaba buscando para reclamarle haber dejado solos a sus invitados.

Lulú se apenó con la esposa del Alpiste, pero asintió con un movimiento de cabeza en positivo a lo que le pidió y la guardó discretamente en su bolsa de mano. Como ella siempre me tuvo mucha confianza, más al rato, cuando el Alpiste se paró para ir al baño, se me acercó para pedirme mi número telefónico y me dijo que quería hablar conmigo; yo poniendo cara de sorprendido como si no supiera nada, le dije que cuando quisiera. Al otro día temprano me llamó para decirme que el Beso y el Alpiste, a pesar de haber sido tan cuates, ahora se traían una bronca de las novias del pasado; entonces quedamos de vernos en el Café Tacuba, allá en el centro, una tarde de la semana siguiente, porque está cerca de donde ella trabaja.

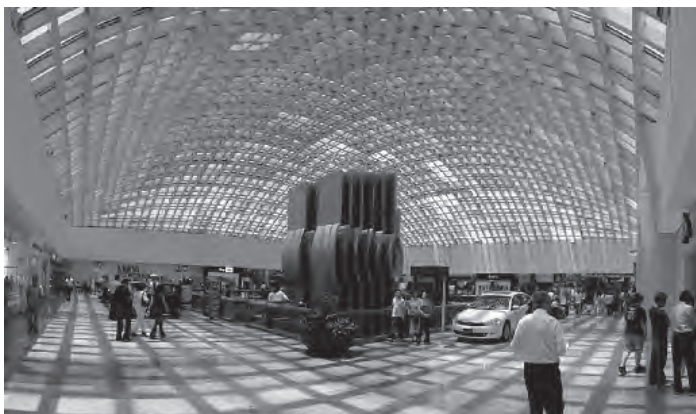
Aunque Lulú llegó un poco retrasada a la cita, la esperé pacientemente hasta que apareció toda apresurada 20 minutos después de lo acordado y adelantándose con excusas, muy apenada me dijo que por cosas urgentes que surgieron de último momento, su jefe le había pedido unos papeles que le urgían; bueno, a

mí eso no me molestó, lo importante era saber qué estaba pasando con mis dos amigos.

Una vez que pedimos lo que íbamos a tomar, entonces me dijo que le jurara que jamás iba a comentar con nadie, sobre lo que me iba a enseñar; claro, que ella no se imaginaba que yo había estado escuchando algo de su plática la noche que nos juntamos, pero como siempre ha sido muy seria, le aseguré que sin importar de lo que se tratara todo quedaría entre nosotros; entonces ya en confianza, sacó aquella libretita que se veía muy vieja y me enseñó un poema escrito por el Alpiste.

El poema mostraba duelo y pena por haber truncado su relación con Mary cuando ya estaba comprometido a casarse con ella; obviamente él sabía que en ese momento no podía cumplir, porque ni siquiera tenía dominio del oficio de sastre, ni tenía a dónde ir a vivir o para pagar una renta, con todo y que su hermano el Cacahuate ya era millonario y tenía edificios con muchos departamentos que rentaba; él debió haberse visto sin dinero y además dependiente de su papá.

La verdad es que el Alpiste en ese momento era todavía muy inmaduro y no tenía ni en qué caerse muerto, así que mejor guardó su problema con tal hermetismo, que nosotros que éramos sus cuates ni cuenta nos dimos; así las cosas, al paso de los años, con las decisiones que fue tomando, cuando se dio cuenta, ni aprendió bien el oficio de su padre ni hizo los negocios que él esperaba, en cambio dejó vestida y alborotada a una buena chica que no lo merecía. Lo único bueno que le ocurrió fue que al paso del tiempo se casó con la Veros y ella sí que lo impulsó y ayudó dentro de todas sus limitaciones, para que sus hijos estudiaran, se ganaran becas y ahora les estuviera yendo muy bien.



El Alpiste en una plaza de Ciudad Satélite.

Entonces, ahora ahí tenemos al Alpiste de nuestros días, viviendo en la cerrada, con la sastrería que le heredó su papá casi sin clientes, sobreviviendo de las composturas y uno que otro trajecito que le piden sus vecinos, pero eso sí, parándose todas las tardes a partir de las seis en la esquina, como lo hacíamos todos los de la pandilla cuando éramos jóvenes.

Según sabemos, un día, allá por principios de los años noventa, inesperadamente el Alpiste se encontró a Mary en una plaza comercial de Ciudad Satélite, y aunque se sorprendió al verlo, aun así lo saludó muy decentemente, le presentó a sus tres hijos que la acompañaban y le dijo que le daba mucho gusto verlo después de tantos años, y frente a sus hijos, le comentó que nunca había entendido por qué se había desaparecido de un día para otro sin volver a hablar ni dar explicaciones; también le comentó que si hubieran hablado sobre los problemas que tenía en ese entonces, la boda que ya estaba pactada la hubieran pospuesto hasta que se dieran las condiciones.

También le confesó delante de sus hijos, que le había dolido mucho aquella ruptura, pues ella estaba muy ilusionada con formar una familia con él, pero gracias a la decisión que él tomó, ahora ella tenía la propia con un esposo al que amaba y respetaba y a esos tres maravillosos hijos que la acompañaban y a quienes quería por encima de todas las cosas, no obstante:

De cualquier manera, no por eso te he olvidado; tú vas a estar siempre entre esos bellos recuerdos de nuestra primera juventud, hasta el día que yo me muera; lo malo y frustrante quedó sepultado en una parte de mi corazón, como un sentimiento doloroso, pero al lado del perdón que Dios me enseñó a otorgarte.

También le dijo que era muy bueno que se hubieran encontrado de esa manera tan casual y con sus hijos allí presentes, porque ellos desde chicos supieron de la historia de su noviazgo con él, y eso era importante para ella, el saber que él, a quien siempre consideró una buena persona, había aprovechado la única oportunidad que le había dado la vida para acercarse y pedir disculpas; ella enfatizó que le agradecía infinitamente ese gesto auténtico de persona decente, porque sabía que venía del fondo de su corazón, por eso estaba segura de que esas disculpas eran genuinas y justificaban plenamente lo que estaba pasando en ese momento, porque:

Ahora que somos adultos, comprendo mejor lo que pasó, porque realmente éramos muy jóvenes y no teníamos nada más que el amor del uno hacia el otro; reconozco que de alguna manera te presioné y traté de adelantar algo que no podía ser; por eso, aunque fue muy doloroso para mí, cada quien tuvo que seguir su vida y construir su propio destino; y mira ahora, después de tantos años, podemos ver que sólo Dios supo por qué las cosas fueron así; hoy tú eres muy feliz con tu esposa y tus hijos, que sé que son muy destacados, y yo con los míos y mi esposo, y que con la gracia de Dios, seguiremos estando muy unidos y bien.

El Alpiste, al sentirse tan incómodo por la presencia de aquellos adolescentes que no mostraban ningún asomo de rencor, le pidió discretamente verla en algún momento a solas para platicar sobre lo que para él había significado haber tomado aquella decisión tan difícil, pero ella tajantemente rechazó su petición; le dijo que si eso hubiera sucedido 10 años antes, tal vez hubiera aceptado, pero que ahora la suerte ya estaba echada y que cada

quien debía seguir su camino; haber tenido la oportunidad de encontrarnos hoy, debe ser un mensaje de Dios, para que cada quien esté tranquilo y siga el camino que él ya les trazó.

En eso terminó aquel reencuentro repentino; ella, sin permitir que siguiera insistiendo en su propósito, lo despidió como la gran señora en que se había convertido. Ante aquella respuesta de Mary, el Alpiste le dijo a Lulú que, por una parte, se sintió bien al ver que Mary estaba bien y era feliz, pero por otra, se sentía mal, por el hecho de que sus hijos se hubieran enterado de lo que había pasado entre ellos, y aunque en aquel momento aceptó el rechazo de Mary para volver a verse, al paso de los años ha regresado a ese pasado remoto, cuando conoció a Mary, siendo la novia del Beso a mediados de los años sesenta. Por eso le dijo:

Me siento cansado de ese acto tan ruin; ahora me doy cuenta de que fue lo peor que he hecho en la vida; ella lo superó, mientras que yo, al paso de los años, sigo atrapado con mi culpabilidad; si mis amigos del callejón, incluyendo al Beso, supieran cómo me siento, seguramente, más que reprocharme, me compadecerían.

Aquel encuentro inesperado y el rechazo de Mary de volverlo a ver, fue lo que hizo que en aquel momento se pusiera a escribir ese poema salido del fondo de su corazón; además ella tampoco quiso darle su teléfono, ni su dirección; por eso, sintiéndose impotente y frustrado, le entregó a Lulú ese poema, para que al menos ella, que es parte de aquel pasado tan distante, lo leyera y se enterara de lo que hoy le sigue agobiando; el poema dice así:

“El adiós nunca esperado”

Fui como el amor de marinero
que besan y se van.
Dejan una promesa.
No vuelven nunca más.
Amor que puede ser eterno.
Y puede ser fugaz.³

Ahora pienso en ti muchas veces.
¿Qué hay más allá de tu mirada?
Me gustaría tomarte suavemente de la mano y volar.
Sueño con estar contigo diez segundos,
(no sé cuándo ni cómo) acurrucada en mis brazos.
Voy a decirte un secreto: nunca dejé de quererte.⁴

Son muchos los años de mi vida,
que llevo recordando aquella noche,
noche fatal que marcó nuestros destinos
y que ahora que envejezco,
me atormenta más que nunca.

Fue la noche de un adiós inesperado,
que rompió para siempre nuestro idilio;
hoy me culpo por ciego y por cobarde,
pues al paso de los años veo muy claro,
los impulsos absurdos que lo destruyeron:
inmadurez, confusión, miedo y mentira;
eso fue lo que acabó con nuestra historia.

³ El Alpiste tomó este párrafo de Pablo Neruda: *Farewell*.

⁴ Aquí tomó y arregló fragmentos de Silvia Molina: *El amor que me juraste*.

Hoy quisiera llorar sobre tu hombro,
la pena profunda que me agobia,
desde aquella noche que aparté de mi sendero,
a la musa que adoraba sin medida,
después de haberte engañado vilmente,
haciéndome pasar por un gran hombre,
diciendo que quería estar a tu lado,
para construir el hogar que tú anhelabas.

No tuviste tú la culpa si en tus manos
nuestro amor se desojó como una rosa.
Por eso la primavera regresó a tu vida,
y de los troncos que tocabas a tu paso,
hubo flores que brotaron a tu vista.⁵

Creo que te amé mucho,
otros dicen que te amé poco,
pero eso sí, hoy te amo más que nunca,
porque mi arrepentido corazón así lo siente;
tu ausencia me rodea como cuerda a la garganta
y por eso he de llevarte en mi mente,
hasta el día en que Dios decida recogerme.⁶

Quiero que tú no me olvides.
Y casi no te imagino a mi lado.
Quiero que tú no me olvides.
Y apenas me imagino,
cómo podríamos estar juntos mañana.⁷

⁵ El Beso alteró fragmentos de Alfonsina Storni: *Lo inacabable*.

⁶ Aquí retomó fragmentos de José Ángel Buesa: *Poema de despedida*.

⁷ Ahora lo hace con fragmentos de Juan Ramón Jiménez: *El interesado*.

La verdad es que el Alpiste se las ingenió para escribir este poema; se ve que buscó entre diferentes poetas estrofas que le gustaron, las fue intercalando con las suyas propias. Seguramente en algún momento pensó como Benjamín Prado: “Que el trabajo escriba y la inspiración corrija”.⁸

Luego, después de que Lulú leyó el poema, el Alpiste le dijo que cuando escucha la canción de Mario de Jesús Báez:

¿Y qué hiciste del amor que me juraste,
y qué has hecho de los besos que te di?
¿Y qué excusa puedes darme si faltaste
y mataste la esperanza que hubo en mí?

Se imaginaba a Mary por aquellos días de principios de los años setenta sintiéndose retratada en lo que dice esa canción. Yo pienso que le platicó todo eso, porque ella, al igual que nosotros, fue parte de aquel pasado lejano y de lugares que ahora ya ni existen, y sólo de esa manera estará sintiendo que puede aliviar en algo esa culpabilidad que seguramente se le avivó, ahora que me lo encontré; de cualquier manera a mí no se me olvida que Lulú también fue su novia por un buen rato y ella sí que lo quiso mucho; tal vez por eso en un momento se me acercó y me dijo que habían pasado muchos años de que habían sido novios, pero que ahora eran algo más valioso que ser amantes, porque ahora en realidad somos buenos amigos.

Abusando de la madurez de Lulú, el Alpiste le comentó que alguna vez Mary le dijo que se tomara el amor con natura-

⁸ Benjamín Prado, “Prólogo”, en Joaquín Sabina, *Palo seco. Letras de canciones*, México, Colección Visor de Poesía, 2017, p. 8.

lidad, como las hojas que crecen en el árbol. Pero él siendo tan joven y poco estudiado, no le dio importancia. De igual manera, creo que la idea de Lulú de platicarme lo que le estaba pasando, no fue porque no supiera guardar secretos, sino porque le preocupaba y quería ver si yo, en confianza con él, podría darme cuenta realmente cómo se siente el Alpiste y qué podemos hacer por él, porque además le ha confesado que él quiere mucho a su esposa, a sus hijos y se siente muy feliz de convivir con toda su familia extensa.

Lulú, con su gran experiencia de vida y la buena educación heredada de su padre, que fue un abogado distinguido y además excelente escritor, supuso que el error del Alpiste:

Fue navegar, una vez más, por las profundas y oscuras aguas del silencio y sus consecuencias. Fracasos que el paso del tiempo acentúa, olvidos que sólo esperan la oportunidad de salir a la luz. Crisis enquistadas que buscan su propio campo de batalla (Silvelo, 2018:52).

Yo no quise meterme en esas interpretaciones tan complejas; mejor lo que le dije a Lulú, fue que como estaban por publicarme una novela de la vida del Alpiste, tal vez en un segundo libro podría llegar al momento en que empiezo a relatar lo que vivimos juntos en la cerrada cuando éramos adolescentes, para ver si me quiere contar algo de esa parte de su vida.

Si llegamos hasta ahí, tal vez eso le sirva de catarsis y así pueda resolver ese problema que carga. Entiendo que el sábado anterior el Alpiste no haya tocado el tema, porque estábamos con lo del nuevo libro de su vida, pero en circunstancias diferentes, ya me las ingeniaré para ver si en el bar León de Oro, de la Es-

candón, platicamos un poco de esa época, pero no estaría mal que nos acompañara el Beso, pues ya entrados en copas, seguro que nos suelta algo de su ruptura con Mary y sirve, de paso, que se resuelve el resentimiento que el Beso se trae con él.

Para tal efecto, le llamé dos semanas más adelante y pa' pronto que acepta acompañarnos. Ya en esa cantina de nuestros recuerdos, después de platicarme varias anécdotas de su niñez, llegamos al momento cuando empezó a platicar de sus primeras novias en el callejón; luego, sin más rodeos le pregunté qué había sucedido con Mary, pero como ya estábamos medio pasados de alcoholes, empezó recitándonos en voz baja una poesía que reconocí que era de Joaquín Sabina:

Calle Melancolía

Vivo en el número siete, calle Melancolía,
quiero mudarme hace años al barrio de la alegría,
pero siempre que lo intento ha salido ya el tranvía,
y en la escalera me siento a silbar mi melodía.

Como quien viaja a bordo de un barco enloquecido,
Que viene de noche y va a ninguna parte,
así mis pies descienden la cuesta del olvido,
fatigados de tanto andar sin encontrarte.

Trepo por tu recuerdo como una enredadera
Que no encuentra ventanas donde agarrarse,
Soy esa absurda epidemia que sufren las aceras,
si quisieras encontrarme, ya sabes dónde estoy.

Por eso odio esta necesidad de necesitarte,
este llamarte sin querer llamar,
este olvidarme del deber de olvidarte,

este lunes, este martes, este miércoles
y los años que faltan por vivir sin ti.⁹

Luego se siguió en llana prosa diciendo:

Si es para hacerme daño, sé lo que me conviene. Defraudé a todos, empezando por mí. No soy quien ustedes se imaginan.¹⁰

Al terminar de parafrasear a Sabina, levantó su taciturna mirada con ojos vidriosos, pero eso sí, asegurándose de encontrarse con la mía y la del Beso, y tomando fuertemente mi antebrazo derecho, que reposaba sobre la mesa deteniendo una copa de drambuie con mi dedo anular, el índice y el medio, me dijo con firmeza:

Si cuentas mi vida, tal y como te la he platicado, lo niego todo. Estaré solo, pero tengo a mis muertos para que me acompañen.

Y a ti amigo Beso, no te pido perdón por haberme enamorado de Mary, porque si a ti te sucedió, no veo por qué a mí no me hubiera podido suceder; ella en diferentes momentos creyó en nosotros y nos quiso con lealtad, pero además cada quien por sus razones decidió abandonarla, tal vez porque no nos sentíamos a la altura de sus pretensiones, y ella, sin desearlo ni comprenderlo en esos momentos, se vio obligada a superarlo, y mira la oportunidad que hoy nos da la vida de estar aquí, hablando de algo que

⁹ Joaquín Sabina, "Calle Melancolía", "Nos sobran motivos", *Palo seco. Letras de canciones, op. cit.*, pp. 11-12, 85 y 104. Nota: hay cambios en la última estrofa.

¹⁰ Joaquín Sabina, "Lo niego todo", *ibid.*, p. 104.

nos lastimó hace tanto tiempo, pero que no supimos resolver, a pesar de que éramos tan buenos amigos; la verdad, ante nuestros amigos de aquella época, sí sentí que te había traicionado.

Imagínate que ella hoy nos viera aquí sentados, tratando de explicarnos por qué se dieron las cosas de esa manera y cómo afectó por tantos años nuestra amistad; la verdad creo que le sorprendería saber lo que ella significó para nuestras vidas y cómo lamentamos haberla dejado inesperadamente.

Detrás de esa tristeza que reflejaban en sus rostros, producto de los sentimientos encontrados y los polvos levantados por los vientos del tiempo, reconstruyendo aquellas ruines decisiones que ambos tomaron, comprendí que en la vida “o mueres por algo o mueres por nada”.¹¹

En el caso del Beso, no sé si le dolió más haber dejado a Mary por sus enfermedades juveniles o porque su gran cuate el Alpiste se hubiera hecho su novio de ella más adelante. Por el lado del Alpiste, no sé si morirá por algo o morirá por nada, pues con su vida en-cerrada, veo como si él sintiera que la vida que ha llevado nunca tomó el sentido y el valor de la otra vida que no vivió al lado de Mary; por lo que me ha platicado hasta hoy, veo que por muchos años ha mantenido dentro de sí una lucha por liberarse de esas culpas y atavismos; sin embargo, como es algo que ha cargado en silencio por tantos años, me estoy dando cuenta que sólo podrá: “conquistar la libertad para ser esclavo de sus propias costumbres y valores”.¹²

¹¹ Jean Paul Sartre en Theodor Kallifatides, *Otra vida por vivir*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016, p. 66.

¹² *Idem.*

Pues con todo y que a pesar de no haber querido estudiar más allá de la primaria, ha tenido mucha suerte con la familia que pudo formar con la Veros y sobre todo con los hijos que le dio; si bien la cerrada ya no es la misma de los años sesenta porque prácticamente ya casi nadie de aquella época vive ahí, él habita aquella casa en la que su padre puso tanto empeño para construísela a su madre; además conserva los muebles, los patrones, las escuadras, los espejos y las máquinas de coser en las que él aprendió el oficio de la sastrería; vaya, si pensara en eso, creo que costumbres, valores y recuerdos del pasado puede convertirlos en la enciclopedia de la vida que luego muchos no tenemos, aunque hayamos ido a la universidad.

Cuando salimos de aquella cantina me invocó momentos inolvidables de nuestra juventud en ese barrio de la Escandón tan reformado; pero entonces el Beso y el Alpiste se dieron un abrazo auténticamente fraterno, viéndose directo a los ojos y comprometiéndose para volver a verse en una próxima reunión, pero ahora en la casa del Beso.

En ese momento le pedí mi auto al valet parking, el Alpiste quiso darle la propina, nos subimos y nos dirigimos hacia la cerrada; entonces él me preguntó con la voz entrecortada por los efectos de las bebidas que se había tomado, que si yo creía que el Beso hubiera comprendido las razones por la que se había hecho novio de Mary, sabiendo que primero había sido su novia.

Yo le dije, mira Alpiste, aunque todo lo que se habló hace un rato fue bajo los efectos de los tragos, lo importante es que cada uno reconoció frente al otro que fue algo que sucedió cuando eran muy jóvenes y que ni ella ni ustedes tenían condiciones para establecer una relación, más allá de lo que en esa época significa-



Cantina donde se encontró el Alpiste con el Beso

ba un noviazgo; ni él sabía que su enfermedad lo iba a llevar a la decisión de dejarla de buscar, ni tú sabías que, pasados algunos años él todavía la quería, y una vez que la hiciste tu novia, pues las cosas se fueron saliendo de control, ya que ella siendo una chica tradicional, lo lógico para ella después de un año de novios y con 20 años, fue pensar en que deberían casarse.

Desde mi punto de vista es que hoy resolviste un doble problema, por una parte, la bronca que traían el Beso y tú y por el otro, el de la culpabilidad que sentías con Mary con todo y que en algún momento le pediste disculpas. Creo que a partir de hoy tu vida debe seguir felizmente al lado de los tuyos y tomando en cuenta que nadie controla todo lo que sucede al interior de nuestros corazones, y qué bueno, porque la nostalgia es una forma de la felicidad para los que vivimos intensamente con los sentimientos abiertos a las personas y al mundo.

Llegamos, me paré unos metros abajo de la entrada de la cerrada, justamente donde estuvo la vecindad Las Catacumbias, el que fuera el domicilio del Club Alpino del Volcán de Toluca y de muchos de nuestros amigos de aquella época, donde tantos sábados el Chavo y su esposa organizaron los bailes con su consola cuorafónica; el Alpiste se bajó, caminó hacia la esquina donde sigue el viejo edificio en pie y por el retrovisor vi que se recargó sobre el poste de la esquina y con la mirada perdida, se quedó ahí parado viendo hacia la Prepa, como si esperara que saliéramos sus amigos para invitarlo a tomar un helado en la nevería.

A fin de cuentas el Alpiste seguirá ahí con su vida encerrada.

Apéndice. Breve historia de Tacubaya

Atlacuihuayán, “Lugar donde se recoge el agua”.

EN 1928 EL DEPARTAMENTO del Distrito Federal se subdividió en trece delegaciones, por lo que la antigua Villa de Tacubaya dejó de ser municipio; entonces, algunas de sus colonias y barrios quedaron dentro de la delegación Miguel Hidalgo y otras en la delegación Álvaro Obregón.

A pesar de estar relativamente alejada del centro, poco a poco se fue convirtiendo en un conjunto de barrios populares poblados por gente sencilla que llegaba de provincia, en los años en que la centralidad de la Ciudad de México atraía a mucha gente del campo; por eso, las viejas familias porfirianas y las nuevas ricas, se fueron de Tacubaya hacia las Lomas de Chapultepec, Polanco, la Verónica Anzures y la Condesa.

A partir de entonces, la delincuencia alrededor del mercado de Cartagena y El Chorrillo fue creando una leyenda negra, que por los años cuarenta se incrementó en las colonias altas cercanas al Hospital Inglés y otras como la Bella Vista y Barranquilla, al lado de las vías del tren que iba a Cuernavaca.

La colonia Observatorio, como primera periferia de Tacubaya, fue fundada a mediados de los años veinte, en los tiempos en que gobernaba el Máximo Caudillo de la Revolución, ge-



Antigua estación del tren de Tacubaya.

neral Plutarco Elías Calles, y poblada por familias trabajadoras que, por su propio esfuerzo, durante el “Milagro mexicano”, de Miguel Alemán en adelante, se transformaron en las clases medias de la Ciudad de México.

Por esos años, el Departamento Central, encargado de las obras del Distrito Federal, extendió la avenida Observatorio hasta encontrarse dos kilómetros arriba con la avenida Madereros, hoy conocida como Constituyentes; también amplió a seis carriles la avenida Revolución, poniéndole un servicio de tranvía moderno que llegaba hasta San Ángel, pasando por la colonia San Pedro de los Pinos y el mercado de Mixcoac; luego abrió un camino pavimentado a partir del mercado de Cartagena que llegó hasta La Venta, subiendo por el viejo Camino Real de Toluca, pasando por el pueblo de Santa Fe, para llegar a las cercanías del Desierto de los Leones.

Por otra parte, a mediados de los años sesenta comenzó la construcción del Anillo Periférico, que por el sur iniciaba en Barranca del Muerto, para llegar por el norte hasta Cuatro Caminos; a la avenida Observatorio se le suprimió el servicio de tranvía de color crema que acababa de poner el gobierno anterior, para ampliarla a seis carriles, con un paso a desnivel que le dio paso libre por arriba al Periférico; lo mismo ocurrió con la avenida Constituyentes; por esos años, regresando de la escuela tomábamos el “Palmas kilómetro 13”, que subía por Observatorio.

En la parte baja de Tacubaya se construyeron otras vialidades para mejorar el tránsito, quitándole sus enormes campos de prácticas a la Academia Militarizada México, que se tuvo que reducir al castillo de estilo inglés que se incendió en 1963, habiendo sido originalmente una propiedad de la familia Escandón; en



Antiguo molino de Santo Domingo.

esos terrenos también se construyó el mercado techado de Cartagena, ampliando la avenida Parque Lira a tres carriles, desde la Casa de los Pinos hasta el Viaducto, para darle salida rápida al presidente de la República hacia el Zócalo; por último, la avenida Patriotismo también fue ensanchada a seis carriles, de Mixcoac a la avenida Tacubaya, hasta llegar al Bosque de Chapultepec, Polanco y la salida hacia la nueva Ciudad Satélite, ya fuera por Reforma o Ejército Nacional.

Todas esas obras, y otras anteriores, motivaron el derribe de antiguos barrios o casas de habitantes originarios que, a principios del siglo XX, todavía se bañaban en el Río Tacubaya, mismo que fue entubado en los años cincuenta, para construir a sus lados el Viaducto Miguel Alemán, que al principio sólo llegaba a la calle 5 de Febrero, porque avenida Tlalpan todavía no era súper vía.

Otras propiedades antiguas, valiosas arquitectónicamente, también fueron demolidas, como otra de las residencias de la familia Escandón, que estaba en la esquina de Parque Lira y Observatorio, donde en los años cincuenta se instaló el Instituto Luis Vives. En esa escuela el Alpiste tomó clases de civismo con el director Juan Bonet, destacado republicano de los años treinta, quien de puro milagro sobrevivió en abril de 1945 a los hornos crematorios de Austria, cuando el ejército estadounidense lo rescató al derrotar a los nazis, salvando a los españoles republicanos y muchas otras víctimas consideradas enemigos de los dictadores Hitler y Franco.

En los años treinta, el destacado arquitecto Juan Segura Gutiérrez construyó el edificio “Ermita” en el histórico “Triángulo de Tacubaya”, a solicitud de la Fundación Mier y Pesado, a cargo de Isabel Mier y Pesado. En ese momento fue uno de



Edificio del ex Arzobispado en avenida Observatorio.

los edificios más altos de la ciudad y símbolo de gran lujo por su estilo art déco; ahí llegaron a vivir algunas familias españolas. El edificio contrastaba con los arrabales cercanos, pero dada la precariedad y el peligro en que habían vivido esas personas durante la Guerra Civil Española, adaptarse a vivir en esa Tacubaya tan pacífica y amigable fue para ellos como llegar al paraíso. La parte baja del edificio fue ocupada para el espectacular Cine Hipódromo Condesa, ahora convertido en teatro.

Hacia el poniente de la Villa de Tacubaya, en tiempos de la Conquista, aprovechando la bajada de los riachuelos que corrían por aquellas lomas, entre 1521 y 1525 Hernán Cortés mandó construir el Molino de Santo Domingo, primero en su tamaño y capacidad productiva. Como ese monumento histórico está en la cerrada, continuación de la calle donde nació el Alpiste, nada más cruzando la avenida Observatorio y una cuadra abajo de la cerrada de General Plata, pues él y sus cuates en las noches se metían al fondo con el coche de su papá y se llevaban a sus amiguitas del callejón o de la vecindad para echar novio.

Un poco más arriba, sobre la misma avenida Observatorio, está el edificio del Arzobispado, construido sobre el antiguo Templo de Tezcatlipoca, una de las construcciones más importantes de Tenochtitlan, dedicado al Dios de la Oscuridad. El primer obispo fray Juan de Zumárraga, después de las destrucciones de todos esos recintos sagrados para los aztecas, en 1530 compró esas tierras a unos soldados de Cortés, para construir su modesta vivienda. Entrada la Colonia en los inicios del siglo XVIII, se construyó un palacio que se convirtió en el centro más importante de los poderes eclesiásticos, junto con la Catedral de la Plaza de la Constitución; por eso en su interior se realizaban grandes cere-

monias, por lo que el lugar se transformó en una pequeña urbe que resguardaba las alcobas privadas de los pontífices, una fábrica de campanas, oficinas, comedores, biblioteca, oratorio, enormes jardines y cárceles para castigar a los incrédulos.¹

Desde entonces ha sido ocupado para fines muy diferentes. Fue sede del Primer Gobierno Independiente, luego albergó al Colegio Militar; por lo mismo, cuando en 1847 Estados Unidos nos invadió, fue ocupado por su ejército, fusilando ahí a los miembros del Batallón de San Patricio, que habían ayudado al ejército mexicano a liberarse de su opresor. En 1859, durante la Guerra de Reforma, también fueron fusilados los “Mártires de Tacubaya”, liberales y médicos que asistieron a los heridos de la “Batalla de Tacubaya”. Además, los presidentes Santa Anna y Comonfort lo utilizaron como su residencia.

Después de la Revolución, el edificio se convirtió en la sede del Observatorio Astronómico y Sismológico de México, cediendo posteriormente parte de sus hermosos jardines para la construcción de la Preparatoria 4, que incluyó una cancha reglamentaria de fútbol, hoy convertida en estacionamiento; adicionalmente se le dotó de alberca de seis carriles, trampolín y fosa de clavados.

Actualmente, el edificio del ex Arzobispado está bajo el resguardo de la Secretaría de Hacienda, usando una parte como museo de obras virreinales donde se llevan a cabo eventos culturales de gran relevancia. Digamos que ese edificio es la referencia geográfica, histórica y arquitectónica más importante para la colonia Observatorio, fundada en 1925, ya que además de ser

¹ Antiguo Palacio del Arzobispado: Museo de la Secretaría de Hacienda [<https://local.mx/cultura/museo/museo-shcp/>].

su vecina inmediata, de las actividades astronómicas que ahí se realizan surgió su nombre.

Al lado norte de la avenida Constituyentes está el edificio del Molino del Rey, incorporado a la residencia presidencial en 1936 y utilizado como oficinas para el Estado Mayor Presidencial por el gobierno de Miguel Alemán en 1948. Como el general Lázaro Cárdenas no quiso seguir viviendo en el Castillo de Chapultepec, dentro de lo que era el enorme Campo de la Hormiga, mandó construir la Casa de los Pinos, nombre que le dio su esposa por unos pinitos que ella misma mandó sembrar. Desde ese entonces, ahí vivieron catorce presidentes, hasta 2018, cuando el presidente Andrés Manuel López Obrador la convirtió en el Complejo Cultural Los Pinos, para irse a vivir al Palacio Nacional, desapareciendo también al Estado Mayor Presidencial e incorporando a sus soldados al ejército regular; en ese edificio fue donde el 8 de septiembre de 1847, el ejército mexicano combatió a las fuerzas invasoras de Estados Unidos, por lo que el edificio original fue destruido, salvo los molinos de harina y pólvora.

El Molino del Rey, originalmente llamado Molinos de El Salvador, fue destinado a la fabricación de harina, desde fines del siglo XVI cuando fue construido; en 1851, después de los bombardeos que sufrió en 1847, fue comprado por José María Rincón Gallardo, hasta que el gobierno de Porfirio Díaz lo adquirió instalando una fábrica de ladrillos, además de servir como una bodega de granos.

Durante la Revolución, en 1919, el gobierno de Venustiano Carranza expropió los terrenos de La Hormiga, que ya se había fraccionado para fundar algunas colonias como las Lomas de Chapultepec y luego fue incorporado a la Casa de Los Pinos.



El Bosque de Chapultepec.

En el Bosque de Chapultepec, además del histórico Castillo de Chapultepec donde vivió Maximiliano de Habsburgo, hay en sus faldas un gran lago, además del zoológico más grande de México. Al sur, separado por la avenida Constituyentes, está el popular barrio de El Chorrito, con su mercado del mismo nombre. Ahí vivieron la bisabuela Pachita, los abuelos y la mamá del Alpiste. En la calle José Morán, enfrente de la iglesia de San Miguel Arcángel, cuando Elena era joven, fue a trabajar a un salón de belleza y ahí conoció a Luis, recién llegado de Maravatío; luego, a escondidas de don Juan, se hicieron novios y terminaron casándose.

Lo que hoy es conocido como el Parque Lira, que data de tiempos de la Colonia, en los años veinte su propietario fue don Vicente Lira Mora, un rico textilero, por eso tiene bellos jardines, que en los años cincuenta fue convertido en parque público, donde ahora pueden ir a jugar los niños de la colonia Observatorio, porque además de columpios, volantines y resbaladillas, tiene un puente colgadizo, un túnel y un lago con gansos y patos. También las familias pueden reservar su hermosa terraza de estilo francés, para realizar fiestas o eventos culturales. La casa original había sido construida por el conde José Justo Gómez de la Cortina a principios del siglo XVII, pero por razones desconocidas fue demolida en 1960.

Siempre hubo un callejón que separaba al Parque Lira de la Casa Amarilla, construida también en el siglo XVII por el Marqués de las Amarillas. Ese callejón peatonal servía para conectar a las colonias de arriba de las vías del tren, con las avenidas Jalisco y Revolución, donde estaban los cines, las escuelas e infinidad de negocios; sin embargo, a principios de los años setenta fue



Comedor, Museo Casa de la Bola.

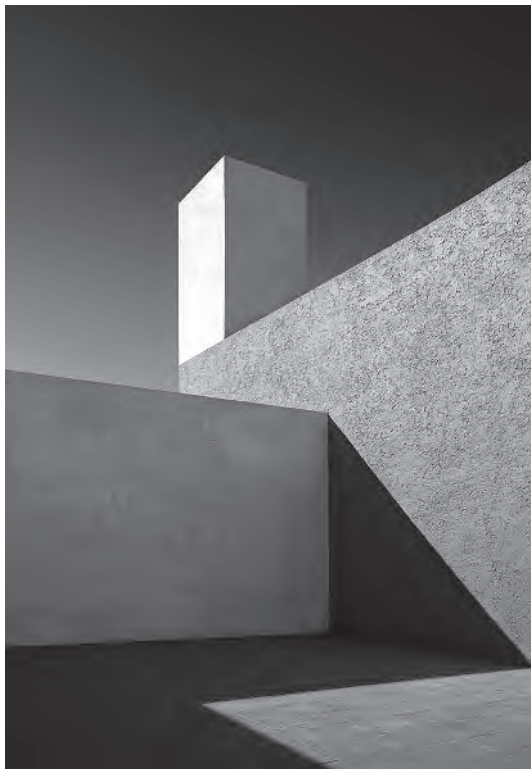
cerrado y destruido para integrar las dos propiedades. A partir de 1976 la Casa Amarilla dejó de ser ocupada como casa-hogar para niños discapacitados y en su lugar se puso la oficina de la delegación Miguel Hidalgo.

Al desaparecer aquel callejón, el Alpiste y sus primos ya no pudieron caminar por ahí para llegar directo a su escuela Defensores de la República de 1847, que estaba en la avenida Revolución, a un lado de la Bush, donde exhibían los nuevos Ford y un gran oso blanco disecado, cazado por don Pablo Bush, el propietario de la distribuidora. Asimismo, los primos más chiquitos tampoco pudieron ir al kínder Morelos, que sigue enfrente del edificio Ermita; desde entonces, los que pueden son llevados en sus autos.

Otro de los edificios convertido en museo es La Casa de la Bola, que data del siglo XVI y está ubicada sobre la avenida Parque Lira, casi esquina con avenida Observatorio; desde entonces ha tenido propietarios como Francisco Bazán Albornoz (inquisidor apostólico del Santo Oficio), José Justo Gómez de la Cortina (conde la Cortina), José María Rincón Gallardo (marqués de Guadalupe). El último dueño fue Antonio Hagenbeck y de la Lama, quien en la década de 1940 la remodeló y la acondicionó como una mansión del siglo XIX, que es como se mantiene actualmente. En 1984 la donó a la fundación que lleva su nombre con el fin de conservarla y realizar actividades culturales y educativas.²

Los cines Hipódromo, Tacubaya, Ermita, Cartagena, Unión y Jalisco, a donde iban las familias de la colonia Obser-

² Wikipedia, Museo Casa de la Bola, 2019 [https://es.wikipedia.org/wiki/Museo_Casa_de_la_Bola].



Casa Estudio Arquitecto Luis Barragán.

vatorio, fueron desapareciendo a partir de los años ochenta; lo mismo sucedió con el salón de baile Floresta, que estuvo enfrente de la Embajada Rusa. También cerraron las neverías donde los novios del barrio se daban cita, en los bajos del edificio Ermita y en las afueras de los jardines de la Fundación Mier y Pesado, sobre la callecita de Antonio Maceo, transversal entre Jalisco y Revolución. Todo eso ocurrió para dar paso a los ejes viales, altos edificios, plazas comerciales, tiendas de ropa y productos de importación y estacionamientos para los autos que se multiplicaron por millones.

Lamentablemente La Poblánita, donde filmaron *Los olvidados*, con unos niños pobres pidiendo un taco regalado a los transeúntes y los Baños Edén, que estaban en Vicente Eguía casi esquina con Revolución, a donde llevaron al Alpiste a conocer el baño de vapor, también desaparecieron.

Lo único bueno ha sido que, al paso de toda esa destrucción de fines del siglo XX, la cantina El Grano de Oro sigue dando servicio a su añeja clientela, en el corazón de la colonia General Pablo Escandón que tuvo sus años de gloria en la época del Porfiriato; igualmente sucede con la cantina El Puerto de Veracruz, que también sobrevive enfrente del edificio Ermita, a un lado del kínder Morelos, donde el daltonismo del Alpiste fue visto como fenómeno, al ver que el niño iluminaba el pasto de anaranjado y el cielo lila; esa forma diferente de apreciar los colores era desconocida en la escuela de sus tiempos.

Hoy no puedo decir que Tacubaya sea un mejor lugar para vivir, pues cada vez que regreso, me siento como en la película *Volver al futuro II*, cuando Marty McFly y el doctor Emmett Brown van de 1955 a 2015 en su máquina del tiempo, y al llegar



Volver al Futuro en la Tacubaya del 2020.

se encuentran a Biff Tannen, el malo de la película, decidiendo sobre los que ahí viven, al lado de policías y matones, que hacen lo que él quiera.

Esta novela hablará del México cuando su capital entró al mundo donde el *valor de uso de sus barrios* quedó en el olvido, para sustituirlo por el *valor de cambio* donde todo se vende; es un México en el que se dificulta vivir y del que no me enorgullezco, pero tampoco me avergüenzo. En los últimos años, la vulgaridad de sus gobiernos no me ha representado, pero no por eso pienso que todos debamos ser ninguneados; sus problemas y su destrucción física no le quitan la dulzura del estilo de vida que tuvo; por eso hay que mantener la dignidad de vivir en él, pues “sin ella, hasta la miel es amarga”.³

Pero como alguna vez comentó Henri Lefebvre:

La ciudad ligada a la filosofía reúne las riquezas del territorio, las actividades dispersas, las personas, la palabra y los escritos de lo que cada uno vive.⁴

De igual manera pienso que también la literatura cuenta lo que sucede en la ciudad. Nace, se desarrolla y se inspira en ella, pues escribe sobre todo lo que las personas viven en los territorios que ellas mismas construyen y dan sentido a sus espacios, siempre recogiendo lo más humano de su sentir, para exponerlo mediante cuentos, novelas, poesía y sus canciones populares.

³ Theodor Kallifatides, *Otra vida por vivir*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016, p. 130.

⁴ Henri Lefebvre, “Volver a la Ciudad”, *Contratiempo*, 2000-2005, Buenos Aires (tomado del libro de Henri Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Editorial Península, 1973).

Epílogo

Sólo el misterio nos mantiene vivos.

FEDERICO GARCÍA LORCA (1933)

PROMETÍ A UN AMIGO LECTOR DE *Los sueños de aserrín* que, si escribía una segunda parte de la vida del Alpiste, no redactaría un ensayo científico-social, pues una novela no lo requiere, ya que la literatura demanda generar emociones y placeres, además de que te brinda licencia para crear fantasías y suspenso, y aunque a veces sus personajes se mueven en torno a realidades sociales específicas, crear conocimientos sociológicos es muy tangencial.

Por eso estoy de acuerdo con Theodor Kallifatides cuando dice que:

La escritura literaria es como un manantial, puedes ornamentarlo con estatuas, con una preciosa fuente, construir al rededor del borbotón, una placita y sembrarla con bellas palmas.¹

¹ Theodor Kallifatides, *Otra vida por vivir*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016, p. 82. Se trata de un excelente escritor que dejó Grecia en sus primeros años cuando sus padres lo llevaron a vivir a Suecia, donde se hizo un escritor de renombre. Luego, en sus años de adulto mayor, regresó a su pueblo natal para escribir sobre su infancia en su propia lengua que había olvidado.

En una novela la producción artística proviene de la inspiración del escritor, pero también del trabajo arduo dedicado a valorar el de otros escritores; eso es lo que permite aprender el oficio: por eso, a partir de esta postura les expongo algunas de mis preocupaciones, pues al dar un paso de costado hacia la literatura, me doy cuenta de que me he trasladado hacia un campo que confieso no dominar, porque sus reglas estéticas no pasan por los principios con los que me formé en la sociología, así que es mejor avisarles de las fallas que puedan encontrar en esta segunda novela, antes que tratar de esconderlas.

A mis 72 años, cuando pensaba que era tiempo de retirarme de la vida académica, un día me surgió el impulso de escribir algo que me permitiera rescatar lo que vivió el Alpiste en su primera infancia y juventud, siempre con la conciencia de que debería iniciar desde el principio, no sólo yendo a la casa del abuelo donde nació y creció este niño y a la cercana cerrada donde pasó su primera juventud, para rescatar lo que le dio sentido a su vida, sino también aprender las técnicas que magistralmente han usado los literatos de gran prestigio, para escribir un documento a la altura de los lectores interesados en la narrativa urbana.

Esa primera experiencia literaria, fue para mí como regresar a la casa donde nació el Alpiste, abrir su habitación con una llave oxidada y comprender que lo que hay ahí, ya casi no tiene nada que ver con lo que dejó tu personaje, ni con lo que quedó de él ahora que te lo encuentre, pues al haberte alejado de él y dejar de convivir con las personas que ahí se quedaron, también fue como alejarse de ti mismo en tu calidad de escritor.

Por eso, el lenguaje que aprendí en la Universidad no me sirvió de mucho para describir lo que encontré, pues es un len-

guaje cavilado, abstracto, referente a teorías sociales; en cambio, el lenguaje primario de nuestra infancia, ese que casi se me olvidó, el que viene de las entrañas, es el lenguaje que está en los cajones del olvido; ese sí es auténtico, como la vida de ese niño en Calderón 57, cuidado por sus abuelos, sus padres y sus tías. En esa cerrada de General Plata, donde por primera vez estrechó la amistad de muchachos de la calle, tuvo su primera novia y se agregó solidariamente a la pandilla que encontró en ese lugar, experiencia que —no se cansa de decir— fue esplendorosa.

Cambiarse a la cerrada marcó en él una nueva experiencia de vida. Consciente de eso, como parte del entramado literario, vi que esos hechos ocurridos en la década de 1960 determinaron su destino, dejándolo vivir ahí hasta hoy, como lo han hecho algunos de sus familiares y amigos con quienes ha convivido desde niño. Esa es la historia que voy a contarles en las siguientes páginas, porque hay en ella elementos que permiten conocernos mejor y darnos cuenta de que el destino de cada individuo puede ser determinado por el lugar, el momento y las relaciones sociales que cada uno entabla a lo largo de su vida.

De alguna manera tengo que reconocer que mi reencuentro ficticio con el Alpiste, me ha permitido recuperar algo de mi bandada, de mi tribu, de lo que fueron mis territorios primarios; eso me dio la posibilidad de reconocer la dirección hacia la que quería dirigirme, no sólo para darle un desenlace lógico a esta novela, sino en mi vida, pues hace tiempo que voces universitarias, con quienes me formé en las décadas de 1960 y 1970 y he trabajado hasta hoy de diferentes formas, me dicen reiteradamente que ya es tiempo de colgar los trastos. Pero más allá de que algún día cercano tome esa decisión, ahora sé que no estaré solo, pues la li-

teratura me acompañará, porque a ella no le importa a dónde fui, ni por cuánto tiempo, lo que sí está haciendo conmigo es “salvar de mí, lo que aún puede ser salvado”.²

Este reto me ha hecho ver que las artes parten de la historia de la cultura, desde donde se pueden apreciar las formas del paisaje, de las imágenes icónicas y los usos y costumbres de la gente; lo hacen para construir edificios, plazas públicas, parques, fuentes, monumentos, esculturas, óleos, murales y melodías, pero siempre teniendo como referencia los intereses humanos. De ahí deduzco que la literatura es un arte creador de fantasías, ficciones, contextos, historias y personajes que aman, odian, entristecen, se enojan, están alegres y hasta felices.

Escribir *Los sueños de aserrín* en 2018 fue para mí un reto, y a pesar de la bonhomía de mis lectores con la historia del Alpiste, tengo serias dudas de haber logrado la calidad literaria que me hubiera gustado alcanzar, porque mi oficio original —una exigencia contraria a la de la literatura— es controlar las pasiones, los sentimientos, las emociones, para comprender objetivamente los fenómenos sociales, tal y como se dan en la realidad.

Por eso, en este propósito, confieso que salirme de ese paradigma para centrarme más en lo emocional, me fue difícil. Bien dijo Carlos Ornelas en su artículo, publicado en *Excélsior* el 18 de agosto de 2019, que en *Los sueños de aserrín* me fui por una ruta contraria a la que planteó el destacado sociólogo Wright Mills en su ensayo sobre “Artesanía intelectual”,³ quien hizo una crí-

² *Ibid.*, p. 153.

³ Charles Wright Mills, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

tica a las teorías sociológicas de su tiempo, en la que la vida de las personas perdía interés frente al objetivo de comprender a la sociedad en su conjunto. Carlos dice que yo preferí contar la vida de un niño, en un contexto tan particular como el patio de su casa, su calle, su colonia, las fiestas y viajes al lado de las familias que vivían con él en la casa de su abuelo.

Efectivamente, en esa primera novela aposté por contar la vida y sueños de ese niño, pero no me propuse convertirlo en un sujeto social y actor de los procesos sociales que ocurrían en la capital y menos en el país entero; pero Carlos dice que la lectura de *Los sueños de aserrín* permite deducir la manera como él y su familia —en tanto personas— se insertaron en la estructura social de aquel entorno urbano emergente, desempeñando sus roles sociales, en el contexto de aquella periferia marginal de la Ciudad de México. Por eso le pareció sociológicamente relevante contar de esa manera la historia del Alpiste, el personaje central.

Esos eran tiempos influidos por figuras populares como Cantinflas, el Ratón Macías, Jorge Negrete, María Félix, Pedro Infante y gobernados por Miguel Alemán y Adolfo Ruiz Cortines, quienes —como presidentes de la República— de alguna manera determinaban la suerte de todos los mexicanos.

Siguiendo la misma línea de preocupaciones, debo confesar que hace poco leí una novela interesante, bien escrita y premiada en España, *La utopía del portero*, de Ángel Silvelo Gabriel.⁴ Su lectura me generó la necesidad de entender lo que significa para mí, ahora a mis 73 años, escribir esta segunda parte, para seguir

⁴ Ángel Silvelo Gabriel, *La utopía del portero*, Barcelona, Planeta, 2019.



El Alpiste en kínder.

contando la vida de ese niño que dejé de ser yo, mientras que yo, el que narra la historia, de no haber sido por esos amigos de la cerrada que me obligaron a seguir estudiando, nunca me hubiera alejando de aquel niño bonachón y distraído, porque a mis 20 años me acompañaron a inscribirme en la secundaria nocturna del barrio, para que dejara de ser el analfabeta funcional que ellos conocieron, orillándome así a conocer nuevos mundos, que por decisión de mi pluma, el Alpiste ya no conoció.

Aunque al principio me pareció que era más fácil narrar mi biografía, pronto —en el desarrollo de la historia, por razones que no acabo de comprender— hice que ese niño dejara de ser yo, para convertirlo en uno de tantos, como los que convivieron con él en esa casa y en esa cerrada de la que él no quiere alejarse.

Dándole al Alpiste la suerte que me permite la literatura, en esta segunda parte lo he involucrado en vivencias y aventuras en aquel México que, desde su propio subdesarrollo, se iniciaba en la modernidad urbana, con colonias emergentes y pobres, donde pasaban cosas comunes a todos, pues la vida cotidiana estaba determinada por un gobierno que poco a poco se fortalecía, desde los tiempos posrevolucionarios cuando se fundó el Partido Revolucionario Institucional, hasta el momento en que Díaz Ordaz decide la manera de resolver el movimiento estudiantil de 1968.

Ese proceso le daba ritmo y rutas de actuación a aquellos sectores populares que disfrutaban de la paz, perdida desde la caída de Porfirio Díaz. Fue cuando autos, radios y televisores aparecían en las casas de la clase media ascendente; cada 16 de Septiembre y 20 de Noviembre había desfiles en la avenida Reforma. El 1 de septiembre se escuchaba o se veía el informe presidencial por más de cinco horas y cada seis años, el 6 de julio,

había elecciones presidenciales. También, cada 30 de abril había festivales del día del niño y cada 10 de mayo se festejaba el día de las madres. Además, el 15 de mayo había que llevar una gladiola a la escuela para regalárselas a las maestras.

Empezando diciembre, la gente iba al Zócalo a comer buñuelos y a ver la iluminación del Palacio Nacional y la Catedral; de ahí, caminaba sobre 5 de Mayo hacia la Alameda Central para sacarle su foto a los niños con los Reyes Magos o Santa Claus. Además, cada 12 de diciembre se organizaban las peregrinaciones desde los barrios y pueblos del país, para ir a la Villita caminando o de rodillas, a darle gracias a la Virgencita de Guadalupe, por los milagros concedidos a lo largo del año; eso era lo significativo que llenaba la agenda de la familia del Alpiste.

Los sueños de aserrín iniciaron relatando que una tarde, bajando en mi auto por la avenida Observatorio, a la altura de la Prepa 4, voltéé de reojo hacia el callejón de General Plata e inesperadamente mi mirada se cruzó con la del Alpiste, que estaba ahí, recargado en el poste de luz, en la esquina del edificio de la nevería, donde siempre nos la pasábamos cotorreando los cuates de la palomilla.

La nevería era el lugar preferido para echarle monedas a la rockola y escuchar nuestras canciones preferidas (“Pájaro azul, dile lo mucho que la quiero yo, tararán. Pájaro azul dile...”); ahí nos deleitábamos con un *ice creme* viendo pasar a las personas y a los autos que subían y bajaban por la avenida.

Así fueron muchas de nuestras noches en aquel lugar que sentíamos como nuestro, salvo por el momento en que teníamos que pagarle la cuenta al papá de Polo. Nos gustaba estar ahí porque

nos encontrábamos con viejos y nuevos amigos de la palomilla; platicábamos de cualquier cosa, hasta que llegaba la hora de cerrar.

Como el Alpiste me reconoció de inmediato y me saludó agitando su mano, me sentí forzado a dar el volantazo para desviarme hacia la lateral y detener el coche pocos metros más abajo, por donde estuvo el zaguán de la vecindad, donde el Chirrisquis se quedaba a dormir en un colchón improvisado con cartones y una cobija verde, que le había regalado un militar retirado; mismo lugar donde organizábamos nuestras tardeadas sabatinas con el estéreo del Chavo, amigo del callejón, que ya casado tuvo que salirse de la casa de sus papás, para irse a vivir a un cuarto de la vecindad.

Luego de saludarnos efusivamente, al paso de un rato, nos dimos cuenta de que nuestro encuentro iba para largo; apenas después de los abrazos y palmadas de cajón, cuando nos dimos cuenta de que ya estábamos metidos en una prolongada plática que, por la deformación de mi oficio, me pareció interesante, ya que se centró en cómo había sido su vida en la colonia, lugar donde nacimos y vivimos, hasta que me fui al sur de la ciudad.

Después de un rato, y ya entrados con un par de chelas, me dijo que él decidió quedarse ahí, porque en esa colonia fue donde pasó los mejores días de su vida, aunque también algunos muy tristes y frustrantes. Luego agregó: “Ahora que te veo después de tantos años con nuestras sombras alargadas por el tiempo, siempre supe que tú también fuiste parte de esa época inolvidable y tan maravillosa para nosotros”.

Después de un rato de seguir platicando, la tarde fue cayendo y empezó a oscurecer; ya para irme, me confesó muy nostálgico:

Yo sigo soñando con mis amigos y primos. Aquellos que siguieron con su vida, como yo y los que ya se nos adelantaron en el camino. Aquellos otros a los que apenas veo de vez en cuando. Aquellos que, como yo, sentían el juego como algo natural y poderoso. Algo que nos hacía sentir libres, que nos hacía olvidar la pobreza que nos acompañaba.⁵

Luego de quedarse con la vista fija hacia el fondo del callejón, sensiblemente emocionado y echándonos el último trago de la cerveza, afuera de La Michoacana, siguió diciendo:

Nunca me sentí ni mejor ni más libre que en aquellos años cuando corríamos sobre la tierra entre los autos estacionados a los lados del callejón, y yo cachando un pase de veinte metros lanzado por Fito, con el Beso detrás de mí a toda velocidad para tocarme, mientras Mario chocaba con furia contra Carrasco y César para abrirme paso y luego de mandarle un pase lateral a Manolito, lográbamos la anotación anhelada, habiendo dejado en el suelo a Juan por el empujón que le dio el Negro, al tiempo que Geña, Julieta, la Rora, Chela, Elenita, Lulú y Margarita, la vitoreaban desde sus ventanas con gritos y aplausos, como si fuéramos jugadores de liga mayor; ellas eran nuestras Dulcineas y el Molino de Viento era el equipo contrario, al que teníamos que vencer, sin importar qué tan maltrechos terminaríamos.

Después de escuchar al Alpiste aquella tarde, hoy como relator de esa historia, pienso que escribir es descubrir; escribir es revivir otras vidas y que la literatura y su capacidad de descubrimiento son, en sí mismas, una especie de alumbramiento, una luz

⁵ *Ibid.*, p. 77.

que cada vez necesitamos más, en los territorios de las tinieblas en las que nos desenvolvemos.⁶

Luego de rememorar nuestras hazañas deportivas, recalcó:

Hoy, me doy cuenta de que el callejón se está esfumando frente a mí, pues mira, ya casi no queda nada; voltea, sólo sigue allí el árbol que sembró el Chango hace cien años en medio del callejón y los dos pinos afuera de la casa de Corona; la mayoría de las viviendas de los Estaño!, que eran el distintivo porfiriano de la cerrada, fueron demolidas para construir las nuevas, pero que ahora también ya están descuidadas. El asfalto y las banquetas que llegaron junto con la Prepa, sólo nos llenaron de autos; quienes seguimos aquí sentimos que la cerrada dejó de ser nuestra y por más que me aferro, siento que mi vida está perdiendo la batalla, pues ya casi estoy solo; la mayoría se fue y los otros se están muriendo; por eso digo que “sólo el misterio me mantendrá vivo”.⁷

Ante esa trágica escena que me dibujó el Alpiste, decidí apoyarme en la literatura porque ésta me tenderá su mano para poder contar cómo eran nuestras calles, las vecindades de cuartos altos, oscuros, muros de adobe y techos catalanes con vigas y ladrillos, sobrevivientes a las humedades propiciadas por las interminables lluvias veraniegas.

De ahí que me fuerzo por indagar sobre las familias que en la década de 1920 llegaron ilusionadas a construir sus casas, donde sólo estaba la tierra recién removida por las máquinas,

⁶ *Ibid.*, p. 46.

⁷ El Alpiste cerró su comentario con ese entrañable epígrafe de Federico García Lorca.



Edificio de la Cerrada.

donde se sembró maíz por miles de años, desde que llegaron sus primeros pobladores, sin saber que en ese hermoso valle se daría albergue a la *Ciudad de los Palacios*, vista así por Charles Joseph La Trobe, cuando la visitó a principios del siglo XIX.

La colonia Observatorio fue la primera periferia de la histórica Villa de Tacubaya, donde en 1837 se había llevado a cabo la famosa “Guerra de los pasteles”, entre México y Francia. Diez años después, el ejército estadounidense nos derrotó en el Molino del Rey, para tomar el Castillo de Chapultepec, acribillando a los jóvenes cadetes del Colegio Militar y hacer del edificio del ex Arzobispado su cuartel general, donde fusiló a los soldados del Batallón de San Patricio.

Alguna vez escuché al abuelo del Alpiste cuando —mirando hacia el suelo del patio de su casa— dijo que por ahí había pasado Hernán Cortés; yo, entre mis adentros me dije: “este viejito nos está cuenteando”; pero luego, revisando la historia de Tacubaya, en particular la del Molino de Santo Domingo y la del edificio del ex Arzobispado, me di cuenta de que nos estaba dando una versión de la historia real del lugar, que posiblemente se la habrían contado viejos de otros tiempos.

A mí no se me olvida el trenecito color ocre de la época del Porfiriato, que en la década de 1950 subía por la avenida Observatorio para ir al Molino de Los Arcos de Belén. Iba por la gente que venía al mercado de Cartagena, que en ese entonces tenía sus puestos sobre las vías del tren que bajaba del pueblo de Santa Fe; eran personas que iban a vender las flores y legumbres que cultivaban en los campos cercanos a La Venta; concluida su vendimia, regresaban con sus humildes bolsas de mecate de colores, repletas de piloncillo, arroz, masa y frijoles.

En ese entonces, los niños acostumbrábamos a poner monedas de cinco centavos sobre la vía, para ver cómo el tren las aplastaba, deformando el perfil de doña Josefa Ortiz de Domínguez. Por esas remembranzas, hoy:

Me agarro de la literatura con todas mis fuerzas, pues ella me recuerda y explica cómo fue aquel mundo; nuestro mundo; ese que desaparece y es arrasado por los aires del tiempo. De ahí que la luz, para un escritor, está en el innato poder que representan los recuerdos, pues son la realidad fragmentada y desordenada de nuestras vidas.⁸

Sólo los viejos como el Alpiste, sus tías, primos y vecinos, nos pueden contar esas historias porque convivieron con aquellos abuelos que dieron la bienvenida al siglo XX, pues uno solo no puede escribir cuando los recuerdos te abandonan; por eso, desde que presenté *Los sueños de aserrín* en el Club España, con el apoyo de mi hijo Toño y mi amigo Joaquín Jiménez, me di cuenta que la literatura le está dando una nueva forma y sentido de vida al Alpiste, igual que a las personas que vivieron en aquella época y aquella casa, porque ese cuento ha provocado una inusitada presencia de su familia en mi vida, pues a partir de esa cálida noche del 1 de marzo de 2018, al verse convertidos en personajes de esa historia, como lo dijo Toño: “Sintieron como si con ese libro, se hubiera puesto una placa conmemorativa en aquella casa de Calderón 57”.

Aunque sigue siendo el mismo lugar, ahora sus familiares se sienten orgullosos, porque saben que ahí nació y vivió el Alpiste y

⁸ Ángel Silvelo Gabriel, *La utopía del portero*, op. cit., pp. 61 y 141.

ahora es el personaje central de esa historia que se estaba quedando en el olvido, pero al convertirse en novela publicada, “puedes estar muerto, pero no olvidado”; y para ser honestos con nuestros egoísmos: “cualquiera correría a la horca si le prometieran ahorcarlo con honores”.⁹

Confieso que cuando me siento a escribir, aunque seguido me llaman las tías nonagenarias o primos del Alpiste para invitarme a escuchar más historias, de todas maneras me siento solo, verdaderamente solo, y aunque soy un literato primerizo, siento que me pasa algo parecido a lo que le habrá pasado a Gabriel García Márquez, cuando tuvo que imaginar la situación que vivió José Arcadio Buendía, cuando fundó Macondo y, luego, al estar terminando su novela, con la historia de Amaranta, quien ya formaba parte de la quinta generación de los Buendía, decidió embarazarla y casarla con Gastón, sin importar que fuera su pariente; pero luego, él mismo la castigó, haciendo que su hijo Aurelio Rodrigo, naciera con cola de cerdo, pero además, castigó a todo el pueblo con *Cien años de soledad*.

Ese manejo literario magistral del maestro García Márquez, fue la fuente de inspiración que lo llevó a decidir qué le pasaba a cada uno de los habitantes de Macondo, ese pueblo imaginario de Colombia que se parece a muchos pueblos y barrios de América Latina. Ese realismo mágico lo hizo merecedor del Premio Nobel de Literatura; por eso Alejo Carpentier consideró esa novela como “lo real maravilloso”.

La vida del Alpiste se parece mucho a la de los niños de los barrios de aquellos años y a la de los descendientes de Juan y

⁹ Theodor Kallifatides, *Otra vida por vivir*, op. cit., p. 110.

Juanita que hasta hoy suman 155. Por eso he dejado que sea mi pluma la que decida lo que ha de pasar con sus vidas, pues ahora que me reencontré con él, este ejercicio de escribir me calma el dolor que me produce ese nostálgico pasado, a veces trágico, a veces festivo, pero que sólo a partir de lo que me atreva a decir aquí, se hará justicia para quienes en la década de 1920 fundaron esa colonia y para quienes nacieron, crecieron, se casaron y siguen viviendo en esa casa que construyó el abuelo hace un siglo.

Eso me obliga a preguntarme: “¿Por qué nadie me dijo que pasármela componiendo un poema, armando un relato o escribiendo la novela de la vida del Alpiste, conllevaba aceptar que iba a estar solo durante mucho tiempo y en situaciones en las que sólo yo tendría que decidir sobre el destino de los que ahí aparecen?”.

Lo malo es que cuando uno se siente intelectual, parece que nada te hace falta; que leer, escuchar conferencias, dar clases y escribir libros, te da todo para salir adelante y hasta sentirte superior, y eso no es así. En mi caso reconozco que llevo mucho tiempo viviendo de mi oficio de sociólogo y nada de eso me ha pasado; al contrario, tengo que aceptar que la prolongación de mis estudios en la universidad y haberme ido de la colonia, es algo que no le sucederá al Alpiste; él morirá ahí, sobre los huesos de sus antepasados, ese es el castigo que he decidido para él, quizás porque de esa manera siento que nunca me fui de ese lugar, donde pasé los mejores años de mi vida.

Ahora, estos soliloquios me producen una incertidumbre, porque en realidad hace muchos años decidí quemar mis naves pensando que no volvería, porque creí que iba a mejores lugares, pero eso sólo produjo en mí una especie de suicidio parcial, por el desapego a mis orígenes, a mis recuerdos infantiles, a los

lugares y personas que me forjaron y hoy trato de recuperarlos escribiendo.

Por eso me siento como aquel que vuelve a su barrio, porque no olvida a su primer amor, porque ahí fue el lugar donde dio o le dieron su primer beso; es como sentir que la vida que has vivido es menos importante que la vida que dejaste de vivir en ese lugar. De ahí que busco la victoria contra el olvido y la indiferencia, pero al regresar me encuentro con que todo ha cambiado; los amigos que dejé de ver, igual que yo, ahora rebasan los 70 años, y sus padres, si es que viven, tienen más de 90; eso me genera una tristeza que me obliga a regresar para estar cerca de ellos, porque la alegría siempre es autosuficiente.

La experiencia de alejarme de Tacubaya me hizo diferente, pero a pesar de eso, ahora que me reencontré con el Alpiste, sentí que ese arraigo por nuestros lugares y por lo que vivimos juntos se mantiene; pero, además, ha hecho que resurja en mí aquel sentimiento de lealtad del uno hacia el otro, igual al que tuvimos en aquellos años con nuestros primos y amigos. Por eso, la prueba que hoy me pone la vida, es saber si esa lealtad y ese arraigo permanecerán o desaparecerán.

En mi caso, siento que:

La literatura y el amor marcaron el sentido de mi vida; los libros y la literatura se han convertido en una puerta abierta. Una puerta que representa la libertad de elección. Una libertad de elección que también descansa en ella; por eso, el escritor nunca debe olvidar cuál debe ser su máxima cualidad. La intemporalidad de sus planteamientos. La firmeza de sus intenciones. La defensa de su obra por encima de las modas.¹⁰

¹⁰ *Ibid.*, p. 152.

Hoy me doy cuenta que en una novela se puede decir lo que se tiene que decir; los perdones, si nos alcanza el tiempo, se pedirán después y los halagos con el tiempo tomarán su dimensión correcta. Si algo de esto logro con lo escrito, me daré por satisfecho. Platicando al respecto con mi amigo Joaquín, me dijo:

Parte de eso ya lo lograste con *Los sueños de aserrín*, porque los sueños del Alpiste son en gran parte tus sueños y un hombre sin sueños es un hombre muerto. Recuerda que en días benditos todo es escritura, pues en ella encuentras mucho de lo que sientes que te hace falta.¹¹

Después de escucharlo recordé lo que dijo un sabio juglar de la Edad Media:

Escribir es celebrar la ceremonia de la confusión. Y también representa el miedo a perder la luz de los recuerdos. A olvidar de dónde procedemos. A renunciar a todo aquello que una vez nos hizo felices o infelices.¹²

Por eso estoy seguro de que la literatura:

Me acompaña en esa soledad que muchas veces me acoge en los días sin nada. En esos días donde sólo caben los recuerdos. La nostalgia. Y la melancolía.¹³

¹¹ *Ibid.*, p. 62.

¹² *Ibid.*, p. 106.

¹³ Ángel Silvelo Gabriel, *La utopía del portero*, op. cit., p. 117.

Mi error en mis años de juventud, consistió en creer que no me importaba estar solo, ni tan lejos de los que crecieron a mi lado, pero ahora que me he dedicado a reconstruir esas vidas pasadas, desde mi perturbada memoria emergen los silencios de mi infancia, al lado de los del Alpiste; y me doy cuenta de que esos silencios habían crecido sin control. Por eso me siento obligado a rescatar lo que pueda, aunque sean fragmentos del pasado, pero apoyado en los nostálgicos recuerdos del Alpiste y los sobrevivientes de aquella época, creo que será posible.

Mario Vargas Llosa, al referirse a la novela de Theodor Kallifatides, dice:

[...] no está mal que uno añore la lengua que perdió, los pueblos o barrios de los juegos infantiles, el colegio donde estudió y los ritos familiares entre los que creció. Ese es un sentimiento sano, válido, necesario.¹⁴

En mi caso, traté de recuperar lo que pasó en la vida del Alpiste, aunque no sé en qué va a parar, ya que él dejó de ser yo, y yo le he concedido la libertad de apartarse de mí. Eso me mantendrá ocupado mientras el Alpiste siga nutriendo mi imaginación con esos recuerdos del pasado.

A fin de cuentas, estoy de acuerdo con Paul Bowles cuando dice: “El escritor debe ser alguien que esté por encima del tiempo y su tiranía”.¹⁵

¹⁴ Mario Vargas Llosa, “El regreso a Grecia”, *Crónica*, México, 18 de agosto de 2019, p. 19.

¹⁵ Paul Bowles, *Memorias de un nómada*, Barcelona, Grijalbo, 1990.

Personajes

Alpiste:	Personaje central de la novela
Don Juan:	Abuelo del Alpiste
Juanita:	Abuelita del Alpiste
Luis:	Padre del Alpiste
Elena:	Madre del Alpiste
Veros:	Esposa del Alpiste
Cacahuate:	Hermano del Alpiste
Olga:	Hermana del Alpiste
Martín:	Tío bailarín del Alpiste
Adolfo:	Compadre de Luis
Fito:	Hijo del compadre Adolfo
Xavi:	Niño torero
Peter:	Amigo de Xavi
Josele:	Amigo de Peter
Juan:	Amigo de Peter
Richard:	Amigo de Vicos
Vicos:	Amigo de Richard
Gabi:	Niño americanista
El Beso:	Amigo del Alpiste
Mary:	Novia del Beso
Fito:	Estudiante de medicina
Mario:	Amigo del Beso
El Negro:	Líder de la Prepa 4
Lulú:	Vecina del Beso
El Nopalón:	Novio de Julieta
Chela:	Novia de Memo



Publicaciones



A MIS 72 AÑOS, cuando pensaba que era tiempo de retirarme de la vida académica, un día me surgió el impulso de escribir algo que me permitiera rescatar lo que vivió el Alpiste en su primera infancia y juventud, consciente de que ese niño debiera regresar a la casa del abuelo donde nació y creció, a la cercana cerrada donde pasó su primera juventud, para recobrar lo que le dio sentido a su vida. La experiencia de volver a esa vieja casa y abrir su habitación con una llave oxidada, me llevó a comprender que aquéllo que encontré ya casi no tiene nada que ver con lo que ahí dejó el Alpiste, ni con lo que queda de él hoy que nos reencontramos, pues al haberme alejado de él y dejar de convivir en aquel vínculo social, fue como alejarme de mí mismo. Como aprendiz de literato, busco ahora recuperar lo que pasó en su vida, mas no sé en qué va a parar este ejercicio de narrativa urbana, pues él dejó de ser yo cuando mi pluma le concedió la libertad, se apartó de mí, me aparté de él. En esta historia novelada sabremos qué fue del Alpiste. Eso me mantendrá ocupado, mientras sus relatos sigan nutriendo mi imaginación.



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades